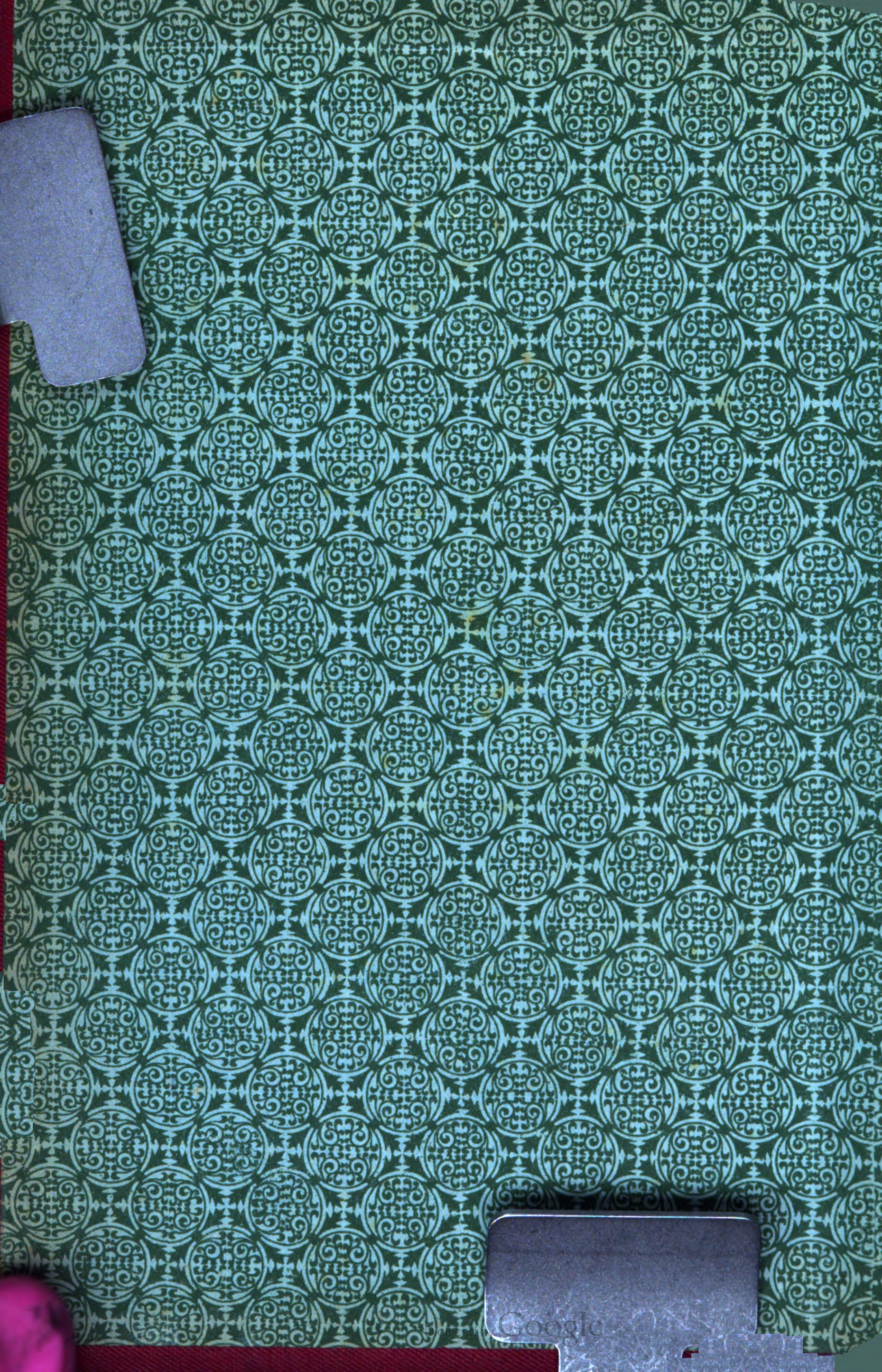






DE FLOR EN FLOR.





DE

FLOR EN FLOR,

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.



MADRID:
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXXII.

MADRID, 1882.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, impresores de la Real Casa.—Paseo de San Vicente, número, 20.

PRELIMINAR.

Lo que se designa con el nombre de miscelánea literaria goza de poca estimacion en la república de las letras, y generalmente no merece mucha, porque de cada cien recopilaciones de esta especie, las noventa y cinco apénas tienen más recomendacion que el nombre que sus autores han adquirido con obras de verdadero empeño y mérito. Se dan á luz en forma de libro las misceláneas literarias, por una de estas dos razones : ó porque un editor ha creido que, aunque el mérito del libro no sea garantía de lucro, lo es el nombre del autor, ó porque el escritor gusta de reunir en forma de libro todos sus ensayos literarios y sus trabajillos de compromiso, encargo ó circunstancias, no porque crea que han de acrecentar su gloria, sino porque al fin son hijos suyos, y no hay padre que no dedique alguna parte de su cariño al hijo que ménos lo merece.

Por regla general, en las misceláneas literarias

entra todo: lo que pasó de oportunidad y lo que no la ha perdido; lo que fué forzado y lo que fué espontáneo; lo que se escribió en frio y lo que se escribió en caliente; lo que merece olvidarse y lo que merece recordarse; en ménos palabras: lo malo y lo bueno.

Podrá ser malo todo lo que he recopilado en este libro, pero he hecho cuanto me ha sido posible para que todo sea bueno. En el método que he seguido al recopilarlo, me he apartado del que se sigue en la generalidad de las recopilaciones de misceláneas literarias: he excluido de este libro todo lo que lleva el pecado original de ensayo, de pié forzado, de interes puramente local ó personal, de escrito en frio; todo lo que he incluido en este libro se ha escrito en caliente.

Las mariposas que andan de flor en flor, unas veces liban miel y otras acíbar. Así me ha sucedido á mí en el mariposeo literario; pero al ofrecer al público el fruto de este mariposeo, he cuidado de separar la miel del acíbar.

En periódicos políticos y literarios, y en manuscritos que conservo ó conservan otros, hay materia literaria mia para seis volúmenes del tamaño de éste; pero de toda esta materia sólo he extraido aquello que me ha parecido no valer ménos que lo encerrado en cualquiera de los veinte ó veinticinco libros que llevo dados á luz.

Ignoro si las emanaciones de mi corazon ó mi inteligencia serán de bastante valor literario ó moral para inspirar interes al público. Quizá no falte quien hasta califique de inmodestia el que desde luégo no dé yo por supuesto que carecen de aquel valor; pero á ése le daré una contestacion muy concluyente y sencilla, y es la de que á un escritor cuyas obras han alcanzado muchas ediciones en la patria y fuera de ella, en lengua propia y en lenguas extrañas, á pesar de no apelarse en ellas á más pasiones que las de las gentes sencillas y honradas, lícito le es sospechar, y áun creer á pié juntillas, sin incurrir en inmodestia, que las emanaciones de su corazon ó su inteligencia son de bastante valor para inspirar interes al público.

Pues bien : si estas emanaciones tuviesen este valor, este libro sería acaso, entre todos los mios, el más digno de leerse, porque es el mariposeo de mi corazon ó mi inteligencia, ó ambas cosas juntas, durante lo más sazonado de mi vida, por las flores más delicadas que se han ofrecido á mi paso.

El que tiene corazon de verdadero artista ó poeta se ve con frecuencia embargado de sueños y emociones casi celestes, cuya belleza é intensidad sólo pueden concebir incompletamente los que no son poetas ni artistas. Trasladar esos

sueños y esas emociones á una obra larga es punto ménos que imposible, porque Dios les ha dado corta duracion para que pueda resistir su intensidad la débil naturaleza humana: sólo á una obra corta, casi instantánea como ellas, se pueden trasladar por el artista ó el poeta esas emociones y sueños casi celestes.

Yo he sentido con frecuencia estas emociones y estos sueños; he desahogado mi corazon bosquejándolos rápidamente en el papel, con la perfeccion y la exactitud que se me ha alcanzado, y este libro es la recopilacion de esos rápidos y entrañables bosquejos.

De Flor en flor he llamado á este libro, porque es el fruto más dulce y selecto del mariposeo de mi corazon y mi inteligencia en el jardin de la belleza moral y estética.

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao, Diciembre de 1881.

LA LIRA DE UNA CUERDA.

LA LIRA DE UNA CUERDA.

Hay que convenir en que el afecto humano, que por excelencia se designa con la palabra *amor* sin adjetivo, es fuente inagotable de poesía. Así se explica que, por ejemplo, en el teatro toda obra escénica que no tenga por alma ese afecto parezca desabrida y fria, aunque jueguen en ella otros afectos hermosísimos. Los cantos más hermosos de la poesía han sido inspirados por el *amor;* pero tambien el amor ha inspirado é inspira y seguirá inspirando las mayores inepcias de la poesía, si es que poesía se puede llamar á lo que canta el amor en necio.

Esa muchedumbre de jóvenes que se creen llamados al cultivo de la poesía, á pesar de que Dios no los llama por semejante camino, no encuentra en su lira más cuerda que tañer que la del amor que he llamado sin adjetivo; el amor á la patria, el amor maternal, el amor filial, el amor á la naturaleza, el amor al arte, tantos y tantos amores, tantos y tantos afectos como comparten la dulce mision de inspiradores de la poesía, no tienen para esos jóvenes valor ni belleza alguna, si hemos de juzgar por el desden con que miran todos esos amores, para limitarse á cantar uno solo, el *amor* sin adjetivo,

que ya sabemos cuál es. Este amor, el que tiene por principal incentivo la diversidad de sexo, es muy digno de cantarse y ha inspirado en la poesía cantos muy hermosos siempre que los cantores no han sido rimadores vulgares; pero ¡qué tonterías no ha inspirado, inspira y seguirá inspirando á los simples rimadores!

Aun muchos jóvenes que tienen elementos innatos para cultivar con gloria la poesía, así que perfeccionen su gusto estético, parecen estar persuadidos de que su lira no tiene más que una cuerda, la cuerda del amor sin adjetivo, ó si se quiere, del amor por excelencia. Más de cuatro veces, jóvenes que, andando el tiempo, se han distinguido como verdaderos poetas, me han honrado acercándose á mí, tímida y modestamente, para que examinára y juzgára la coleccion de sus primeros ensayos poéticos y les dijese con toda franqueza lo que de estos ensayos pensaba, y he tenido el sentimiento de ver que su lira no tenía más que la susodicha cuerda: «A los ojos de A.—A la sonrisa de B.—Al cabello de C.—A una flor que me dió D.—¡Tu amor ó la muerte!—A E.—Pensando en tí.—A F.», y así todo el alfabeto, repitiendo á Fulanita y á Menganita vulgaridades amorosas que se han dicho millares de veces, y por tanto no deben haber costado grandes cavilaciones al rimador.

Siempre he procurado dulcificar á éste la píldora, entre otras razones, porque probablemente así comenzaria yo; pero bien hubiera podido dársela en estos amargos términos:

—Pero, criatura, ¿V. no tiene madre, no tiene patria,

no tiene Dios, no tiene sol en el cielo, no tiene flores en la tierra, no ve en el mundo más que una hermosura, no siente en él más que un afecto? En hora buena que Fulanita ó Menganita tenga una cuerda en la lira de usted; pero lira de una sola cuerda, por bien que se la pulse, produce un cencerreo que no hay quien le aguante. La cuerda de Fulanita ó Menganita le sonará á V. muy bien; pero, criatura, ¿no ve V. que el prójimo no tiene las mismas razones que V. para que bien le suene esa cuerda? Entre col y col, lechuga, y quien dice lechuga, dice Fulanita ó Menganita; pero ¡por los clavos de Cristo! no olvide V. que en la variedad está el gusto.

Hay ejemplos de no haberse tocado vulgaridades con la lira de una cuerda sola; pero es pedir peras al olmo pedir esas excepciones á la muchedumbre de metrificadores imberbes y áun barbados que por todas partes se nos descuelgan con imágenes y conceptos tan sentidos y profundos como éstos: que las mejillas de Fulanita avergüenzan á las rosas, y que nacen flores donde pisa Menganita.

Yo quisiera ver una cosa del tenor siguiente: que se colocasen en correcta formacion, desde Bilbao al mar, ó sea en una extension de dos leguas largas, y en actitud de ¡en su lugar, descanso! todos los metrificadores españoles de lira de una cuerda sola, que de seguro tendrian que apretarse mucho para caber en tan largo espacio; que una vez formados así, apareciera, por ejemplo, Moratin, ú otro maestro por el estilo, á pasarles revista; que el maestro fuera haciendo puntear á cada cual un poquito la susodicha cuerda, y que conforme fuera oyen-

do el punteo, fuese arrojando á la ría toda lira que no le sonase bien. No me cabe la menor duda de que la navegacion de la ría quedaria interrumpida hasta que la desembarazase de liras un *aguaducho*, como aquí llamamos á las avenidas, porque la divina poesía se veria libre del cencerreo que más estraga su oido y su reputacion.

La lira de una cuerda es divina en manos del Petrarca; pero en vuestra mano, Petrarquillas que teneis por Laura á Fulanita ó Menganita, es cencerreo que merece ser tañido por las olas que se estrellan en las rocas de Arrígunaga y la Galea.

CARTA

A UN INFRACTOR DEL SÉTIMO MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS.

CARTA

A UN INFRACTOR DEL SÉTIMO MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS.

Sr. D. F. A. Brockaus.—Leipzig.

Bilbao, 25 *de Setiembre de* 1881.

Muy Señor mio (ó de mi hacienda, que viene á ser lo mismo): El infractor del sétimo mandamiento de la Ley de Dios, á quien tengo la honra de dirigirme, es V., y no empleo la frase « tengo la honra» obedeciendo á una costumbre de pura cortesía, sino persuadido de que, si el juez que se dirige á un delincuente para castigarle cuanto merece y la ley permite, se honra en ello, tambien me debo honrar yo dirigiéndome á V. para castigarle cuanto V. merece y permite la ley.

En la lengua castellana, de que me valgo al dirigirme á V., hurtar y robar «es tomar para sí lo ajeno contra la voluntad de su dueño», y por consecuencia, el que hurta ó roba se llama una cosa muy fea, muy fea.

2

No se sulfure V. suponiendo que quiero darle un nombre infamante, pues lo único que quiero es suministrar al público datos con que pueda averiguar cuál es el que V. merece.

En 1877, segun confesion de V. mismo, que corre en letras de molde, se llevaba V. apropiados los siguientes libros mios, cuyo catálogo probablemente se habrá aumentado desde entónces: *El Cid Campeador*, *Las Hijas del Cid*, *El Libro de los cantares*, *Cuentos campesinos*, *Cuentos populares*, *Cuentos de color de rosa* y *Narraciones populares*. Y digo que se llevaba V. apropiados estos libros, porque, sin permiso ni asentimiento mio, que soy su autor y propietario, y hasta sin ponerlo en mi conocimiento, ni enviarme un ejemplar por cortesía, los habia reimpreso V., y los vendia y sigue vendiéndolos como si fuesen propiedad suya, ó cuando ménos hacienda de pícaro, con tal frescura, por no decir descaro é insolencia, que al ir yo á ver al librero de Madrid D. Alfonso Durán, para ofrecerle ejemplares de una nueva edicion de las mismas obras que se estaban terminando en el mismo Madrid, me encontré con que tenía expuestos al público, en sus escaparates, ejemplares de la edicion fraudulenta, que V. habia hecho en Leipzig, más barata que la mia, como era consiguiente que lo fuese no habiéndole costado á V. un maravedí la propiedad literaria, y teniendo para la venta un mercado universal, que á mí no me dejaba V. libre de competencia, ni áun en mi misma patria.

Conque, ya ve V. que si hurtar ó robar es tomar para sí lo ajeno contra la voluntad de su dueño, razon sobra-

da tengo para llamarle á V. infractor, reinfractor y siete veces reinfractor del sétimo mandamiento de la Ley de Dios, pues lo ménos son siete los libros mios que usted ha tomado para sí contra la voluntad de su dueño, que soy yo, y con tal descaro, que hace alarde de ello en todo el mundo culto, pregonando la infraccion en catálogos impresos y circulados por V. mismo.

Más cerca de su tierra de V. que de la mia hay unos países de donde multitud de niños abandonan desconsolados el hogar paterno, arrojados de él por la miseria, y se van por el mundo á ganar un negro pedazo de pan, tocando en las calles un organillo ó rascando el hollin en las chimeneas. Tan desconsolado como esos niños abandoné yo el hogar paterno, arrojado de él por la guerra civil, que lleva consigo la miseria, y tuve la heroica audacia de emprender, sin ayuda de nadie, dos luchas simultáneas: una de ellas para ganar la subsistencia propia, y áun coadyuvar á la de mi familia, y la otra para vencer mi ignorancia hasta el punto de adquirir aptitud para escribir libros capaces de tentar la codicia de especuladores tan poco vulgares como usted.

El único fruto de esta segunda y larga y dolorosa lucha han sido veinte libros, que son mi única esperanza de no carecer enteramente de pan en mi vejez. ¿Y no le parece á V. que tengo derecho á dar un nombre muy feo al que, como V., me roba esa única esperanza, adquirida á costa de cuarenta años de estudio, de trabajo, y hasta de hambre y lágrimas?

Dispersos en la América española hay tal número de compatriotas mios, que sólo los nativos de la tierra vas-

congada pasan de cincuenta mil. Todos, ó casi todos mis libros son el reflejo de la fisonomía moral y física de esta tierra, y por tanto, aunque no tengan otro mérito, tienen, á los ojos de aquellos desterrados, uno grandísimo, que es el de conmover honda y dulcemente las fibras más sensibles de su corazon, que son las que corresponden al sentimiento de la patria y la familia ausentes. Con el testimonio de millares de compatriotas mios, que han regresado á la ansiada patria, recompensados del fruto de largos años de honrado y perseverante trabajo, puedo probar que tengo la gloria de haber sostenido y fortalecido el amor á la patria en muchedumbre de corazones donde acaso se hubiera enfriado y debilitado si en veinte libros no hubiera enviado yo á los que abrigan esos corazones el recuerdo del valle y el hogar de su infancia.

Cuando esos nobles compatriotas mios sacan un duro del bolsillo para adquirir el libro que les habla de aquel valle y aquel hogar, creen que con aquel duro á la vez satisfacen una necesidad propia y hacen un obsequio al autor del libro, que saben es pobre y gana su subsistencia con los libros que escribe y vende.

Pues para que sepan que en esto han estado equivocados, ó sea que no era al honrado compatriota, sino á un infractor del sétimo mandamiento de la Ley de Dios, que se ha apropiado su hacienda á quien favorecian, escribo á V. esta carta, dispuesto á entregarla al viento de la publicidad en ambos mundos; que en ambos mundos debe saberse que hay quien tiene derecho á llamarle á V. infractor del sétimo mandamiento de la Ley de Dios.

Acaso no falte quien, por no tener en cuenta la razon en que se funda este nombre, le tenga por demasiado duro, pero por este temor no me he de abstener de dársele á V., que, á la par que con él vindico el derecho propio y el de otros escritores españoles, cuyas obras ha impreso V. probablemente tan sin autorizacion como las mias, vindico la moral, por V. ultrajada.

El que yo tenga la desgracia de vivir en un país cuyo Gobierno no pone á cubierto de expoliaciones, como la que echo á V. en cara, la propiedad de los ciudadanos á quienes está obligado á amparar, ¿es razon para que usted ni nadie, con la única de la impunidad, tome para sí lo ajeno contra la voluntad de su dueño?

Aquí y en todas partes gozan merecida fama de honrados ustedes los de la raza germánica, y sus compatriotas de V. serán, sin duda, los que más se avergüencen é indignen cuando sepan que un hombre tan visible y notorio en todo el mundo culto como lo es V. quebranta escandalosa y descaradamente una ley que debe ser áun más respetada que todos los tratados internacionales : la ley de la moral universal, que prohibe hacer lo que V. ha hecho conmigo, ó sea tomar para sí lo ajeno contra la voluntad de su dueño, que soy yo.

El que no exista entre mi patria y la de V. un tratao de propiedad literaria no es razon para que V. quebrante esa ley, autorizándome y autorizando á todos los que se hallen en mi caso para darle á V. el nombre que le doy. Para los hombres honrados, sobre todas las leyes escritas, inclusas las escritas en los protocolos diplomáticos, está otra ley, que sólo se escribe en la con-

ciencia humana; en virtud de esta ley, y no en virtud de ninguna otra, le llama á V. infractor del sétimo mandamiento de la Ley de Dios, su servidor (vaya si lo es, puesto que para V. trabaja),

ANTONIO DE TRUEBA.

LA VILLA Y LA ALDEA.

LA VILLA Y LA ALDEA.

I.

Corren los últimos dias del mes de Setiembre. El campo no tiene los atractivos de Mayo, que son : la verdura naciente, las flores, los perfumes y la alegría propia de la resurreccion de la Naturaleza; pero tiene otros muy dulces y muy hermosos, y entiéndase que no hablo del campo de muchas comarcas de España, donde en el mes de Setiembre la Naturaleza parece haber muerto ya, sino del campo de las provincias del litoral cantábrico, donde la Naturaleza conserva aún en el otoño gran parte de su hermosura y vigor. Corren, repito, los últimos dias del mes de Setiembre, quizás los más gratos de estas comarcas septentrionales, para la vida del campo y las excursiones por valles y montañas. La temperatura dista tanto de los calores del estío como de los frios del invierno. Comienzan á amarillear las hojas de los árboles y el césped de las praderas. El viento del Sur, que Dios envia para que maduren con su cálido soplo los frutos que han brotado y crecido con el calor del verano, es algo desapacible é ingrato, y las hojas de

los árboles, que empiezan á caer y ruedan arrastradas del viento, infunden vaga y misteriosa tristeza; pero, en cambio de estos inconvenientes, ¡qué vida, qué animacion, qué alegría ofrecen en esta estacion los campos! La Naturaleza ha perdido las suaves y virginales gracias de la juventud, pero en cambio ha adquirido la majestad y la madurez de la virilidad. Esta es, en estas comarcas, la verdadera estacion de las cosechas, y por consecuencia, de las alegrías. Los maizales han trocado su tinte verde en un tinte que participa del blanco, el amarillo, el cárdeno y el sonrosado, y el labrador canta y se regocija en ellos, llenando sus cestos, y cargando su carreta de grandes espigas, á traves de cuya envoltura le sonrie el grano dorado. El espinoso erizo del castaño, y el acre zurroncillo del nogal se abren para mostrar y dejar caer el fruto maduro. Los manzanos alegran y embalsaman con sus doradas y fragantes pomas. Las higueras atraen bandadas de pájaros y niños, con la miel que destilan sus ramas. Y por último, los cantares y las risas de las vendimiadoras alborozan los collados amados de Baco, y el jugo de la uva y la manzana que corre por los lagares, alboroza y llena de esperanza el hogar.

II.

Ayer encontré en una de las calles de Bilbao á un jóven, rico, sin familia, soltero, independiente, sano, desocupado, nacido en una de nuestras aldeas, y extrañó

verle solo, pues suele ser en la villa constante compañero de otro jóven de circunstancias análogas á las suyas, aunque de inclinaciones distintas. Preguntéle por su compañero, y me dijo que se habia ido á la aldea para asistir á las vendimias.

—Y V., ¿qué se hace?—añadí.

—Hastiarme y aburrirme, sin saber en qué pasar el tiempo—me contestó.

—Pues ¿por qué no se va V. tambien por esos campos, ahora, que la estacion es tan agradable?

—Porque no tengo objeto alguno que me llame á ellos.

¿Qué habia yo de replicar á quien esto me decia? Compadecíle, pensando en mi interior que, con ser rico y dichoso, era muy pobre y desgraciado.

¿Será posible que haya quien se hastíe y aburra en la villa ó la ciudad, y permanezca en ella durante la estacion más grata para la vida del campo, persuadido de que en el campo se ha de hastiar y aburrir más que en la ciudad ó la villa?

¿Será posible que haya quien no tenga objeto alguno que le llame á los campos, y sobre todo á los campos donde nació y pasó la niñez?

¡Ay hermosura de la Naturaleza, cuyos encantos son inagotables y siempre nuevos! ¡Ay goces interiores del alma, que sois mayores allí donde el pensamiento, más desembarazado y libre, vaga del cielo á la tierra, y de horizonte en horizonte! ¡Ay vientecillos de los valles y las montañas, siempre puros, siempre saludables, siempre saturados del aroma de los campos! ¡Ay amores de la infancia, y recuerdos del rinconcillo donde vinimos al

mundo, del hogar donde arrulló nuestro sueño nuestra madre, de la iglesia donde dirigimos á Dios las primeras oraciones, de la arboleda donde jugamos cuando niños, de la escuela donde irradió la primera luz en nuestra inteligencia, del santo huertecillo donde descansan nuestros padres y nuestros abuelos! ¡Ay hermosura! ¡ay libertad! ¡ay vientecillos perfumados! ¡ay amores! ¡ay dulces y santos recuerdos de la infancia y la familia! ¡Qué desdichados son los que carecen de inteligencia para comprenderos, y de corazon para sentiros!

III.

Comprendo que en ciertas comarcas de España haya quien se hastíe y aburra en la ciudad ó la villa, durante el otoño, y no busque el remedio de su hastío y aburrimiento en los campos, pero no comprendo que le haya en estas comarcas del litoral cantábrico ú otras parecidas. No quiero lanzar una especie de anatema sobre los campos de determinadas comarcas, que, por tristes y desolados y desamparados de Dios y de los hombres, que sean, han de parecer hermosos á sus moradores, á los que han nacido en ellos y en ellos tienen sus amores y sus recuerdos; y el patriotismo es donde quiera respetable y santo, y hombre que le comprenda y sienta con la intensidad con que yo le comprendo y siento, no debe ni puede herirle; pero de algun medio me he de valer para expresar mi pensamiento.

La villa ó la ciudad donde un hombre se hastía y aburre sin buscar el remedio de su hastío y aburrimiento está en una llanura de horizontes, al parecer, infinitos. Corren los primeros dias del otoño, y ya la Naturaleza está completamente muerta en esos campos, porque en sus praderas y colinas no hay una hierba ni una planta que no haya abrasado el sol con su calor; y si acaso se alzan algunos árboles en esa llanura, están ya casi desnudos y tristes. ¡Monotonía, monotonía perpétua donde quiera que se dirija la vista! De legua en legua, ó á mayor distancia, un pueblecillo miserable, cuyo color se confunde con el de la tierra que le sustenta y le rodea. Entre pueblo y pueblo, llanura pelada sin ningun accidente tópico, sin ningun edificio, sin ningun rastro de la industria del hombre, más que las débiles huellas del arado. Y como triste complemento de esta desolacion, que enfria el alma aunque abrase el sol de la canícula, la barbarie y la codicia criminal, hijas casi siempre de la miseria, acechando al que se atreve á cruzar aquellas soledades!

¡Ah! comprendo que áun el nacido en esos campos encierre en la villa ó la ciudad cercana, como en oásis relativamente delicioso, su hastío y aburrimiento; pero no comprendo que carezcan de objeto los campos del litoral cantábrico y los de otras comarcas análogas, para el que se hastía y aburre en la ciudad ó la villa que se alza en medio de ellos, y mucho ménos lo comprendo si se trata de los campos nativos.

IV.

La longitud de Vizcaya no pasa de diez y seis leguas, y la latitud de doce. En ese reducido espacio, cuyas tres cuartas partes ocupan montañas donde es imposible toda morada y todo cultivo agrario, viven, relativamente felices, prósperas y exentas de criminales ambiciones, doscientas mil personas. ¿Es de Dios, ó de la libertad secular, ó de las condiciones naturales de la raza vascongada, este milagro? No lo sé, pero sé que el milagro es evidente.

¡Pobre, pobre de corazon é inteligencia el que encierra su hastío y aburrimiento, por ejemplo, en la capital de esta comarca porque no tiene objeto alguno que le llame á los campos nativos que rodean á esta capital!

En estos campos no hay horizontes dilatados, porque son valles que se abren, más ó ménos extensamente, por lo comun, de Sur á Norte, entre elevadas montañas, por cuyos primeros escalones y regazos se dilatan la poblacion y el cultivo, sin atreverse á subir más arriba, porque consideran que más arriba sólo el hogar y el ganado pueden encontrar alimento.

Como las distancias son cortas, como cada una de las provincias por excelencia hermanas se puede considerar un solo pueblo, pues apénas se interrumpe la poblacion, y las leyes forales, cuya abolicion sancionó D. Alfonso XII apénas ascendió al trono, facilitaban las re-

laciones entre todas las repúblicas y todos los individuos, haciendo los cargos públicos, inclusos los más altos, accesibles á todos los vecinos, y congregando con frecuencia en punto determinado á los representantes de todos los pueblos, para tratar de la gobernacion de todos éstos, toda persona medianamente relacionada y visible que viaja por este país, viaja entre vecinos y amigos.

Una red de hermosas carreteras cruza por todos los valles y montañas; apénas es posible dar algunos centenares de pasos por despoblado, y los accidentes naturales del terreno, ó los que proceden de la industria del hombre, se suceden con rapidez; á la alta montaña sucede la suave colina; á la colina, el vallecito por cuyo fondo corre el riachuelo que se atraviesa por un puentecillo vestido de hiedra; al puentecillo, el molino y la ferrería arruinada por haberla sustituido la industria con ingenios más eficaces; al molino y la ferrería arruinada, la iglesia ó la ermita; á la iglesia ó la ermita, la arboleda de robles y castaños; á la arboleda, la casería escondida en un bosquecillo de nogales, cerezos, manzanos é higueras; á la casería, la veguita cuidadosa é inteligentemente cultivada; á la veguita sembrada de maíz ó trigo, el collado cubierto de viñas ó manzanos; y allá, en el límite septentrional del valle, asomando por entre dos montes, que se abren, como las dos varillas laterales de un abanico, que conservándose casi unidas por la base, se van separando cada vez más, hasta llegar al vértice, un pedazo de mar azul, que parece el país de este abanico, salpicado de puntos blancos, que son las velas de algunas de las mil navecillas pescadoras de Laredo,

de Castro-Urdiales, de Santurce, de Bermeo, de Mundaca, de Elorchabe, de Lequeitio, de Ondarroa, de Motrico, de Deba, de Zumaya, de Guetaria, de Zarauz, de San Sebastian, de Pasájes, de Fuenterrabía, cuando no son las velas ó las columnas de humo de los millares de grandes buques de vela y vapor que entran y salen anualmente en la ria de Bilbao. Y el que recorre estos campos tiene un hogar que le abrigue en cada hogar que encuentre á su paso, y una pareja de guardias civiles que le proteja en la conciencia y el corazon de cada persona con quien tropieza, aunque ¡ay! las conciencias y los corazones van dejando de ser lo que eran hasta el advenimiento al trono de D. Alfonso XII.

¡Pobre, pobre el que se hastía y aburre en la villa que radica en estos campos, y encierra en esta villa su hastío y aburrimiento porque en estos campos no tiene objeto alguno que le llame á ellos!

V.

Muchas veces he pensado escribir un libro cuyo principal objeto fuese probar dos cosas: primera, que el que en la aldea se embrutece, es porque al ir á ella ya era bruto aunque no lo pareciera; y segunda, que en la aldea, como en cualquiera otra parte, sólo á los brutos se les hace el tiempo largo.

Esta idea está enunciada con una franqueza algo..... ¿por qué no lo he de decir si lo siento? con una franque-

za algo brutal, pero no por eso es ménos razonable, porque Dios, la Naturaleza y el arte, que ofrecen útil, ameno é inagotable empleo á la inteligencia humana, están en todas partes:

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo;
Que para vivir conmigo,
Me basta mi pensamiento.

Góngora, diciendo esto, nos ahorró el trabajo de rompernos la cabeza buscando medio de decir bien una cosa que teniamos en la punta de la lengua los que teniamos en el fondo del corazon el sentimiento que expresa. ¡Véase por qué nos enamoran y encantan los buenos hablistas! ¡Porque dicen por nosotros lo que nosotros reventábamos por decir, sin saber cómo decirlo!

Conozco yo un rinconcillo del mundo, sepultado entre altísimas montañas, surcado por un bullicioso y cristalino riachuelo, y poblado por una iglesia, una ermita, dos molinos y catorce casas, rodeadas de heredades, viñedos y árboles frutales, extendiéndose todo en no muy suave declive desde la orilla izquierda del riachuelo, donde blanquean los molinos, hasta la mitad de la falda de la montaña, junto á cuya cúspide blanquea la ermita, sirviendo de santa portería á una admirable gruta, cuyas bóvedas están revestidas de caprichosas estalactitas.

A donde quiera que se dirija la vista desde el escalon que ocupan la iglesia y el principal grupo de casas, un poco más arriba de los molinos, sólo se ven altísimas

montañas y rocas calcáreas, que amenazan desplomarse sobre aquel profundo y estrecho valle.

¡Qué espantosa soledad! suelen exclamar los rarísimos forasteros que penetran allí.

Y sin embargo, yo, que pasé la niñez en una de las aldeas más populosas y frecuentadas de Vizcaya, y la mocedad en el pueblo mayor de España; yo, que me parezco mucho á los pájaros en mi amor á la libertad; yo, que todavía desconozco la misantropía, y no he renunciado, ni pienso renunciar nunca, al cosmopolitismo intelectual, me comprometeria á pasar habitualmente el resto de mi vida en aquella soledad, que tanto espanta á otros, mediante las siguientes gollerías: pan en mi artesa, libros en mi estante, paz en mi corazon, amor en mi hogar y amistad en el hogar de mi vecino.

VI.

En Vizcaya tiene sus partidarios la villa (huésped á quien la aldea dió generosa hospitalidad en su casa), y los tiene tambien la aldea (á quien quiere echar de su propia casa el huésped, como ya lo ha hecho Bilbao).

Los primeros dicen:

—¡La aldea! Désela Dios á quien la desea.

Y dicen los segundos:

—¡La villa! El alma negra y la cara amarilla.

Me disgustan los que reniegan de la villa, por su exageracion é injusticia; pero me disgustan áun más los

que reniegan de la aldea, no tanto por su injusticia, como por venir ésta de quien viene; generalmente los que en la villa reniegan de la aldea son aldeanos que han emigrado de ella porque allí ya no podian vivir; como que allí no puede vivir quien gusta de comer y beber y no gusta de trabajar. Es un tipo social muy triste y muy frecuente el que ofrecen las villas algo populosas en el aldeano que se ha trasladado á ellas, resignándose á habitar un hediondo tugurio, vestir ropas de deshecho é ir al hospital cuando enferma, con tal de andar de viga derecha, comer diariamente alguna de las golosinas que sólo los dias de incienso se comen en la aldea, y acompañar con la copita de aguardiente el tarugo de pan de la mañana, y con la jarrilla de vino la comida y la cena.

—¡La villa! El alma negra y la cara amarilla.

Exageracion hay en esta especie de refran, pero tambien hay verdad en el fondo de esta exageracion, como en el fondo de todas. Prescindiendo de que las villas y las ciudades abrigan mayor número de criminales que las aldeas, por cuanto, siendo más populosas, son más capaces de ocultar y mantener impune el crímen, hay una razon para que el humor negro, el alma triste, el alma negra abunde más en la villa ó la ciudad que en la aldea, y esta razon es que en la villa ó la ciudad abunda más que en la aldea la falta de salud. El que tiene la cara amarilla tiene el alma negra, ó lo que es lo mismo, el que tiene enfermo el cuerpo tiene tambien enferma el alma.

¿Cómo, en el concepto sanitario, cómo, en el concepto higiénico, han de aventajar los pueblos agrupados, las



villas y ciudades de calles estrechas y edificios altos donde el aire, primer elemento de vida, circula con dificultad y saturado de emanaciones impuras, y donde los seres humanos viven en nichos, colocados unos sobre otros á manera de los cadáveres que pudren en los camposantos, cómo han de aventajar estos pueblos á las aldeas, donde el aire circula libremente por todas partes, donde las habitaciones son grandes y aisladas, donde la vegetacion rodea á estas habitaciones y los moradores aspiran sus saludables emanaciones en vez de aspirar los gases deletéreos que envenenan el escaso ambiente de las villas y ciudades?

Sí, exagerado, pero no absurdo, es el refran que dice:

—¡La villa! El alma negra y la cara amarilla.

VII.

Pero tú, pobre y desgraciado jóven, que te hastías y aburres en la villa, y no vas á los campos donde naciste y pasaste la niñez, porque para tí carecen de objeto esos campos, vén acá y hablemos todo lo razonablemente que tu inteligencia y tu corazon permitan.

Ya sé que al salir de la niñez te alejaste de los campos nativos, atravesaste los mares, pasaste la adolescencia y algunos años más léjos de la patria, y cuando tornaste, tus padres no te recibieron en sus brazos porque dormian ya el sueño que ha de durar hasta la resurreccion de la carne, á la sombra de la iglesia donde recibiste

el bautismo. Ya sé todo esto, y por consecuencia, es inútil que me lo recuerdes, tratando de cohonestar tu desden y tu indiferencia para con los campos nativos.

Me dices que han muerto ya los que más amabas en aquellos campos. Qué, los campos donde nacimos y pasamos la niñez ¿no encierran para nosotros más atractivo que los que se fundan en esos montoncitos de carne y hueso, dotados de razon y sentimiento, más ó ménos ricos, que un soplo de Dios crea y otro soplo de Dios destruye? ¿No tienen para tí valor ninguno los sepulcros donde descansan los que amaste y cuya alma inmortal se regocijaria contemplándote si fueses á rezar y llorar sobre esos sepulcros? ¿No le tienen los compañeros de tu infancia que áun viven, áun trabajan, áun recuerdan y áun aman allí? ¿No le tienen los recuerdos? ¿No le tiene la losa del templo donde se arrodillaba tu madre para pedir á Dios que tornases al hogar, de donde te habias alejado? ¿No le tiene aquella ventana á donde se asomaba tu madre al toque de oraciones, inquieta y amorosa porque tardabas en volver de la escuela ó de los juegos infantiles á que te entregabas en la arboleda?

Pues sabe que en una de las feligresías que componen tu valle nativo, el valle adonde ¡pobre y desgraciado! ningun objeto te llama, ni áun los recuerdos de la infancia y la familia, en esa feligresía hay dichosas gentes, que carecen de tu cultura y casi por instinto aman y veneran los recuerdos. En el umbral de la puerta de la iglesia de aquella aldea hay un sillar profundamente gastado por el pié de los que hace trescientos años en-

tran y salen, y las pobres gentes cuyo trato no tiene para tí atractivo alguno sufren gustosas la incomodidad y arrostran el peligro de caer que les ofrece, y no quieren renovarle por una razon que casi casi hago mal en revelarte, porque no la has de comprender: dicen que aquel sillar es dos veces santo, porque forma parte del templo y porque en él pusieron el pié las generaciones que precedieron á la suya, al ir á ocuparse en una de las cosas más santas de este mundo: ¡en la oracion!

¡Ah, pobre, pobre, cuánta miseria tienes en el corazon, por mucho oro que tengas en el bolsillo!

LA ORIUNDEZ DE ELCANO.

LA ORIUNDEZ DE ELCANO.

Juan Sebastian de Elcano, el primer circunnavegador del globo, no es una gloria privativamente vascongada; es una gloria española, y, por tanto, lo que redunde en su honra y en la de España cabe perfectamente en este libro, donde me propuse excluir todo lo que tenga interes limitado á determinada localidad ó determinada personalidad.

Con motivo de la festividad científico-literaria que en 1879 preparaba la Sociedad Geográfica de Madrid para conmemorar dignamente el aniversario del inmortal marino vascongado, los periódicos de la córte recordaron una controversia que en 1873 sostuvimos, en *La Ilustracion Española y Americana*, D. Nicolás de Soraluce y yo, sobre el apellido, y, por tanto, sobre la oriundez del primero que dió la vuelta al mundo, añadiendo que aquella controversia se renovaria muy pronto, con tanto más motivo, cuanto que se iba á erigir una estatua al insigne hijo de Guetaria, y el nombre de éste se habia de grabar en el pedestal que la sustentase.

Como el asunto era importante, y como en las tristes circunstancias en que el Sr. Soraluce y yo le tratamos,

el país vascongado, á quien tanto interesaba, no pudo enterarse bien de las razones que cada uno de nosotros adujo en favor de su tésis, parecióme que era conveniente y oportuno que un periódico de mucha circulacion, como lo era y es *El Noticiero Bilbaino*, diese á conocer aquella controversia, reduciéndola á términos más concretos, breves y sencillos que los que tuvo en *La Ilustracion Española y Americana.*

Así sucedió, y mis razones debieron ser de más peso que las del Sr. Soraluce, pues á pesar de la diligencia y profusion con que éste hizo circular los escritos en que combatia mis opiniones, éstas fueran adoptadas por la Sociedad Geográfica, y hasta la villa de Guetaria, patria del gran marino, que habia asentido á las de mi contrincante, declaró solemnemente que, mejor enterada del asunto, daba por nulo aquel asentimiento, y continuaria dando al primer circunnavegador del globo, su glorioso hijo, el nombre de Juan Sebastian de Elcano, que siempre le habia dado. Solicitado últimamente por el Sr. Soraluce de la Diputacion provincial de Guipuzcoa, que declarase ser el nombre del primer circunnavegador Cano, y no Elcano, la Diputacion declaró que Elcano se le habia llamado siempre, y así se debia continuar llamándole.

Sentados estos precedentes, paso á reproducir el resúmen de la controversia á que se refieren.

I.

Es el Sr. D. Nicolas Soraluce persona á quien aprecio sinceramente en el concepto de caballero vascongado, aunque lamento que no siempre correspondan á sus prendas de tal y á su laboriosidad y buen deseo, sus condiciones de escritor y crítico. Por lo mismo me esforzaré cuanto pueda en no mortificarle al hacer el análisis, como ahora se ha dado en decir, de la controversia que sostuvimos hace seis años.

Dicho esto, veamos el orígen de aquella controversia, y resumamos luégo las razones que cada cual adujo en favor de su opinion.

Mi inolvidable amigo D. Eustaquio Fernandez de Navarrete, correspondiente de la Real Academia de la Historia, como el Sr. Soraluce y yo, dejó escrito, al morir á fines de 1866, un libro con el título de *Historia de Juan Sebastian de Elcano.* Este libro habia ofrecido á la provincia de Guipúzcoa, que, habiéndose propuesto por dos veces darle á luz, no lo habia hecho por dificultades é inconvenientes que á ello se habian opuesto. En 1871 el Sr. Soraluce concibió la idea de publicarle á sus expensas, y comunicándola con el Sr. D. Sotero Monteli, amigo íntimo é ilustrado colaborador de Navarrete en alguna de sus obras, quedó resuelta la impresion, que se hizo en Vitoria, en la imprenta del mismo Sr. Monteli, que era á la vez impresor muy entendido y escritor eru-

dito y de delicado gusto, á cuyo feliz resultado contribuyeron la provincia de Guipúzcoa suscribiéndose por trescientos ejemplares de la obra, y sus hermanas Alava y Vizcaya, que lo hicieron por menor número.

Este proceder del Sr. Soraluce era digno de aplauso; pero le acompañaron circunstancias que yo creí muy dignas de protesta y censura, y de aquí la controversia que con el Sr. Soraluce sostuve en *La Ilustracion Española y Americana*, recordada ahora por los periódicos de Madrid. El Sr. Navarrete, en su *Bosquejo histórico sobre la novela española*, escrito para preliminar del tomo XIII de la *Biblioteca de Autores españoles*, de Rivadeneyra, habia censurado al editor D. Antonio de Sancha porque se habia tomado la libertad de corregir la plana á Cervántes haciéndole decir *Viaje* AL *Parnaso* en lugar de *Viaje* DEL *Parnaso*, que era lo que Cervántes habia escrito como título de su obra. El Sr. Soraluce, editor de la *Historia de Juan Sebastian de Elcano*, hizo en el título de esta obra una alteracion mucho más grave que la que Sancha habia hecho en el título de la de Cervántes, y Navarrete habia censurado, bien distante, sin duda, de imaginar que habia de haber tambien quien á él le corrigiese la plana.

El Sr. Soraluce se la corrigió á Navarrete, haciéndole decir Historia de Juan Sebastian DEL *Cano*, en lugar de Historia de Juan Sebastian DE ELCANO, correccion que era mucho más grave que la de Sancha, porque la de éste era puramente gramatical y la del Sr. Soraluce era gramatical y trascendentalmente histórica.

El libro de Navarrete, que debiera haberse publicado

tal cual le dejó su sabio y concienzudo autor, sin más adicion que la oportuna, sentida, correcta y discreta biografía de Navarrete con que le ilustró el Sr. Monteli, se publicó con una introduccion y multitud de notas de su editor, en que apénas se descubre más afan que el de querer persuadir que el primer circunnavegador del globo se llamó CANO, y no *Elcano*, ó lo que es lo mismo, que su oriundez no era vascongada, y sí gallega ó sabe Dios de dónde.

Los periódicos de Madrid, al recordar la controversia entre el Sr. Soraluce y yo, dicen que, sometida la cuestion por el Sr. Soraluce á la Academia de la Historia, ésta, al cabo de varios meses de minuciosas investigaciones en los archivos de Madrid, Cuenca, Guadalajara, Simáncas, Vigo y Coruña, emitió dictámen en favor del Sr. Soraluce. La verdad es que en 17 de Febrero se dirigió á la Academia el Sr. Soraluce, y en 14 de Marzo siguiente, ó sea ántes de trascurrir un mes, le contestó el académico D. Fermin Caballero, diciendo, en resúmen, que los del apellido Cano eran gallegos, y por consecuencia, era quimera pensar que la oriundez del ilustre guetariano fuese vascongada. Asombra verdaderamente este modo de discurrir en un académico de la Historia, áun tomando en cuenta las genialidades y la avanzadísima edad de aquel benemérito escritor, que me consta no haber hecho investigacion ninguna en los archivos citados por los periódicos de Madrid, para dar la respuesta que habia dejado á su cargo la Academia.

Don Miguel Rodriguez Ferrer, en su libro *Los Vascongados*, se inclinó á creer que la razon quedó de mi parte



en la controversia que sostuve con el Sr. Soraluce; y los periódicos de Madrid dicen que la prueba aducida, á nombre de la Academia, por el Sr. Caballero «no era muy inconcusa.» No puedo creer que si aquella sábia corporacion, donde todavía el Sr. Caballero sustentaba en 1873 la rancia y vergonzosa tradicion escolástica de hostilizar en todo y por todo, y á tuerto ó á derecho, á los vascongados, que, para honra de la Academia, ha cesado estos últimos años, considerándola irracional, y por tanto, insostenible; no puedo creer, repito, que la Academia, si vuelve á ocuparse seriamente en asunto tan importante, haga lo que su difunto y honrado académico.

La cuestion de si el apellido del gran marino era Elcano ó era Cano es de grandísima importancia; y si sólo se tratára de averiguar si el primero que dió la vuelta al mundo tenía oriundez vascongada ó la tenía castellana ó gallega, yo hubiera dejado pasar sin correctivo la adulteracion del título del libro de Navarrete, porque glorias españolas son las de toda España, sin excluir las vascongadas. Con fundadísima razon nos envidian todas las naciones cultas la de haber sido una nave española la primera que dió vuelta al mundo. El apellido Elcano, siendo, como es, genuina y exclusivamente vascongado, es español, y ninguna nacion del mundo puede disputarnos la oriundez del que le ilustró; pero el apellido Cano probablemente procede del *canus* latino; y si este apellido fuese el del circunnavegador, como el señor Soraluce pretende sin fundamento, así como ahora se ha querido despojar á Guipúzcoa de la oriundez de su ilustre hijo, mañana se querria despojar á España de

la oriundez del mismo por cualquiera de las naciones que tienen, cuando ménos, tanto derecho como la nuestra para llamarse latinas.

Expuestos los precedentes de esta importante cuestion, que ha vuelto á ser de actualidad, reservaré para otro artículo el *análisis* de las razones que el Sr. Soraluce alegó para sostener que la oriundez de Elcano era gallega, ó sabe Dios qué, pero no vascongada.

II.

Las razones en que mi laborioso amigo D. Nicolás de Soraluce se fundaba para negar á Juan Sebastian de Elcano oriundez vascongada se reducian á que tanto el insigne hijo de Güetaria como sus hermanos se firmaban *del Cano*, en cuya virtud, así en la carta del emperador Cárlos V, como en otros documentos del siglo XVI, se habia seguido la misma costumbre al nombrársele.

En cuanto á la existencia de un lugar situado cerca de Guetaria, que lleva el nombre de *Elcano*, el Sr. Soraluce quiso explicar esta circunstancia, diciendo que á aquel lugar se daria el nombre de *Cano* para honrar al primer circunnavegador, y luégo se corromperia aquel nombre.

Añadia el Sr. Soraluce que Garibay y otros habian hecho constar que Juan Sebastian se firmaba *del Cano*, y no *de Elcano;* y por último, como vehemente indicio de que hasta la oriundez materna del ilustre guetariano

no era vascongada, decia que el apellido de su madre era Puerto.

Los demas alegatos del Sr. Soraluce para sostener su tésis eran todos de mucha menor importancia que éstos, y por tanto, me abstengo de enumerarlos, y paso á resumir, y alguna vez á esforzar las razones capitales que opuse á las suyas.

El Sr. Soraluce echa la culpa al Doctor Lope de Isasti, que escribió la historia de Guipúzcoa en el siglo XVII, de no haberse seguido llamando *del Cano* á Juan Sebastian, porque este escritor, á pesar de saber que el gran marino guetariano se firmó *del Cano* en su testamento, le llamó *de Elcano* en su historia. Isasti procedió discretamente al hacer lo que el Sr. Soraluce condena, como yo creo haber procedido al reproducir el acta auténtica de una junta general SO *el árbol de Guernica,* corrigiendo la plana al escribano ó amanuense que escribió SOBRE el árbol de Guernica, y como proceden todos los que la corrigen á los documentos antiguos, entre ellos no pocas reales cédulas, que llaman á Elorrio EL HORRIO.

Casi todos los que modernamente han escrito de Juan Sebastian de Elcano, es decir, Agote, Gorosabel, Aldamar, Navarrete, etc., han convenido en que el primer circunnavegador del globo se firmaba *del Cano,* pero todos le han llamado Elcano, atribuyendo á manifiesto error ortográfico de Juan Sebastian y su familia aquella circunstancia. Don Manuel de Agote, descendiente del ilustre marino, á quien erigió á expensas propias en 1800 una hermosa estatua de mármol, que pereció en la pri-

mera guerra civil carlista, era de este mismo parecer, fundándose en razones sencillamente de sentido comun.

Como han dicho los Sres. Aldamar y Navarrete, en la época de Juan Sebastian de Elcano no se cuidaba como en la nuestra de la buena ortografía, pues hasta Cervántes, y Garcilaso, y Alarcon, escribian sin ella sus apellidos, y no es extraño que una familia iliterata y residente en una comarca donde no era lengua vulgar la castellana, como lo era y residia la de Elcano, incurriese en el mismo defecto, tanto más, cuanto que oralmente apénas habia diferencia entre «de Elcano» y «del Cano». ¿No sería ridículo que nosotros escribiésemos el apellido del autor del *Quijote* como aquel egregio ingenio le escribia, es decir, *cerbantes SaaVedra?* Pues tan ridículo como esto, sería escribir *del Cano* el nombre del primer circunnavegador.

Ademas hay otra poderosa razon para recusar el *del Cano*, patrocinado por el Sr. Soraluce, y lo que parece más increible, por el docto académico D. Fermin Caballero. Los apellidos personales, es decir, los que se fundan en una cualidad personal, como el de los Cano, no admiten la preposicion *de, del, de la*, etc., que se reserva para los solariegos, en que no se puede omitir sin incurrir en un solecismo gramatical. Si el apellido del primer circunnavegador del globo fuese el que el señor Soraluce y su respetable patrocinador, el Sr. Caballero, pretendian, no cabia el *del* entre el nombre y el apellido, como opinaban Alonso Cano, Melchor Cano y todos los Cano del mundo. El mismo Sr. Caballero hubiera estado

autorizado para poner el *del* ántes de su apellido, si hubiese sido aceptable su teoría y la de su patrocinado. Ya que éste adulteró el título del libro de Navarrete, debió hacerlo de modo que, aunque padeciese el buen sentido histórico etimológico, no padeciese la gramática, es decir, haciendo que el libro se llamase *Historia de Juan Sebastian Cano*, y no DEL CANO.

En punto á que la oriundez materna de Elcano no fuese vascongada, como da á entender el señor Soraluce, esta pretension no es tampoco razonable. La madre de Juan Sebastian de Elcano se llamó doña Catalina de Puerto. Desde tiempos sin duda anteriores á la adopcion de apellidos solariegos ó de familia en estas provincias, se designaba en ellas con el nombre de *pourtu* ó *portu* al puerto de mar. Los vascófilos sostienen que este nombre es euskaro ó ibérico, de cuya lengua le tomó la latina, que le trasmitió á la castellana, si es que ésta no le recibió directamente de la euskara, como tantísimos otros con que cuenta. Fúndanse para sostenerlo en una razon no destituida de valor: en la de que, descomponiendo la palabra *portu*, significa «sitio redondo, donde es el agua profunda», como compuesta de *po*, *bo*, redondez; *ur*, agua, y *tu*, terminacion que indica accion y profundidad. Cuando los latinos ó los castellanos descompongan su *portus* los primeros, ó su *puerto* los segundos, y hallen en él significacion tan apropiada como la que tiene el *portu* euskaro, convendrémos en que la lengua euskara tomó su *pourtu*, *portu* ó puerto (segun sus dialectos) de la latina ó castellana. No hay, pues, razon para que á Elcano se le niegue oriundez materna

vascongada porque su madre se llamase doña Catalina de Puerto.

Gorosabel, en su *Diccionario histórico de Guipúzcoa*, dijo tener por cierto que el apellido del primer circunnavegador del globó era Elcano, y no *del Cano*, como procedente del lugar de Elcano, cercano á Guetaria, y uno de los de la universidad ó comunidad de Aya. El señor Soraluce llevó muy á mal esta afirmacion, y entre sus esfuerzos de ingenio para recusarla, sentó la peregrina hipótesis de que al lugar de Elcano se le dió el nombre de Cano para honrar al ilustre marino, y luégo se corrompió el nombre. Yo opuse una razon concluyentísima á esta hipótesis de mi estimado y obcecado contrincante, haciéndole ver que en el mismo Diccionario de Gorosabel se publicó una escritura latina, otorgada en 1025, es decir, siglos ántes de venir Juan Sebastian al mundo, en que se leian estas palabras : «..... *in villa quæ dicitur Aya de Elcano.*» Con esto dejé probado que la hipótesis del señor Soraluce carecia de fundamento, áun sin añadir que en Navarra hay un lugar, tambien muy antiguo, que lleva el mismo nombre de Elcano; que en este país no ha sido costumbre glorificar á los hombres ilustres dando su apellido por nombre á los pueblos, y que los hombres tomaban apellido del solar de que procedian.

En mi tercer artículo, que será el último que dedique á este asunto, continuaré exponiendo las razones que tuve y tengo para creer que la oriundez de Juan Sebastian de Elcano es puramente vascongada.

III.

Cuando los señores académicos de la Historia dijeron á su respetable colega: «Sr. D. Fermin, tenga usted á bien encargarse de contestar á eso, con arreglo á la tradicion de la Academia, que ya sabe usted ha sido constante y sistemáticamente hostil al euskarismo», lo primero, y casi lo único, en que debió pensar el señor don Fermin Caballero, era averiguar, no si el apellido Cano era ó no gallego, sino si el apellido Elcano era ó no euskaro; pero hizo completo caso omiso de esta última averiguacion, como si nada tuviera que ver con la cuestion que se ventilaba.

La razon más fuerte que el anciano académico adujo para fallar de plano «que es una quimera el atribuir á Elcano oriundez vascongada, porque la tiene gallega», se redujo á que los Cano son de orígen gallego, y á que muchos individuos ó familias de este apellido han pretendido en sus alegatos é informaciones de nobleza contar entre sus progenitores al primer circunnavegador del mundo.

Veamos á lo que queda reducida esta *razon*. Todos sabemos lo que pasaba con las informaciones de nobleza: no hay personaje ilustre, ni áun fabuloso, que no haya sido traido por los cabellos á estos alegatos. Sirva de ejemplo una solemnísima informacion de los del apellido Heros, que tengo á la vista. Este apellido es sencilla

y modestamente solariego del lugar de Heros, en el valle de Carranza, y en la informacion se dice con la mayor seriedad que proviene de Hero Vero, pretor romano, hermano de Arrio Vero, hijos ambos de Arrio Vero, cónsul dos veces, descendiente de Numa Pompilio, segundo rey de Roma, y de Marco Curcio y Comodo Antonino. Si los Cano de Castilla que pretendieron contar entre sus ascendientes á Elcano le contáran en efecto, no se hubieran limitado á decirlo; lo hubieran probado por medio del árbol genealógico, cuya formacion era fácil, estando tan próximo el tiempo (siglo XVI) en que floreció el primer circunnavegador del globo.

En la parte occidental de Vizcaya ha habido y hay el apellido *personal* Cano; pero los de este apellido no proceden allí de Castilla, y mucho ménos de Galicia, sino que le han tomado de una cualidad personal de uno de sus antecesores. En aquella comarca equivale la calificacion de *cano* á la de rubio, blanco ó hermoso, y no habiendo apénas quien de niño no se haya oido llamar así, muchos conservan toda la vida este sobrenombre familiar y vulgar, y hasta pudiera yo citar algun sujeto que le ha adoptado como apellido, abandonando el patronímico que dos generaciones ántes llevaba su linaje.

De todos modos, los del apellido Cano, procedan de donde procedan, no usan, ni deben usar, la preposicion *del*, que no corresponde á los apellidos personales, y sí á los solariegos. Tienen, pues, razon los periódicos de Madrid al decir que la prueba presentada por el académico señor Caballero «no era muy inconcusa.»

Adonde debieron acudir el señor Soraluce y su patro-

cinador, para averiguar la verdad, es á la lengua euskara, que, aunque desdeñada por los académicos españoles, tiene autoridades muy doctas y competentes en los países extranjeros más cultos. Cerca de donde nació Juan Sebastian de Elcano hay un lugar que lleva por nombre el apellido solariego del insigne hijo de Guetaria; en otras comarcas de la tierra vascongada hay otros del mismo nombre y de la misma situacion topográfica, que es la que por regla general se atendia en este país al imponer nombre á las localidades: se sabe que estos lugares existian con este nombre ántes que ningun Cano ni Elcano se hiciera célebre en el mundo, y casi ántes que se generalizáran los apellidos como sobrenombre personal ó de familia; no cabe duda que el nombre local Elcano es palabra vascongada, cuya significacion corresponde á la condicion física más característica de las localidades que le llevan; y por último, si el apellido del primer circunnavegador del globo no fuese solariego, y sí personal y gallego ó castellano, no cabia el *del* entre el nombre y el apellido, como opinaban los ya citados Alonso Cano, Melchor Cano y todos los Cano conocidos.

Es comunísimo ver en los escritos relativamente antiguos, y sobre todo en los escritos de personas extrañas á la tierra y á la lengua vascongada, que se llame á la villa de Elorrio villa *del* Horrio; y, sin embargo, á nadie que tenga algun conocimiento de la lengua euskara, como le tiene mi buen amigo el señor Soraluce, que la aprendió de los labios maternales, le ha ocurrido que diese nombre á aquella villa del Duranguesado un

horreo, horrio ó granero, y sí que se le dió un espinar.

Si en Castilla hubiese un lugar cuyo nombre tuviese significacion pura y claramente castellana, y allí se observase constantemente, como se observa en la tierra vascongada, que los nombres son descriptivos de las localidades, y aquella significacion describiese la condicion física más característica del lugar, y en éste ó sus cercanías hubiese una familia que llevase aquel nombre por apellido, ¿no sería fuera de toda lógica y de toda razon, y hasta de todo sentido comun, suponer que aquel apellido procedia de la tierra vascongada, aunque en su formacion entrase algun diptongo comun, aunque con distinta acepcion, á las lenguas castellana y vascongada?

En España hay muchos lugares que llevan el nombre de Laguna ó la Laguna, por haber alguna laguna en ellos ó sus cercanías. Si en esos lugares ó sus cercanías hubiese alguna familia que llevase el apellido *Laguna*, ¿no sería fuera de toda lógica, de toda razon y hasta de sentido comun, suponer que esta familia era oriunda de la tierra euskara porque en la lengua de esta tierra *laguna* significa cosa que acompaña á otra?

Pues si esto sería absurdo y fuera de toda razon, y hasta de sentido comun, en el mismo caso se halla el suponer que el apellido de Juan Sebastian de Elcano, ilustre hijo de Guetaria, en cuya cercanía existe, hace lo ménos ocho siglos, el lugar de Elcano, procede de Galicia ó de Castilla. La verdad es que en la region vascongada hay lugares antiguos con el nombre de Elcano; que este nombre tiene significacion conocida correspon-

diente al sitio que designa; que en las cercanías de una de las localidades que le llevan hay un linaje que lleva por apellido este nombre, y que es extraño á toda lógica y á todo buen sentido suponer que este linaje no procede de aquel lugar ni de él tomó su apellido.

El que algun individuo ó alguna generacion del mismo linaje incurriese en un pequeñísimo error gráfico (que no alteraba la eufonía) al escribir su apellido solariego, y sobre todo, que incurriese en unos tiempos en que en tales errores incurrian hasta los más insignes cultivadores de la lengua castellana, que no era la propia y familiar de aquel linaje, es razon trivialísima é indigna de escritores, y más aún de académicos, para que á Juan Sebastian de Elcano se le quiera despojar de este apellido, y darle oriundez extraña á la tierra vascongada.

EL PRIMER CAFÉ SUIZO.

EL PRIMER CAFÉ SUIZO.

I.

En todas ó casi todas las capitales de España hay un café que, por lo comun, es el mejor y más afamado, que lleva el nombre de Café Suizo, y pertenece á una compañía de industriales muy estimada, y digna de serlo, en cuya razon social suenan los apellidos de Matossi y Franconi.

Estos establecimientos ocupan ya un lugar muy importante en la historia industrial contemporánea de nuestras capitales, y todo hace creer que en lo sucesivo han de continuar ocupándole áun mayor. Todavía hay otra circunstancia que aumenta el interes y la curiosidad en la averiguacion del orígen de los cafés suizos españoles, y es la de que á estos establecimientos se debe en grandísima parte el prodigioso desarrollo que el ramo industrial á que pertenecen ha experimentado en España en estos últimos tiempos.

Ciertamente que no me han de declarar nuestros académicos benemérito por el servicio que voy á prestar á la historia patria con el presente artículo; pero no lleva-

rán á mal los que en los tiempos venideros escriban la historia de nuestra industria, que haya habido quien dejase estos apuntes en la coleccion de sus obrillas.

Bilbao, el pueblo donde resido, tiene muchos títulos para que se le cuente entre los pueblos españoles que más se han apresurado á acoger, impulsar y poner en práctica los adelantos y descubrimientos modernos, á pesar de ser un pueblo cuya existencia comienza en el siglo XIV, y cuyo vecindario, que hoy se acerca á cuarenta mil almas, nunca llegó á veinte mil hasta nuestro tiempo.

Sin hacer mérito de lo que se anticipó á muchas é importantes ciudades y villas españolas en la adopcion de la imprenta, que ya poseia Bilbao en el siglo XVI, recordaré las famosas Ordenanzas de su consulado, que, considerándoselas admirable monumento de legislacion mercantil, se adoptaron literal ó sustancialmente en casi todas las plazas comerciales de Europa y América, y añadiré que el primer puente colgante que se construyó en España sirvió para facilitar el paso del Cadagua en las cercanías de Bilbao; que en 1829 se hicieron en Bilbao los estudios para un ferro-carril por la orilla del mismo rio, y que la villa de Bilbao fué, si no la primera, una de las primeras poblaciones de España donde se adoptó el alumbrado de gas.

II.

Las costumbres é inclinaciones de este pueblo, más parecidas á las de las grandes poblaciones de Inglaterra que á las de las grandes poblaciones de Francia, son poco favorables al desarrollo y fomento de los establecimientos industriales denominados cafés, porque la vida de familia lo es aquí todo, y la vida de café poco más que nada, quedando casi reducida á los forasteros, que, por tener hábito de ella, ó por efecto de su aislamiento, la aceptan. Yo lamento que así no suceda en todas las demas capitales de España, como lo dí á entender en una sátira contra la vida de café, que dió á luz *La Ilustracion Española y Americana* en 1874, y lamento no ménos que tal vida comience á hacerse extensiva á Bilbao. Los cafés sólo pueden subsistir aquí con el elemento forastero, que no deja de tener importancia, tratándose de una plaza mercantil de primer órden, y de un puerto en cuyos fondeaderos nunca faltan naves de diferentes naciones, habiéndose ofrecido ocasion, en estos últimos años, en que se han reunido hasta en número de trescientas.

Sin embargo, al comenzar el presente siglo ya habia cafés en Bilbao, generalmente establecidos por italianos ó suizos. Un tal Rovina, que, aunque nacido en Francia, era de orígen italiano, estableció uno, ántes de la guerra de la Independencia, en la calle del Correo, con entrada por donde hoy la tiene la pastelería suiza, y en 1814 le traspasó á un suizo apellidado Betti.

Este Betti era un gran ebanista, que habia sacado excelentes oficiales de su arte, y su mujer era la modista más afamada que por aquel tiempo habia en Bilbao.

Un año ántes habian aparecido en Bilbao dos suizos, llamados uno Francisco Matossi y el otro Pedro Franconi. Contábase, y se cuenta aún, que habian hecho el viaje de su tierra á Vizcaya tan pobre y penosamente, que le habian hecho á pié y alimentándose casi exclusivamente con la leche de una hermosa cabra que traian consigo, y que á su vez se alimentaba con el pasto que encontraba en el camino. Quizá hubiese exageracion en esto, pero lo cierto es que llegaron á Bilbao trayendo consigo la cabra, que conservaron con mucho cuidado y cariño, hasta que murió de vieja.

Franconi era un excelente pastelero, que, como tal, adquirió inmediatamente gran estimacion en Bilbao, sobre todo con la confeccion de unos pasteles especiales, que vendia personalmente en las romerías, llevándolos en una cesta.

Matossi, que era de educacion más esmerada y de más edad, y desde luégo adquirió simpatías y proteccion, tanto entre los extranjeros como entre los naturales del país, tomó en traspaso, al año de su venida, el café de Betti, y asoció á su empresa á su compañero y paisano Franconi, sin que por ello este último dejase de concurrir á las romerías y demas grandes reuniones populares, á vender los exquisitos pasteles por él fabricados, si bien desde entónces empezó á hacerlo acompañado y auxiliado de alguno de los dependientes del café.

III.

El café adquirido por Matossi y Franconi recibió inmediatamente el nombre de *Café Suizo.*

Don Luis Bardeló, maestro de dibujo, que despues lo fué del colegio de Santiago, que precedió al actual Instituto de Segunda enseñanza de Vizcaya, y contó entre sus catedráticos al insigne D. Alberto Lista, pintó una muestra, que se colocó sobre la puerta del establecimiento de Matossi y Franconi, y en que por primera vez se daba á aquel establecimiento el citado nombre de *Café Suizo.*

Cuando se construyó la Plaza Nueva, hácia 1830, á espaldas del café, y á éste se le dió entrada por ella, quedando el local correspondiente á la calle del Correo destinado sólo al servicio de pastelería, como áun lo está, se trasladó á la nueva entrada la muestra pintada por Bardeló, y allí subsiste aún, perfectamente conservada y tal como se expuso al público por primera vez. Me parece que no estarán de más algunos renglones destinados á describirla.

La muestra tiene en el centro una especie de tarjeton, que dice literalmente:

CAFÉ SUIZO DE MATOSSI Y COMPAÑÍA. FÁBRICA DE LICORES DE TODAS CLASES Y VENDEN VINOS GENEROSOS ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS.



En un aparador ó mostrador situado á la izquierda del espectador se ven pasteles de diferentes clases y un templete de dulce, y en otro aparador de la parte opuesta se ven sorbetes y otros helados y licores. Dos mozos (ó camareros, como ahora se dice impropiamente, pues en los cafés no hay cámaras donde servir) están de pié, uno á cada lado del tarjeton, y se cree que son retratos de los dos principales dependientes del establecimiento, que conservó los que tenía cuando le traspasó Betti.

Uno de ellos viste pantalon largo, y el otro calzon corto y media blanca, y ambos tienen en la cabeza gorra con visera grande y horizontal. Parece representarse en ellos el tránsito del calzon corto al pantalon largo, que coincidió en este país con aquel tiempo.

El Café Suizo de Bilbao prosperó, y pasando á Búrgos Pedro Franconi como uno de los socios de la que, andando el tiempo, habia de ser poderosa Compañía industrial, fundó allí otro café con la misma razon social y el mismo nombre que el de Bilbao, haciendo lo mismo en otras capitales.

Pedro Franconi decia muchos años despues, cuando la Compañía habia ya multiplicado los cafés suizos en España, que aunque el de Bilbao sólo proporcionase pérdidas á aquélla, le conservaria siempre, por ser la casa originaria de la Compañía.

IV.

¿De dónde procedian Francisco Matossi y Pedro Franconi, y cuáles eran sus antecedentes de familia? Del primero no sé más que lo que ya he dicho; del segundo, que continuó viviendo en Bilbao y á cuya iniciativa se debió realmente el primer Café Suizo español, sé algo más.

Matossi era hombre de hermosa presencia y de trato lleno de atractivo. Cuéntase que hácia Plencia tuvo un hijo natural al que legitimó. Este hijo se dedicó primero á la marina y luégo pasó al Café Suizo de Zaragoza. Un hermano de Francisco Matossi, llamado Santiago como su padre, pasó hácia 1835 á establecer el Café Suizo de Santander.

En 1833, es decir veinte años despues de su llegada á Vizcaya, hizo informacion de limpieza de sangre, que existe en los archivos del Señorío. De ella resulta que era natural de Poschiabo, canton de los Grisones, en la confederacion suiza, católico apostólico romano como sus predecesores, é hijo legítimo de Santiago Matossi y de María Olgiati.

En 1565, Fernando, electo augusto emperador de romanos, rey de Alemania, Hungría, Bohemia, etc., dió carta de nobleza y escudo de armas, por grandes servicios que habia prestado al Imperio, á Delfin Landolphi

de Perelavio Retho, de quien Francisco Matossi descendia por la línea materna, segun árbol genealógico que á la informacion de limpieza de sangre se acompañó. La carta del Emperador en que se describe minuciosamente el escudo de armas concedido á Delfin Landolphi y sus sucesores, está redactada en latin, y la informacion de testigos, hecha en 1833 en Poschiabo, hace constar que la familia de Francisco Matossi era tenida por noble y honrada á carta cabal.

Donde quiera que fueron así los Matossi como los Franconi, lograron inmediatamente generales simpatías y fama de hombres honrados é incansables en el trabajo. La generacion que sucedió á Francisco Matossi y Pedro Franconi continúa esta honrosa tradicion de familia.

Cada vez que en un Café Suizo tomo un vaso de leche, con tostada ó sin ella, me pongo á considerar la leche que ha ido dando aquella cabra con quien Francisco Matossi y Pedro Franconi vinieron á España en amor y compañía.

LA FUENTE MALDITA.

LA FUENTE MALDITA.

En un lugar de cuyo nombre me acuerdo á todas horas, porque no acordarme fuera en mí gran indignidad habiendo nacido allí y estando allí los huesos de muchos de mis antecesores, hay una fuentecilla, á cuyo raudal nadie aplica los labios y á cuyo lado nadie se sienta á descansar, á pesar de que la mitad de los que por allí pasan están sedientos y cansados, y tanto la frescura y trasparencia del agua como el césped y la sombra convidan á uno y otro orilla de la fuente.

La aldea de que se trata, y cuyo nombre callo, porque ni al mundo presente ni al venidero importa saberle, se compone de poco más de una veintena de casas, esparcidas en cuatro ó cinco grupos, entre heredades y arboledas, en un escalon de la falda oriental de una alta montaña, cuyos piés baña por aquella parte un cristalino y bullicioso rio.

La subida más corta, aunque más penosa, es la que la gente de á pié escoge casi siempre. Al llegar al término de la cuesta para seguir un trozo de camino llano y sombreado de robles y castaños, á cuyo fin está el barrio más populoso de la aldea, se encuentra á la sombra

de un frondoso castaño la Fuente Maldita, y todos los transeuntes, léjos de detenerse á beber de ella y descansar bajo el castaño que le da sombra, aceleran el paso, á pesar de que suben cansados y sedientos, como temerosos de caer en tentacion de beber y descansar allí.

Mi madre y yo habiamos nacido en aquella aldea, sólo que poco despues de nacer yo, mis padres se trasladaron, naturalmente llevándome en su compañía, á otra aldea cercana, que era la natal de mi padre. Con frecuencia íbamos mi hermano y yo, unas veces solos, otras en compañía de nuestra madre, á la aldea donde ésta y yo habiamos nacido y donde teniamos muchos parientes y amigos. Cuando íbamos solos, el primer encargo de nuestra madre era que aunque subiéramos rabiando de sed y rendidos de cansancio, no nos detuviéramos á beber ni á descansar en la Fuente Maldita.

Mi madre, cuyas aficiones á la aldea natal y cuya pobreza de entendimiento he heredado, contaba horrores de aquella fuentecilla. Estos horrores consistian en que hasta que se conoció la maldad de la fuente y áun de la sombra del castaño que la cobijaba y del césped que la embellecia, muchos de los que allí bebieron y descansaron lo hicieron á costa de su vida, pues algunos no levantaron cabeza desde aquel dia, y hasta los hubo que aparecieron muertos bajo el castaño, en cuyo tronco habia, cuando mi madre era aún niña, una cruz que conmemoraba la muerte de aquellos incautos y pedia un *Paternoster* para ellos.

Es inútil decir que nosotros, con estas noticias, pasábamos á escape las inmediaciones de la fuentecilla aun-

que fuéramos medio ahogados de sed y muertos de cansancio con la subida de la cuesta. Hasta cerrábamos los ojos y nos tapábamos los oidos con las manos temerosos de que nos sedujeran lo apacible de aquel césped y aquella sombra, y lo sonoro y cristalino de aquel manantial.

Despuntando ya en mí el pesar de no saber nada y el deseo de averiguarlo y saberlo todo, me ausenté de la aldea á tierras muy lejanas, donde viví muchos años con el pensamiento y el corazon en la tierra natal y muy particularmente en el rinconcillo donde habia pasado la niñez y estaban mis más dulces recuerdos; y mil veces pensé en la Fuente Maldita, y cada vez tuve mayores deseos de averiguar en qué consistia su maldad y la de la sombra que la amenizaba.

Regresé á la tierra natal, y una de las primeras cosas que hice fué poner piés en pared para esta averiguacion.

La aldea donde mi madre y yo nacimos goza de riquísimas aguas potables, como asentada en terreno silíceo, donde, por regla general, las aguas son muy delgadas y saludables, porque la sílice es materia rebelde á la disolucion, lo que no sucede con la cal, el yeso y otros minerales de que con facilidad se cargan las aguas en contacto con ellos, haciéndose pesadas é indigestas.

Provisto de un pomito de disolucion alcohólica-jabonosa y otro vacío, me fuí una tarde á la aldea de mi madre y mia; ensayé todas las aguas, encontrándolas inmejorables, tanto que con ocho gotas de disolucion hacian espuma blanca y permanente, al paso que las afamadas de la fuente del Berro de Madrid necesitan treinta y dos y las generales de Bilbao doce.

En seguida me dirigí á la Fuente Maldita, y hecha y repetida la misma operacion, resultó que su agua era tan escasa de sales térreas en disolucion, que apénas se necesitaban seis gotas para neutralizarlas, ó lo que es lo mismo, para hacer espuma permanente y blanca como la nieve.

—¡Pobre fuentecilla!—exclamé.—¡Tú tambien eres víctima inocente de la ignorancia vulgar de que yo soy el primero en participar, áun ahora que tengo mis pujos de filósofo y sabio y sonrio de compasion cuando vuelvo la vista á mi infancia y la fijo en los que me rodeaban, inclusa mi pobre, sencilla y santa madre! Yo te voy á desagraviar ahora mismo del desden y hasta del horror de que has sido objeto durante siglos enteros.

Y así diciendo, apliqué mis labios al purísimo manantial, que parecia sonreirme y acariciarme de agradecimiento, y bebí, bebí hasta la saciedad, y en seguida encendí un cigarro y me senté sobre el oloroso césped inmediato, y recliné la cabeza en el tronco del castaño, y me quedé apaciblemente dormido.

Media hora despues desperté, y..... ¡qué horror! me encontré con que la comida se me habia bajado á los talones.

Cuando vuelvo á la aldea, en cuya iglesita, sombreada de altos y frondosos castaños, fuimos bautizados mi madre y yo, y bajo cuyas losas descansan mis abuelos maternos, y subo la consabida cuesta, y por tanto, llego sudoroso y sediento á la fuente, paso adelante, seguro de que si me detuviera allí á beber y descansar, se renovaria la cruz que mi madre conoció en el tronco del casta-

ño; pero cuando regreso de la aldea y, por tanto, llego á la fuentecilla fresco como una lechuga, bebo, bebo con delicia en la fuentecilla, me siento á echar un cigarro á la sombra del castaño que la cobija, bajo la cuesta sin perder aquella frescura, y en una venta que hay á la orilla del rio mato con un buen plato de truchas el gusanillo que empezó á darme guerra así que apliqué mis labios á la que en otro tiempo tuve por Fuente Maldita.

LOS PRIMEROS FÓSFOROS

LOS PRIMEROS FÓSFOROS.

No piense el que lea el epígrafe anterior que va á encontrar en este artículo una historia erudita y científica del orígen de la industria fosforera, que tan admirable importancia ha adquirido en ménos de medio siglo ; encontrará únicamente unos recuerdos puramente personales de uno que nació cuando si el fósforo ya existia en la naturaleza, no habia tenido aún las aplicaciones que hoy tiene.

Ya en mi niñez, es decir, al terminar el primer tercio de este siglo, habia llegado á mi aldea la noticia de que habia unas botellitas de cristal de las que, rompiéndolas, salia fuego; pero estas maravillosas botellitas no habian llegado aún allí.

¿Cómo se gobernaba entónces la gente para producir el fuego y convertirle en llama? El único medio de producirle consistia en el choque del eslabon de acero con el pedernal, obteniendo chispas que prendian en la yesca ó en otra materia de fácil combustion, y el único medio de producir llama eran las pajuelas ó astillitas de pino, uno de cuyos extremos estaba bañado de azufre.

A mí mismo me parece ahora casi imposible que se

pudiera conformar la gente con medio tan engorroso y pesado de producir el fuego y la llama. Sin embargo, entónces nadie parecia echar de ménos un medio de producir fuego y llama con mayor prontitud y comodidad.

A fines de 1836 fuí á Madrid y me encontré con que allí no estaba la gente más adelantada que en Vizcaya en punto á encender las luces; por el contrario, allí se encendian con más dificultad que aquí. Las pajuelas de pino no tenian allí uso alguno, y sí sólo unas cuerdas bañadas de azufre, que colgaban de un clavo cerca del fogon y se encendian con dificultad en la yesca ó en el rescoldo, para aplicar su pestilente y mortecina llama al velon de aceite ó á la vela de sebo. El humo de aquellas mechas atacaba terriblemente la garganta y el olfato, y para apagarlas no bastaba el soplo, y era necesario tirarlas al suelo y echarles el pié encima.

Con estos medios, inferiorísimos al de las pajuelas de pino, cuya madera ardia con luz clara y aromática apénas se inflamaba el toquecillo de azufre, con estos medios, repito, se encendian en Madrid las luces en todas las casas. Cuando el dia de fiesta las criadas de servicio retrasadas en el Tio-Vivo de la puerta de Alcalá, en los bailes de Chamberí (donde entónces no habia más que unas cuantas casas), la Vírgen del Puerto, ó sabe Dios dónde, con su novio el soldado, ó Dios sabe con quién, atropellaban á la gente queriendo ganar el tiempo perdido, la gente exclamaba: «¡A encender la pajuela!»

Todas las noches habia tertulia en el comedor de casa de mi principal, á la luz de un quinqué, que se en-

cendia, como el velon de la tienda, á la piadosa salutacion de: «Alabado sea Dios.—Por siempre sea alabado.» Los dependientes subiamos á incorporarnos á aquella tertulia á las diez en verano y á las nueve en invierno, despues de cerrar la tienda, y poco despues llegaba el principal, que habia pasado el resto de la noche en alguna otra tienda, hablando de negocios de bolsa ú oyendo leer un periodiquillo nocturno titulado *El Castellano*, que entónces estaba muy de moda, y todas las noches esparcia noticias frescas de la guerra civil, de las que resultaba siempre que los cabecillas habian huido en vergonzosa derrota.

Una noche, el principal apagó el quinqué al ir á despabilar, á la voz de: «Á despabilar á Palacio», que siempre se daba en tales casos, y de repente hizo oir un chasquido y apareció con una brillante luz en la mano, lo que arrancó un grito de asombro y áun de terror á todos los tertulianos.

Entónces fué la primera vez que vi los fósforos. Mi principal habia comprado una de las primeras cajas de pajuelas fosfóricas que se vendian en Madrid, con objeto de asombrar con ellas á la tertulia de su casa.

El fabricante era catalan, apellidado Bardenet, que habia establecido su laboratorio en la calle de Alcalá, un poco más abajo de las Calatravas.

He llamado pajuelas fosfóricas y no cerillas á las compradas por mi principal, porque, en efecto, las primeras fabricadas por Bardenet eran como las pajuelas de Vizcaya, una astillita de pino untada por uno de sus extremos con fósforo en lugar de azufre. En la misma

caja se advertia que el fuego se obtenia «frotando la parte colorada de la pajuela en la parte de la caja áspera y dura.»

Poco despues apareció en las calles de Madrid el primer fosforero : era un hombrecillo que llevaba delante un cajon, y á quien seguia constantemente una turba de muchachos, para oirle canturrear una « especie » de coplas que él mismo componia, y en que anunciaba su mercancía. Una de ellas era ésta :

Yo llevo en este cajon
A la Fama y á Cervántes,
Con fósforos de carton
Y cerillas fulminantes.

A cuya copla añadia el fosforero este extravagante estríbillo :

Con las tunas yo me iré,
Con las tunas yo me voy.
¡ Fósforos y cerillas !
¡ Papel de Alcoy !

De lo que resultaba que el fosforero amaba tanto los consonantes, que por el de Alcoy sacrificaba su buena reputacion de honesto hasta el punto de calumniarse diciendo que se iba con las tunas.

Como la copla lo indica, ya la industria fosforera, apénas nacida, habia experimentado un gran progreso, pues el fósforo se habia aplicado á la cerilla y al carton en lugar de aplicarle sólo á la astillita de pino. La Fama y Cervántes salian á relucir en la copla del fosfore-

ro porque los libritos de fumar que éste vendia tenian en la cubierta aquellas marcas de fábrica.

Dicho se está que muy pronto quedaron abolidas las mechas de azufre, y que los fósforos de cerilla, de carton y de yesca se generalizaron, á pesar de que su uso tenía entónces inconvenientes que han ido desapareciendo, pues olian muy mal y eran muy propensos á inflamarse poco ménos que espontáneamente.

Los que mayor y más merecida fama alcanzaron fueron los de Lizarbe y Compañía, que establecieron su fábrica en Cascante y adornaban sus cajitas con coplas tan superiores en estro poético á las del fosforero madrileño que se iba con las tunas, como superiores eran sus fósforos en calidad y vista á los primitivos de Bardenet.

La copla que más fama alcanzó de todas los de Lizarbe y Compañía fué la de

> Que se suicida un amante
> Por haber perdido el seso.....
> ¿Qué tienen que ver con eso
> Los fósforos de Cascante?

Don José de Castro y Serrano y yo íbamos por la Fuente Castellana una tarde de mucho aire, y rabiábamos por fumar, porque á pesar de haber gastado ya casi todas las cerillas que llevábamos, no habiamos podido encender con ninguna. Un transeunte que nos vió en aquella inútil maniobra se acercó á nosotros y nos enseñó dos modos, para nosotros desconocidos, de encender las cerillas aunque hiciera más aire que cuando enterraron á Zafra

(que, entre paréntesis, no sé quién fué); el primero consistia en encenderlas entre la hierba ó, á falta de ésta, en un hoyito abierto en el suelo; y el segundo, en frotar la cerilla y meterla rápidamente en la sobrecaja.

El segundo de estos dos medios nos pareció el más ingenioso y noble, é inmediatamente le explicamos en verso con propósito de enviar la explicacion á Lizarbe y Compañía, para que éstos la estampáran en sus sobrecajas.

La explicacion, en que procuramos imitar el estilo de la musa fosforera, era ésta:

Si quieres, aunque haga viento,
Encender una cerilla,
Frota y métela al momento
En esta media cajilla
Donde mi invencion te cuento.

Cuando nos disponiamos á enviar á Lizarbe y Compañía este parto de dos ingenios, cayó en nuestro poder la copla de

Si se suicida un amante, etc.

y nos pareció tan superior á la nuestra, aunque ménos práctica, que reservamos el exhibir el fruto de nuestra inspiracion para cuando nos metiéramos á pretendientes de algun sillon de la Academia. Pepe ya se ha metido y y no le ha conseguido aún por haber hecho la tontería de callar su parte en la susodicha explicacion. No, pues yo no seré tan tonto que calle la mia cuando me meta á pretendiente de Academia, que será el dia del juicio por la tarde.

LOS HOLGAZANES.

LOS HOLGÁZANES.

I.

La sociedad civil se divide en dos clases de hombres (y por supuesto de mujeres): los que trabajan con la inteligencia y los que trabajan con los brazos.

Esta division no es completamente exacta, porque hay algun complexismo en una y otra clase, ó lo que es lo mismo, porque ni el que trabaja con la inteligencia es completamente ajeno al trabajo de los brazos, ni el que trabaja con los brazos es completamente ajeno al trabajo de la inteligencia; pero la regla general es la que he establecido, y no debe obstar á ella el complexismo que me he apresurado á reconocer.

Axioma para mí irrecusable: si los que trabajan con la inteligencia deben consideracion y apoyo á los que trabajan con los brazos, los que trabajan con los brazos deben profundo respeto y gratitud á los que trabajan con la inteligencia.

¿Satisfacen esta deuda los que trabajan con los brazos? Tengo el sentimiento de decir que, por regla general, no la satisfacen, porque para ellos los que trabajan

con la inteligencia no merecen nombre más adecuado que el de holgazanes.

Estos son los *holgazanes* de quienes se trata en el presente artículo, donde al pan se llama pan y vino al vino, porque sólo hablando claro se entiende bien la gente. La cuestion es tan importante, que aunque en otra ocasion dediqué á ella una página de un libro, ahora me parece conveniente dedicar algunas de otro.

II.

En las cercanías de una capital de Castilla la Vieja, hay un paseo muy retirado de la ciudad, en un vallejuelo poblado de frondosa arboleda, que contrasta con la desnudez de los campos vecinos, casi desprovistos de toda vegetacion, como es uso y costumbre que lo estén los de Castilla la Vieja y áun los de Castilla la Nueva. Aquel paseo parece hecho de encargo para el recogimiento del espíritu, y en este concepto le prefieren á otros más cercanos á la poblacion y más concurridos los que quieren estudiar y meditar al aire libre. No se ve en él aquella muchedumbre de gentes frívolas que van á los paseos á ver y ser vistas y murmurar; pero en cambio, rara vez dejan de discurrir pausada y reflexivamente por sus umbrías jóvenes á quienes el estudio ha dado ya la gravedad de la edad viril, y hombres que apénas salidos de la juventud, llevan en su frente y su cabeza el augusto sello de la ancianidad.

Una tarde muy destemplada y fria atravesaba yo los desolados campos en que la ciudad tiene asiento como un oásis en medio del desierto, y descubriendo aquel ameno y apacible vallejuelo, de cuya existencia no tenía noticia, me encaminé á él. Un hombre estaba arando en en una heredad no distante del paseo, y me detuve á saludarle y preguntarle el nombre de la frondosa arboleda que tanto llamaba mi atencion. Cuando le iba á hacer esta pregunta, el hombre me dijo:

—Esta tarde bien ancho va V. á estar en el paseo de los Holgazanes, porque con el gris que corre no se atreve ninguno á salir de junto al fuego.

—¿A qué paseo llama V. el paseo de los Holgazanes? —le pregunté.

—A ése que ve V. ahí abajo le han puesto ese nombre porque le está pintiparado.

—¿Por qué?

—Porque nunca faltan en él holgazanes.

—¡Holgazanes! ¿Y quiénes son ésos?

—¿Quiénes han de sér sino los señores de gaban y levosa que vienen ahí á holgazanear, ménos cuando hace mal tiempo como hoy? ¡Qué repantigados y calientes pasarán hoy la tarde junto á la chimenea, miéntras los pobres destripaterrones nos helamos y echamos los hígados en el campo para que coman ellos! ¡Qué lastima de fuego en todos los holgazanes de España!

Quise rectificar el absurdo criterio de aquel hombre; pero pensando que la tarde no estaba para rectificaciones al aire libre, y sobre todo, pensando que tal rectificacion debia hacerse, no en un campo donde sólo lo oye-

ra un hombre, sino en un libro ó un periódico donde la leyeran muchos, continué mi camino, exclamando con honda pena:

—¡Dios mio, qué ideas tan absurdas y tan disolventes del principio social se van apoderando del honrado y buen pueblo de Castilla! ¡No permitas, Dios mio, que esas ideas traspasen las barreras naturales del Ebro al Océano, que desde el principio de los siglos han defendido á mis valles nativos de las invasiones injustas del Septentrion y el Mediodía.

III.

Pasaron años, y yo habia trocado las llanuras de Castilla por los valles vascongados, que eran los de mi infancia. La obra del progreso, á que todos nacimos obligados á contribuir, ciertamente no incluirá ni deberá incluir mi nombre entre los de aquellos que más le hayan prestado su concurso; pero cuando yo cierre los ojos para entregarme al último sueño, los cerraré tranquilo pensando que he llevado á ella la piedrecita que me permitian llevar mis débiles fuerzas.

Toda gran obra destinada á fecundizar mucho, esteriliza un poco. Para reedificar el alcázar de Madrid, en el siglo XVIII, se convirtió en erial el Parque, cuyas maravillas cantaron los poetas del siglo XVII.

Una mañana bajó Felipe V á aquel erial, y pensando

que ya no podia decir con la galana musa de Calderon :

> Esta mañana salí
> A ese verde hermoso sitio,
> A esa divina maleza,
> A ese ameno paraíso,
> A ese Parque, rica alfombra
> Del más supremo edificio,

determinó amenizar aquella aridez con macetas de flores.

Con macetas de flores del alma y de la inteligencia procuramos amenizar los poetas y moralistas la aridez que en torno de sí produce la gran obra del progreso humano.

¡Y yo trabajaba, trabajaba sin descanso para hacer brotar estas flores!

Cerca de mi morada habia un vallecito solitario que, como el paseo de los Holgazanes de Castilla, parecia hecho de encargo para la meditacion y el estudio. No eran sus vertientes campos desnudos y desolados, sino laderas siempre verdes y vestidas de árboles frondosos ; surcábale un riachuelo bullicioso y cristalino, y en lo más ameno y espacioso de su borde brotaba una caudalosa fuente, que luégo serpenteaba por la pradera, adonde bajaban en su busca abejas y mariposas.

Turbaban el silencio de aquel vallecito, ademas del murmullo del riachuelo y la fuente, las risas y los cantares de una bandada de muchachas que trabajaban en una venera, es decir, en una mina de hierro, situada en la ladera de la montaña, derrumbando al valle la vena ó mineral que manos más fuertes que las suyas arrancaban de la roca, y que un anciano acribaba á orilla del riachuelo.

A pesar de esto, aquel vallecito era el que yo preferia

para mis meditaciones, ó lo que es lo mismo, para elaborar la parte más difícil de mis trabajos porque pensar un libro ó una máquina es mucho más difícil que construir la máquina ó escribir el libro.

Tan persuadida de esto tenía yo á mi familia, que cuando álguien iba á preguntar por mí y yo habia ido al vallecito, mi familia contestaba que habia ido á trabajar.

—¡Vaya un modo de trabajar!—exclamó un dia la portera, al oirlo, escandalizada de la mentira, porque acababa de venir de la fuente del vallecito y me habia visto paseando.

IV.

Aquellas muchachas habian reparado en mis diarios paseos vallecito arriba, vallecito abajo, y dieron en cantar, siempre que me veian, indirectas como ésta:

Si en este mundo hubiera
Buenos gobiernos,
Todos los paseantes
Comieran cuernos.

Yo sonreia indulgentemente oyendo esto, y continuaba mi paseo; pero la sonrisa de indulgencia se trocaba muy pronto en suspiro de pena, porque siempre me la ha causado ¡y muy honda y muy inconsolable! el extravío del entendimiento popular que casi siempre implica el extravío del corazon.

El anciano que acribaba mineral orilla del riachuelo correspondia siempre á mi saludo con respeto y agradecimiento, fuese porque naturalmente tuviera juicio y corazon más rectos que las cantadoras, ó fuese porque pertenecia á otra generacion á la que eran extraños aquellos extravíos.

Una tarde, en lugar de subir valle arriba sin detenerme, me senté al pié de un castaño, un poco más arriba de donde trabajaba el anciano, en una revueltita que hacian el riachuelo y el camino que seguia su márgen. Detúveme y me senté allí porque me faltaba tiempo para apuntar en mi cartera la resolucion de un problema que hacia dias me daba muchos dolores de cabeza y muchos insomnios, y acababa por fin de encontrar.

Ni el anciano ni las muchachas alcanzaban á verme, al paso que yo oia su conversacion. Como notase que hablaban de mí, apliqué el oido sin hacer caso del refran que dice «que el que escucha, su mal oye.»

—Muchachas, decia el anciano, á ver si teneis más prudencia cuando pasa ese buen señor que anda por aquí de arriba abajo todas las tardes.

—¿Y por qué la hemos de tener?

—Porque la prudencia nunca está de sobra, y mucho ménos con las personas que son más que nosotros.

—Los holgazanes que como ese señor no hacen más que pasear, no son más que los que trabajamos para mantenerlos á ellos.

—¿Y quién os dice á vosotras que nosotros los mantenemos?

—Claro está que sí. Y si no, ¿quién labra las tierras,

quién hace los caminos, quién saca la vena, quién carretea, quién trabaja en las fábricas, quién hace las casas, quién lo hace todo, nosotros los *trabajantes* ó esos señores que no hacen más que holgazanear, pasea que pasea, cuando no están muy regalados y descansados en sus casas?

—Eso es verdad—contestó el anciano;—pero, de todos modos, la prudencia siempre es prudencia.

Continuando mi paseo, continué mis meditaciones, cuyos resultados eran uno infalible y otro eventual; el infalible, algun dolor de cabeza que no me dejase dormir en toda la noche, y el eventual, alguna idea con cuya ayuda pudiese ganar un poco de pan y otro poco de honra; y cuando, al regresar, saludé al anciano, noté que éste me miró con una especie de compasion y como si quisiese advertirme algo.

V.

Yo continuaba mis paseos por el vallecito, y las muchachas de la mina continuaban sus indirectas á los holgazanes como yo.

Una tarde en que á mi ida, vallecito arriba, estas indirectas habian menudeado más que nunca, y á mi vuelta, vallecito abajo, comenzaban de nuevo en el momento en que el anciano correspondia á mi saludo con el respeto y agradecimiento de siempre, tiró el buen viejo la criba, profundamente disgustado, y me dijo:

—¡Eh, señor! ¿Cómo da V. lugar á eso?

Por única contestacion me sonreí, me detuve, saqué la petaca y ofrecí un cigarro al anciano, que le aceptó con mucho agradecimiento; y como me repitiese que cómo daba lugar á que las muchachas se desvergonzáran conmigo, cosa que no habia él podido evitar, porque debia decirme con la franqueza propia de su carácter y sus muchos años, que yo daba ocasion á ello, le pregunté:

—¿Qué edad tiene V., buen amigo?

—Más de ochenta años—me contestó con el orgullo de la ancianidad, más justificado que el de la juventud.

—¿Cree V. que yo llegaré á tanta edad?

—Creo que no llegará V. ni con mucho.

—¿Segun eso, los que pasean, como yo, viven ménos que los que trabajan como V. y esas muchachas?

—Mucho ménos.

—¿Por qué?

—Porque cavilan mucho más.

—¿Y quiénes son los que cavilan?

—Los caballeros como usted.

—¿Y para qué cavilamos?

—¿Qué sé yo, señor! Para inventar.

—¿Para inventar qué?

—¡Qué ha de ser! Todo: los libros que nos enseñan, las leyes que nos gobiernan, la música y los cantares que nos divierten y conmueven, las casas en que vivimos, los templos donde rezamos, las telas que vestimos, las medicinas que nos sanan, las máquinas que nos ayudan, los alimentos que nos mantienen, los carruajes que

nos conducen, las herramientas con que trabajamos, las armas que nos defienden..... en fin, todo, todo.

—Pues, amigo, los que pasean para cavilar y cavilan para inventar todas esas cosas, y para inventarlas se resignan á vivir mucho ménos que los que no pasean, dignos son de que se les deje pasear y cavilar en paz y en gracia de Dios.

—¡Tiene V. razon!—contestó el anciano con profundo convencimiento, y como si en aquel instante hubiera desaparecido de sus ojos una venda que hasta entónces sólo le habia permitido ver confusamente las cosas algo lejanas, que ya veia con perfecta claridad.—Tiene usted razon—repitió; y volviéndose hácia la ladera de la montaña, añadió:

—Chicas: si volveis á cantar esas barbaridades, subo allá y bajais rodando á pedir perdon á este caballero; que este caballero trabaja más que vosotras y yo; y si vosotras y yo tenemos llagas en las manos, quizá este caballero las tenga en el corazon, donde son mucho más dolorosas!

VI.

Miéntras el anciano dirigia este apóstrofe á las muchachas, levanté la criba que habia arrojado al suelo, y al volverse á mí, se encontró con que yo se la alargaba, no sin haberme tiznado la mano con el polvo carmíneo de la vena.

—¡Gracias, señor!—exclamó el anciano.—Se ha molestado V. y se ha manchado.....

—Los que inventamos las cribas—le interrumpí sonriendo—debemos tener á honra el levantarlas del suelo y ponerlas en mano de los que saben manejarlas y tiznarnos la mano con ellas. Si no las manejamos, no es porque creamos que el manejarlas nos degrada, sino porque creemos que cuando el cuerpo se cansa, se debilita la inteligencia que necesitamos conservar en todo su vigor para que pueda cumplir la noble y útil mision que la Naturaleza ó la casualidad le han impuesto. Así como las plantas necesitan dos elementos, uno material y otro inmaterial, para vivir y dar fruto sazonado, que son la tierra y el sol, el trabajo necesita dos elementos de igual naturaleza, que son la idea y la fuerza. La idea se la prestan los que trabajan con la inteligencia, y la fuerza, los que trabajan con los brazos. Apóyense y respétense mútuamente los que tienen en el mundo la noble y santa mision de secundar y fecundar la obra de Dios, unos con la inteligencia y con los brazos otros; pero no olviden nunca estos últimos que, si el instrumento es noble, la mano que le dirige lo es áun mucho más.

LOS MALHABLADOS.

LOS MALHABLADOS.

I.

El título de este trabajillo no debiera ser éste, sino el de «Apuntes para la triste historia del lenguaje maldiciente, obsceno y blasfemo en las provincias Vascongadas»; pero como, segun los franceses, *le nom ne fait rien à la chose*, he optado por el primero, que compensa con la concision lo expresivo del segundo.

Es lástima que aquellos de nuestros predecesores que tenian una pluma en la mano la empleáran pocas veces ó no la empleáran nunca en describrir ciertos usos y costumbres de su tiempo, lo que nos sería de gran utilidad para conocer y juzgar sociedades que conocemos muy incompletamente; pero áun más lástima sería que nuestros sucesores pudieran decir esto mismo de nosotros, porque la trasformacion social que se ha obrado y se está obrando en nuestro tiempo es radicalísima, y cuando nosotros hayamos pasado, ya nadie podrá juzgar de lo pasado por lo presente.

Mis recuerdos no alcanzan más que á los últimos años del primer tercio de este siglo; pero como ya en la ni-

ñez me aguijaba el deseo de saber lo que habian visto y aprendido los que habian venido al mundo ántes que yo, interrogaba á los ancianos, y gracias á ellos, puedo dar testimonio cierto de muchas cosas no escritas por nadie y pertenecientes á los ultimos años del siglo anterior, ó lo que es lo mismo, al tiempo en que comenzó la radical trasformacion social de que hemos sido y somos testigos.

Si se tratase de otras comarcas de España, acaso la tarea que voy á emprender careceria de toda importancia, por no haber faltado en ellas quien legase á la posteridad noticia de los usos y costumbres de su tiempo en aquellas comarcas; pero no así tratándose de las provincias Vascongadas, cuya vida íntima, á pesar de ser tan original é interesante como su lengua y sus instituciones político-sociales, por nadie habia sido aún descrita hasta que no há muchos años algunos de los hijos de estas provincias, entre los cuales tengo la honra de contarme, y no por cierto como los últimos (cronológicamente hablando) ni los ménos aplicados en este trabajo, empezamos á descorrer el denso velo que la cubria. ¿Cuál era la vida íntima, la vida familiar, la vida vulgar en esta region de España en los siglos que precedieron al nuestro? Sólo Lope García de Salazar, en el siglo XV, el licenciado Andres de Poza, en el XVI, y el autor de unos diálogos en lengua euskara, en el XVIII, levantaron una puntita del velo que nosotros, es decir, Goizueta, Araquistain, algun otro y yo, descorrimos por completo en el siglo XIX, dando á conocer cómo se ama, cómo se aborrece, cómo se ora y cómo se trabaja en la noble

tierra donde descansan los huesos de nuestros antepasados.

No se tome el presente trabajillo como obra de pretensiones histórico-filosóficas sérias y trascendentales, sino como modestísima obra del que, acudiendo sólo á su memoria, apunta lo que recuerda y sabe acerca de un asunto que no han de mirar con indiferencia los que vengan tras él y estudien é historien el pasado de esta region de España. Tomados estos apuntes como se deben tomar, y teniendo en cuenta que, por la índole del asunto, ha tenido su autor que prescindir de su costumbre de llamar pan al pan y vino al vino, se perdonará á su autor la trivial familiaridad y el oscuro circunloquio en que acaso tendrá que incurrir más de una vez.

II.

EL LENGUAJE MALDICIENTE.

Mucho ántes de las guerras con Francia de fines del siglo pasado y principios de éste, ya era conocido en las provincias Vascongadas, entre las gentes del vulgo, el lenguaje maldiciente, en cuya clasificacion quizá cometa algun error, áun sabiendo que el Diccionario de la Academia Española de la Lengua dice que maldecir es «echar maldiciones contra alguno ó alguna cosa, decir mal de alguno, murmurar.» En el *Libro de las buenas andanzas é fortunas*, de Lope García de Salazar, que se

escribió en el siglo xv, en procesos judiciales de los siglos xvi, xvii y xviii, en informes de ancianos nacidos en la última mitad de este último siglo, en cantares populares antiguos, y hasta en locuciones arcaicas de la lengua euskara, he adquirido el convencimiento de que el lenguaje maldiciente cuenta en estas provincias muchos siglos, así como el lenguaje obsceno, y sobre todo el blasfemo, es modernísimo.

Los grandes maestros del lenguaje maldiciente en estas provincias, y sobre todo en Vizcaya, han sido en los tiempos modernos los pasiegos, como del lenguaje obsceno lo han sido los riojanos, aragonesas y navarros ribereños, y del lenguaje blasfemo lo han sido soldados, mayorales de diligencias y carromateros.

Los pasiegos pululaban mucho por Vizcaya, y áun por Álava y Guipúzcoa, ántes de la guerra civil que comenzó en Octubre de 1833, ya como contrabandistas, ya como buhoneros, ya como tratantes en ganado vacuno. Generalmente eran gente honrada y de buenas costumbres; pero en punto á maldicientes no tenía el diablo por dónde desecharlos, y digo no tenía, porque en este punto ya no son los pasiegos ni sombra de lo que ántes eran.

La muletilla eterna de su conversacion era:

—¡Mala centella te tumbe!

—¡Mal rayo te parta!

—¡Mil demonios me lleven!

—¡Veneno se me vuelva lo que he comido!

—¡Cargue el diablo contigo!

—¡Así revientes!



—¡Sin confesion mueras!

—¡Malos lobos te coman vivo!

Y otra infinidad de maldiciones que proferian inconscientemente, sin ira, como si estas maldiciones fuesen miembros naturales é indispensables de la lengua en que expresaban sus ideas y afectos.

Y no se crea que este lenguaje fuese privativo de los hombres, pues era comun á hombres y mujeres, con la sola diferencia de que estas últimas descartaban de él las obscenidades con que solian salpicarle los hombres.

Voy á hablar de las maldiciones que en mi infancia, es decir, ántes de la guerra civil que estalló en 1833, se usaban en la parte occidental de Vizcaya, y ántes debo advertir que, con corta diferencia, eran las que se usaban en el resto de las provincias Vascongadas, ya se profiriesen en vascuence, ya en castellano.

La maldicion suprema de chicos y grandes, hallándose en el colmo de la ira, únicamente dirigida á los irracionales y sólo usada por los varones, era: «¡Mal rayo te mate!» En cuanto á las mujeres, si alguna vez maldecian, era con grandes atenuaciones de intencion y forma, pues consistia su maldicion más grave en un: «¡Malos demontres te lleven!» ó en un: «¡Maldito de cocer!», ó en un «¡Así reventáras, Dios me perdone!»

Las maldiciones y juramentos de los chicos son, por lo curiosas dignas de enumerarse, áun á riesgo de que se me acuse de pueril prolijidad.

Cuando jugábamos al escondite ó al *cúcu*, como nosotros deciamos, al que le tocaba cerrar los ojos miéntras

los demas se escondian, se le exigia juramento de que no habia de ver hasta que los escondidos le avisasen con un *cúcu.* La fórmula del juramento era ésta:

—Di barrojo (en las Encartaciones se llama barrojo al cerrojo).

—Barrojo.

—Si ves, el diablo te saque un ojo.

No habia miedo de que el que así habia jurado faltase á su juramento, porque estaba persuadidísimo de que si veia le sacaba un ojo el diablo.

Y aquí es de notar que, así como los pasiegos han heredado el monopolio de aquellas maldiciones con que finalizaban los diplomas de la Edad Media, los chicos de las Encartaciones han heredado, para jurar, el monopolio del cerrojo que en los mismos tiempos servia á veces, por su forma de cruz, para la prestacion del juramento, segun lo prueba el que prestó el rey D. Alonso VI, á instancias del Cid Ruy Diaz, sobre el cerrojo de Santa Gadea de Búrgos.

Pero no era éste el único juramento que usábamos los muchachos de las Encartaciones, ó mejor dicho, de las provincias Vascongadas. Usábamos otros cuatro, cuya gravedad aumentaba, por el órden en que los voy á citar. Estos juramentos eran:

—¡En mi conciencia!—que se consideraba poco grave.

—¡Así me salve Dios!—que se consideraba mucho más serio.

—¡Por esta cruz de Dios!—que iba acompañado de un beso á una cruz formada con los dedos índices, y tenía un gradito más de importancia.

—¡Aquí me caiga muerto!—que era el juramento supremo, que nadie se atrevia á prestar en falso ni á quebrantar.

En materia de lenguaje maldiciente, es decir, de lo que el Diccionario de la Academia define por «echar maldiciones contra alguno ó alguna cosa», desgraciadamente no ha habido agravacion en las provincias Vascongadas desde los tiempos de mi infancia, y digo desgraciadamente, porque estoy persuadido de que esta decadencia de maldiciones y juramentos procede de decadencia de fe religiosa. El que no cree en Dios ni en el diablo no se toma la molestia de jurar por el diablo ni por Dios.

En cuanto á la segunda definicion que da la Academia del verbo *maldecir*, ó sea en cuanto á murmurar ó decir mal de alguno, lo único que tengo que decir es que aquí debe haber sucedido siempre lo que donde quiera que ha habido prole de Adan, que si estuvo exento del vicio de la murmuracion, tuvo ocasion de contemplarle en su hijo Caín y en la serpiente, consejera de su costilla.

III.

EL LENGUAJE OBSCENO.

Don José de Echegaray ha titulado uno de sus dramas *Lo que no puede decirse*. Con muchísima más razon pudiera yo titular del mismo modo este capítulo, por-

que verdaderamente no se puede decir lo esencial, lo capital que tengo que decir. Los circunloquios de que he de valerme para darlo á entender serán poco expresivos; pero mi ingenio no alcanza á más, y á falta de pan buenas son tortas. El del académico de la Lengua don Antonio María de Segovia se vió apuradísimo al tratar en el *Semanario Pintoresco* asunto muy conexionado con el mio. ¿Cómo no he de participar de su apuro yo, que no soy académico ni he pensado nunca en serlo?

Muchas veces he pensado una cosa que pienso ahora y no me parece del todo fuera de lugar decir aquí. Los príncipes generalmente, se crian y viven sin estar en contacto con el vulgo, y cuando éste habla en presencia de ellos, procura ser todo lo correcto que le es posible, y cuida mucho de despojar á su lenguaje de las bajezas, familiaridades y suciedades que comunmente le acompañan. Por otra parte, los príncipes no adquieren conocimiento de estas bajezas y suciedades en la literatura, que, por muy realista que sea, las elimina del lenguaje que pone en boca del vulgo. Pensando, pues, así, me he dicho yo muchas veces y me digo ahora: los príncipes estarán muy léjos de conocer la bajeza y la incorreccion del lenguaje vulgar.

Se ha dicho repetidas veces, y con razon, que la lengua euskara ó vascongada carece de voces propias para expresar lo obsceno; pero á fe que la lengua castellana se ha apresurado á prestárselas así que se ha puesto en contacto directo y frecuente con ella y ha echado de ver aquella carencia.

No olvidaré fácilmente la pena y áun la vergüenza

que me causó un ejemplo de esto que se me ofreció en Madrid, durante la última guerra civil. Una colonia de emigrados guipuzcoanos habia establecido una fábrica ó taller provisional en las cercanías de Madrid, á fin de ganar el pan honradamente con su trabajo, hasta que llegase el suspirado dia de la paz, en que los que componian la colonia pudieran volver á trabajar en su país nativo. Gente alegre, de carácter expansivo é impresionable, y aficionada á los frutos del ingenio, que en ningun espectáculo resaltan tanto como en la escena, asistian todos los sábados por la noche á un teatro de la barriada próxima á su improvisado establecimiento, y llamaban muchísimo la atencion del público, no tanto por su idioma, como por el calor con que acogian todo rasgo de talento de autores y actores.

Yo asistia tambien á aquel teatro con mucha frecuencia, con motivo de tener mi domicilio en sus cercanías, y no faltaba ningun sábado, porque gozaba, áun más que con el espectáculo, con lo que gozaba la colonia guipuzcoana, cuyos individuos ocupaban reunidos buena parte de una de las galerías.

En la primera temporada de su asistencia al teatro, no salia obscenidad ni blasfemia alguna de boca de los guipuzcoanos, y al presenciar sus ruidosas manifestaciones de entusiasmo y alegría, me parecia presenciar aquéllas de que habia sido testigo en la tierra natal, cuando en ésta la obscenidad y la blasfemia eran desconocidas ó poco ménos; pero cuando llegó la segunda temporada y se habian, como si dijéramos, aclimatado en Madrid, donde el vulgo, y áun el que está muy distante de creer-



se vulgo, tiene contínuamente la obscenidad y la blasfemia en los labios, noté con profundo sentimiento que en las calurosas manifestaciones de los vascongados, que no hablaban allí más lengua que la materna, se mezclaban blasfemias y obscenidades pertenecientes á la lengua castellana, y frecuentísimas hace cerca de medio siglo en el interior de España, y particularmente en Madrid, donde ya se oian alguna que otra vez las blasfemias más horribles durante la primera guerra civil carlista, particularmente en boca de aquellos artesanos pertenecientes á la Milicia Nacional, que usaban casi constantemente la levita, la gorra de cuartel y el sable de tales milicianos, como los voluntarios realistas de su jaez, á quienes habian sucedido, habian usado á todo trapo el uniforme de tales voluntarios.

¡Se habia, pues, aclimatado en la atmósfera maldiciente, blasfema y obscena de Madrid la colonia guipuzcoana! Terminada la guerra civil, todos aquellos menestrales volvieron al pueblo de que procedian, y algun tiempo despues, pasando por aquel pueblo, tuve el sentimiento de oirlos blasfemar como en Madrid, y sobre todo, tuve el de observar que sus aprendices de oficio lo eran tambien de blasfemias y obscenidades.

Concretémonos á hablar sólo del lenguaje obsceno, y dejemos el blasfemo para capítulo especial.

Hasta fines del siglo último, en estas provincias era casi desconocido y causaba horror cuando se proferia cierta interjeccion que es como característica del lenguaje vulgar en las provincias del Este de España, es decir, en Aragon, la Rioja y la parte llana de Navarra.

Los que contribuyeron muchísimo á generalizarla en las provincias cantábricas fueron los mayorales y zagales de diligencias, galeras y carromatos, que en su mayoría eran naturales de las citadas provincias del Este. La apertura de carreteras del Ebro acá, que corresponde casi totalmente al presente siglo, generalizó en las provincias Vascongadas el tránsito de aquellos carruajes que reemplazaron á las recuas de mulas y machos con que ántes se hacía aquí casi exclusivamente el trasporte de mercancías y áun de personas. Los arrieros eran casi todos naturales de las merindades de Castilla cercanas al Ebro, y los restantes, de las comarcas vascongadas confinantes con dichas merindades, y á pesar de su frecuente trato con los riojanos, navarros de la ribera y aragoneses, apénas habian adquirido el hábito de las interjecciones obscenas.

Cuando á las recuas dirigidas por naturales de comarcas donde el lenguaje obsceno era abominado y poco ménos que desconocido sucedieron aquí los carruajes dirigidos por naturales de otras comarcas donde aquel lenguaje era familiar y comun, y por tanto, considerado como expresion natural de las ideas y afectos, el lenguaje obsceno se generalizó del Ebro acá. Tambien ha contribuido no poco á ello el gran número de riojanos y aragoneses que han venido á avecindarse en Vizcaya, Álava y Guipúzcoa.

Dichosamente el sexo femenino que hasta en Aragon, la Rioja y la ribera de Navarra ofrece pocos ejemplos de lenguaje obsceno, no se ha contagiado con esta invasion, pues rarísima es la mujer que le usa. Y á propósito

de las mujeres del litoral Cantábrico debo hacer una observacion, que más de una vez ha sido para mí objeto de infructuosas cavilaciones. Las mujeres de los puertos dedicadas al aliño de la pesca, y sobre todo á su venta en los pueblos del interior, se han singularizado siempre por su desgarro y su lenguaje provocativo y obsceno, de modo que la frase «lenguaje de sardinera» tiene aquí significacion equivalente al que tiene en el interior de España la de «lenguaje de verdulera.» Yo no he acertado nunca á explicarme esto, que para mí es un verdadero fenómeno, porque ni áun se explica estudiando las costumbres y el lenguaje de los pescadores, que no participan de este desgarro y este hábito del lenguaje obsceno, tan comun en las mujeres con quienes están más en contacto. Por otra parte, ¿cómo se concibe tal lenguaje en esas pobres mujeres, que en el fondo de su conciencia son castas y religiosas hasta el fanatismo y la supersticion, y tienen necesidad de serlo, porque viven en presencia de esa maravilla de Dios que se llama mar, y apelando á Dios, que abomina lo impuro y soberbio, encuentran con frecuencia su único amparo y su única esperanza en la tierra? Repito que no he acertado ni acierto á explicármelo, ni áun pensando en el descuido de su educacion, porque áun más descuidada, más incompleta, más nula es la de las mujeres de las poblaciones rurales, y estas mujeres no participan del desgarro y la suciedad de lenguaje que caracteriza á la plebe femenina de los puertos de mar.

IV.

EL LENGUAJE BLASFEMO.

Para averiguar de dónde vino á las provincias Vascongadas el lenguaje blasfemo, no se necesita romperse mucho la cabeza con laboriosas investigaciones: vino del interior de España, y sus importadores fueron, en primer lugar, los soldados, y en segundo, los muchos naturales de allende el Ebro que aquí existen temporal ó permanentemente. En cuanto á la fecha de su verdadera importacion, es tan moderna, que apénas se remonta á diez años (1); porque si bien hacía más de cuarenta que la blasfemia contra Dios y las cosas santas era aquí conocida, se habia generalizado tan poco y habia arraigado tan débilmente, que podia considerársela como planta maldita, de que estaba libre esta honrada region de España.

A fines del año 1836, es decir, cuando ya hacía tres que la guerra civil afligia á mi país natal, abandoné éste y fuí á Madrid. Antes de estallar, en 1833, la guerra, no habia oido nunca blasfemar de las cosas santas, aunque mis recuerdos alcanzan á seis ú ocho años ántes, y ya habia frecuentado las villas, las ferias, las romerías y

(1) Escribíase esto en 1878.



las vías públicas, donde el lenguaje libre y descompuesto es más frecuente.

La primera vez que oí blasfemar de Dios, valiéndose de una frase á la vez sucia y blasfema, que hoy se oye frecuentemente hasta en boca de personas que presumen de decentes, fué en Balmaseda, algun tiempo despues de comenzada la guerra civil. El blasfemo era uno de aquellos voluntarios cristinos á quienes se designaba con el nombre de *peseteros*. No necesito decir el horror con que oí la blasfemia, y el que causó en mi aldea la noticia de ella, que dí con mucha dificultad, valiéndome de circunloquios infinitamente ménos expresivos que el que hoy empleo.

Continué oyendo aquella blasfemia y otras parecidas, las más veces en boca de los soldados de la Reina, y algunas tambien en boca de los carlistas; pero no con mucha frecuencia, ni sin escándalo de los que las oian. En la plaza de Balmaseda vi á un oficial del provincial de Chinchilla dar una bofetada á un carabinero que en su presencia habia blasfemado de María Santísima; hecho que consigno aquí, porque prueba lo mal que sonaba entónces la blasfemia en el ejército liberal.

Cuando fuí á Madrid, era ya frecuente allí la blasfemia; pero sólo lo era en los soldados y en los milicianos nacionales voluntarios de la plebe, que, como he dicho, no soltaban la levita, la gorrilla de cuartel y el sable, que los demas sólo usaban en los actos del servicio.

En 1859 volví por primera vez al país natal; y aunque entónces la blasfemia se habia generalizado del Ebro allá, del Ebro acá era aún casi desconocida. Únicamen-

te la usaban los carabineros, que son los que tambien han contribuido mucho á generalizarla en estas provincias. Hasta la revolucion de fines de 1868, áun en las poblaciones como Bilbao, que es donde se reunen gentes más corrompidas y de extraña procedencia, pasaban años enteros sin que se oyese blasfemar de Dios ni de las demas cosas santas; pero así que sobrevino aquel acontecimiento político, la blasfemia se generalizó rápidamente, no sé si por efecto de la venida de tropas, ó por efecto de lo que se escribia y peroraba en las grandes poblaciones, y particularmente en Madrid, donde ni la tribuna parlamentaria se eximia de verse manchada por la blasfemia.

Durante la última guerra civil, llegaron á un pueblo de las Encartaciones varios batallones carlistas, entre ellos uno navarro y otro castellano, que eran los que más se singularizaban en la blasfemia. Una señora, amiga mia, en cuya casa se alojaba el capellan del batallon navarro, preguntó al capellan, justamente admirada y escandalizada de aquel lenguaje:

—¿Por qué consienten ustedes, y sobre todo usted, que desempeña una mision religiosa y moral en estos batallones, esas horribles blasfemias que á cada instante y sin mediar irritacion que atenúe, ya que no disculpe, el sacrilegio, profieren los soldados?

El capellan le respondió sonriendo de su simplicidad:

—Señora, predicar á los soldados que se abstengan de ese lenguaje sería predicar en desierto, porque obedecen á una costumbre ya inveterada en ellos, y por tanto, ya

8



poco ménos que imposible de desarraigar. Ademas, profieren la blasfemia sin intencion de profanar con ella las cosas santas, y el pecado no es tal pecado si no se comete con intencion de pecar.

Esta contestacion del capellan no convenció á la señora de que no hubiese sacrilegio en las blasfemias que la habian escandalizado, pero la verdad es que inconscientemente se blasfema por la mayor parte de los desdichados que tienen esta abominable costumbre.

A principios de la última guerra civil, frente á Portugalete, recibió un soldado liberal un balazo en una pierna, y alternaba los gritos de «¡Ay Dios mio!» con las blasfemias más sucias contra el mismo Dios, prueba de lo inconscientemente que las proferia.

Creia yo, y creian muchas personas que me aventajan en prevision y criterio, que al terminar la guerra civil desapareceria de estas provincias la blasfemia, como desapareció al terminar la anterior; pero nos equivocamos, pues, sea porque se ha generalizado y arraigado mucho, ó sea porque este país no ha vuelto aún al estado normal, de lo que dan testimonio las tropas que ocupan toda poblacion de alguna importancia, es lo cierto que la blasfemia se oye con frecuencia en todas partes. Hoy hasta los chicos que concurren á las escuelas, si no blasfeman de Dios franca y terminantemente, sustituyen aquel santo nombre con una palabra ó una frase cuyo sonido se le asemeja, como con las palabras *diantre*, *demontre*, *caramba*, y otras, sustituyen desde muy antiguo las mujeres y gentes sencillas y honradas nombres ó palabras malsonantes que les repugna pronunciar.

Tal es lo que yo sé y pienso y tengo por verdadero, en punto á la introduccion y generalizacion del lenguaje maldiciente, obsceno y blasfemo en las provincias Vascongadas. Poco valen estos apuntes, pero creo que, áun así, presto con ellos algun servicio al que escriba la historia de la trasformacion social española en el siglo XIX.

VULGARIDADES.

VULGARIDADES.

Hay en la vida social, y sobre todo en la vida vulgar, una porcion de cosillas que pasan por corrientes y lógicas y justas, y, sin embargo, ni uno ni otro son. No merecen que nos ocupemos mucho en ellas, pero sí que enumeremos algunas y hagamos notar lo absurdas que las encontramos apénas las examinamos un poco atentamente.

Es cosa comunísima, y al parecer muy natural, preguntar al amigo á quien se encuentra, ó que éste pregunte:

—¿A dónde va usted?

Ó:

—¿A dónde se va?

Ó:

—¿Qué trae usted por aquí?

Esta pregunta, á pesar de ser tan comun y parecer tan natural, sólo es disculpable por lo maquinalmente que se hace, pues, á no ser por esto, sería una impertinencia tal y tan grosera, que autorizaria á contestar:

—Voy á donde me sale de las narices.

Ó:

—Traigo lo que á usted no le importa un comino.

¿A quién no le ha sucedido alguna vez verse en la necesidad de mentir al hacérsele tal pregunta, porque contestar la verdad hubiera sido peor? Yo no miento nunca, porque hasta cuando escribo novelas y cuentos, en lugar de inventar, averiguo, pero recuerdo hasta dos veces en que me he visto obligado á quebrantar el octavo Mandamiento, por la pícara costumbre de hacerle á uno las preguntas susodichas. Siendo mozuelo, rondaba yo á una chica, cuyo padre se ponia como un toro cuando barruntaba que algun pobre como yo rondaba á su hija. Yendo una noche á hablar con la chica, me encontré con su padre, que me preguntó: «¿A dónde va usted por ahí, hombre?» Y tuve que contestarle una mentira, porque, si le hubiera dicho la verdad, de seguro no me hubiera dejado hueso sano á bastonazos. Otra vez iba yo á ver á un pobre perseguido político, que estaba gravemente enfermo, y encontrándome con un polizonte, que me preguntó: «¿A dónde se va?» tuve que mentirle, porque, si le hubiera dicho la verdad, puede que al perseguido y á mí nos hubiera olido la cabeza á pólvora. .

No parece sino que nuestra lengua es tan pobre de modismos de cajon, y nuestra imaginacion tan pobre de ideas, que no se encuentre, ni en una ni en otra, una frase ménos impertinente y descortés que esa, para llenar los deberes de la cortesía, cuando se encuentra en la calle á un amigo.

El:

—¿Ha visto usted qué tiempo tenemos?—es tonto; pero, áun así, es mejor, porque no es grosero é impertinente, que el:

—¿A dónde se va?

Ó el:

—¿Qué trae usted por aquí?

¡Pues no digamos nada de la creencia, tan comun hasta en las personas más honradas, de que cuando les han *encajado* (¡vaya unas metáforas con que se suele descolgar la lengua castellana!) alguna moneda falsa, están autorizadas á encajársela á otro!

—A mí me la han encajado—dicen—y nada más natural y justo que yo haga por encajarla.

—Pues no, señor (hay que replicarles); no tiene usted derecho á encajársela á nadie, sino al que se la ha encajado. Y si la encaja usted á otro, será usted casi, ó sin casi, tan criminal como el que la fabricó.

—¿Pues qué quiere usted que haga con ella?

—Lo que ha de hacer usted es hacerse cuenta de que ha perdido otra legítima del mismo valor, aguantarse, inutilizarla y abrir el ojo para que no vuelvan á encajarle otra. El que es tonto, ignorante ó descuidado, justo es que pague su tontería, ignorancia ó descuido. Si le han arrimado á usted un garrotazo, pase que le devuelva usted al que se le arrimó, pero devolvérmele á mí, que nada le debo á usted!.... ¡Pues no faltaba más, hombre!

—Toma, eso es diferente.

—No hay diferencia que valga; y esto, y lo otro, y lo de más allá, prueba que el vulgo lleva en los talones el

criterio y el sentimiento de lo justo, en vez de llevarlos en la cabeza y el corazon.

Y ya que hablo del vulgo, voy á hacer un paréntesis para justificarme de una acusacion que al darse á luz por los editores del presente libro otro titulado *Nuevos cuentos populares*, me hizo benévolamente un periódico de Galicia. Decia este periódico que habiendo salido yo de lo que llamamos el pueblo, extrañaba sobremanera que en uno de mis cuentos recordase que Lope de Vega llamó al vulgo necio, y Ruiz de Alarcon le llamó bestia. ¿Pues qué, el pueblo y el vulgo son una misma cosa? Don Alfonso el Sabio dijo: «Cuidan algunos que pueblo es gente menuda assi como menestrales e labradores, e esto no es assi: pueblo es el ayuntamiento de todos los homes comunalmente de los mayores e de los medianos e de los menores.» De aquí se deduce que bien puedo yo haber salido del pueblo sin haber salido del vulgo.

El vulgo á quien llamaron necio y bestia Lope de Vega y Alarcon, en el siglo XVII, se compone, por ejemplo, de los que se emborrachan y pegan á las mujeres, y dicen suciedades, y apalean con pretextos políticos, y aullan la *Pitita* cuando se llaman absolutistas, y cuando se llaman liberales aullan el *Trágala*, cuyo aullido es tan incompatible con el liberalismo como lo es con el catolicismo el que tiene por objeto enseñar los dientes al Papa.

De gentes de esta ralea no he salido yo; y como entiendo que el vulgo se compone de esas gentes, hicieron bien Lope y Alarcon en llamarle necio y bestia, y no ha-

go yo mal en tener á mucha honra el haber salido del pueblo, y rechazar indignado hasta la sospecha de que haya salido del vulgo.

Pero dejemos ya al vulgo y continuemos con las vulgaridades.

¿Pues qué me cuentan ustedes de los que creen (y son casi todas las gentes que, contra la opinion del Rey Sabio, hemos dado en llamar pueblo) que lo que se encuentra sin dueño es del que lo encuentra?

Lo más que conceden tales gentes es que si va alguno con el que lo encuentra, «la ley» es que partan entre los dos. Hasta los chicos de escuela participan de esta creencia, y lo más á que se consideran obligados es á canturrear cuatro veces:

> Una cosa me he encontrado,
> Cuatro veces lo diré,
> Si su dueño no parece,
> Con ella me quedaré.

Pues no, señor; lo que se encuentra no es del que lo encuentra, ni éste puede quedarse con ello, aunque su dueño no parezca: es sencillamente de su dueño, y si su dueño no parece, es de la autoridad, que representa á la sociedad, de que es miembro su dueño. El que encuentra alguna cosa debe buscar al que la ha perdido y entregársela; y si no le encuentra, entregársela á la autoridad, que hará de ella lo que deba hacer; y si no lo hace, esa no es cuenta del que ha encontrado la cosa.

Contínuamente estoy oyendo:

—¡Si yo me encontrára un bolsillo lleno de onzas!.....



—¡Caramba! Yo nunca me encuentro nada.

—A un chico, muy dormilon, le dijo su madre para que se levantára: «Levántate, hijo, que Fulanito, por madrugar, se ha encontrado un bolsillo de onzas de oro»; y el chico le contestó, volviéndose del otro lado: «Más madrugó el que perdió el bolsillo.»

Todo esto prueba lo arraigada que está entre la generalidad de las gentes la idea de que lo que se encuentra es del que lo encuentra.

Yo, léjos de sentir no haber encontrado nunca un bolsillo lleno de onzas de oro, me alegro mucho de no haberle encontrado, y pido á Dios que no le encuentre nunca. La razon que tengo para ello es muy concluyente y sencilla: si le hubiese encontrado no me hubiese servido de nada, porque, no siendo mio, no hubiera hecho uso de él; hubiera tenido que molestarme en buscar á su dueño ó á la autoridad para entregársele, y ademas hubiera pasado un mal rato pensando en que le pasaria aún peor el que le hubiese perdido.

Si Lope de Vega y Ruiz de Alarcon llamaron al vulgo necio y bestia..... vamos, que ya supieron lo que se hacian.

LOS APELLIDOS ESPAÑOLES.

LOS APELLIDOS ESPAÑOLES.

Esta es la tercera vez que escribo de los apellidos españoles, deseoso de vulgarizar la teoría de su formacion, que nadie debe desconocer, y sin embargo, desconoce hasta infinidad de personas que presumen de instruidas. El uso del apellido ó nombre de linaje nos es comun á todos, y por lo mismo no es trabajo ocioso, y sí, por el contrario, muy útil el vulgarizar siquiera una nocion esencial de cómo ha de ser este uso para que no sea absurdo. Los maestros de primera enseñanza, como maestros de sintáxis, son los más competentes y obligados á enseñarle, y, sin embargo, vemos muchos que con el uso que hacen del suyo prueban que desconocen la teoría de los apellidos españoles.

Éstos se dividen en três clases, que son: *solariegos*, *patronímicos* y *personales*. *Solariegos* son los tomados del sitio de donde procede el linaje, como Toledo, Balmaseda, Larrazabal, etc. Son *patronímicos* los que se derivan del nombre paterno, como Lopez, de Lope; Perez, de Pero; Ramirez, de Ramiro. Y son *personales* los que proceden de una circunstancia personal del primero que los llevó, como Moreno, Blanco, Guerrero, Herrero,

Valiente. Algunos de los patronímicos se han conservado sin derivacion ó declinacion del nombre paterno, conservándose éste sin modificacion alguna, como sucede en los apellidos de Blas, de Benito, etc.

Sostienen los vascófilos, y no sin fundamento, que la terminacion *ez* es prueba irrecusable de que de la lengua euskara pasó á la castellana esta declinacion de los apellidos, pues dicha terminacion corresponde á la negacion castellana *no*, y hace oficio análogo al del *extra* latino; de modo que apedillarse, por ejemplo, Sanchez el hijo de Sancho es una expresiva indicacion de su inmediata procedencia paterna.

Los apellidos solariegos muestran la preposicion *de*, *del*, *de la*, *de los*, *de las*, etc., y los que la omiten incurren en una falta gramatical imperdonable, y mucho más imperdonable en los que tienen obligacion de saber buena gramática y enseñarla. El que se llame, por ejemplo, Pedro del Castillo, cometerá un solecismo llamándose Pedro Castillo, porque Pedro no es castillo, sino nombre que procede de él, y la gramática exige que se use la preposicion para indicar la procedencia y no faltar á la sintáxis. En las provincias Vascongadas, donde casi todos los apellidos son solariegos, y por tanto deben llevar la preposicion, era ántes general el uso de ella; pero los guipuzcoanos han dado en omitirla, y apénas hay ya en Guipúzcoa quien no incurra en este solecismo. En Álava y Vizcaya se sostiene su uso, y es lástima que en las escuelas de primera enseñanza, que es donde, con el ejemplo y la doctrina, se debiera enseñar á conservarle, se omita esta enseñanza.

En Álava se conserva todavía la costumbre antigua de usar el apellido patronímico y el solariego; por ejemplo, Roman Ortiz de Zárate, Juan Diaz de Arcaya, etc. Este uso era ántes general, pero considerando que el apellido patronímico carece de importancia desde que se dejó de declinar en cada generacion, como primitivamente se hacía, llamándose, por ejemplo, Pero Lopez el hijo de Lope, y Juan Perez el hijo de Pero, se ha ido generalizando su omision, conservando solo el solariego, que es el verdaderamente importante. Algunos, aunque pocos, han hecho la tontería de omitir el solariego y conservar el patronímico. Yo conozco un linaje que, apellidándose Martinez de Lizarraga, ha suprimido este último y se ha quedado con el Martinez, que sólo significa haber existido en el linaje un Martin, noticia que ciertamente no hará rico al que la venda, al paso que para la historia del linaje era dato importante el Lizarraga, por ser indicacion del solar de que el linaje procedia.

El apellido patronímico declinado no puede llevar la preposicion *de* sin cometerse un solecismo tan grave como el que se comete omitiéndola en los solariegos; porque va ya, aunque convertida en posposicion, en el *ez*, ó *az*, ó *iz* final, por ejemplo, de Gomez, Diaz, Ortiz. Sólo está en uso, y muy racionalmente, cuando el nombre personal paterno se ha conservado sin declinacion, como en los linajes que he citado de Blas y de Benito.

La preposicion tambien es absurda en los apellidos personales, como cuando se dice Sebastian de ó del Cano, Tomás de Cortés, Antonio de Guerrero, faltando

á la sintáxis, que requiere decir Sebastian Cano, Tomás Cortés, Antonio Guerrero.

Muchos disculpan la omision ó el uso indebido de la preposicion, diciendo que ignoran cómo debe clasificarse su apellido. Rara es la vez que, por poca reflexion é instruccion que se tenga, pueda caber duda en esta clasificacion. Casi todos los apellidos vascongados, que abundan en España, son solariegos, y por tanto, deben llevar la preposicion; y digo *casi*, y no todos, porque hay algunos que no lo son, en cuyo caso la preposicion debe omitirse: Michelena, Martinena y otros, en su mayor parte terminados así, no la necesitan, porque llevan la *preposicion* que la suple.

No pocos disculpan la falta de la preposicion diciendo que es para abreviar. ¡Triste abreviatura la que consiste en faltar á la gramática! La única razon algo plausible para la omision es el ejemplo paterno, aunque lo malo ni áun de los padres se debe imitar.

Muchísimo más se puede decir, y acaso debiera decir yo, de los apellidos españoles, pero como me propuse dar estas cortas nociones para gobierno de no pocas personas que las necesitan y de seguro las agradecerán, hago aquí punto redondo.

FRAY FÚSTER.

FRAY FÚSTER.

Con la única pretension de dar á conocer una curiosidad histórica, relacionada tristemente con un pueblo de Vizcaya, y teniendo en cuenta que debo dar á este libro la variedad posible, voy á narrar las aventuras de un bribon, de quien encontré noticia en los manuscritos de Iturriza y en algunas otras Memorias de personas curiosas.

Hácia la primera mitad del siglo pasado, carecia casualmente la villa de Durango de todo profesor del arte de curar, por haber fallecido los que allí le ejercian; y entónces, como llovido del cielo, apareció allí un forastero, que enamoró al vecindario con su instruccion, su elocuencia, su piedad y su hidalguía, no sólo personal, sino de linaje, de que daban testimonio papeles fehacientísimos, que exhibió á cuantos quisieron verlos. Entre estos papeles se contaba el título, en toda regla, de profesor de Medicina y Cirugía, autorizado por todo el Protomedicato.

Los durangueses vieron el cielo abierto cuando vieron que tan inesperadamente se les habia entrado por las puertas de la villa lo que más necesitaban, que era un

buen médico. El forastero, accediendo á sus ruegos, y enamorado de Durango, de los durangueses, y por supuesto, de las duranguesas, empezó inmediatamente una de las obras de misericordia : la de visitar á los enfermos.

Entre éstos los habia muy graves, y tal acierto tuvo el nuevo médico-cirujano, que de ciento y veinte que asistió, no se le murió ninguno.

Las familias principales de la villa se disputaban el trato y la amistad del sabio Galeno y cumplidísimo caballero, y al fin, éste llenó de alegría á todos los durangueses, anunciándoles que se habia decidido á pasar el resto de su vida en Durango.

Poco despues, el médico solicitó en casamiento á una doncella llamada D.ª Ana, muy hermosa, y de muy principal familia, cuyo apellido callan las Memorias á que me refiero, y yo no he creido prudente averiguar, porque desde que averigüé los de los condenados por afiliados á la secta de los *fratricelos*, ensayada en el mismo Durango por el extranjero Fr. Alonso de Mela, siempre estoy temiendo que se me escapen de los labios ó la pluma y dé ocasion á que en Durango haya más de una marimorena.

No pasó mucho tiempo sin que en Durango, y áun en otros pueblos del Duranguesado, se empezase á dudar de la probidad y el caballerismo, y áun de la ciencia médica de aquel hombre cuya vida iba apareciendo rodeada de misterios y áun de estafas del más pícaro jaez, y de la noche para la mañana, el médico tomó las de Villadiego sin que se pudiese averiguar el rumbo que habia seguido.

No faltó quien en esto fuese más diestro que los durangueses, pues el prófugo fué preso en Extremadura,

vestido de militar y desfigurado con peluca y bigotes postizos, y se le condujo á la cárcel de la Inquisicion de Toledo, donde se pusieron en claro su vida y milagros.

Su verdadero nombre no era el que habia usado en Durango y otras partes, ni su profesion era la de medicina; su profesion era la de fraile dominico; su oriundez, la de Valencia, y su apellido el de Fúster.

Habia sido misionero apostólico, afamadísimo predicador de S. M., Consultor del Santo Oficio, Calificador de Valencia y de la Suprema, todo de contrabando. Unas veces habia usado el hábito de Santo Domingo; otras, el de San Francisco; otras, habia pasado por médico; otras, por soldado, y apénas habia estado ó profesion que no hubiese usurpado. En cuanto á sus aventuras con el bello sexo, y su habilidad para trastornar el juicio de solteras y casadas, la historia de D. Juan Tenorio es una niñería comparada con la suya, y áun me pongo colorado recordando lo que en este punto leí en las MEMORIAS del púdico y piadoso hijo de Bérriz, don Juan Ramon de Iturriza. Habia seducido á una señora principalísima, y con ella habia andado corriendo mundo, unas veces fingiéndose marido, y otras fingiéndose pariente.

En Granada se descubrió esta última fechoría; y entregado á su religion, se le recluyó en un convento del reino de Valencia. De allí se fugó á Madrid, de donde pasó á Roma para solicitar compostura con su religion. No habiendo podido lograrla, estudió con el diablo hasta conseguir, á fuerza de enredos, que le nombrasen Corregidor de Montalban.

Cuando estaba para tomar posesion del corregimiento, le conoció una persona que se mostró decidida á denunciarle, y entónces fué cuando vino á Durango.

La causa se vió públicamente en Toledo, el 26 de Enero de mil setecientos y tantos años, pues las Memorias tienen incompleta la calendacion, diciendo sólo 17...., y la sentencia fué la siguiente:

Amonestacion severa sobre la apostasía, hipocresía y abuso de sacramentos.

Abjuracion de *levi*.

Privacion perpétua del ejercicio de sus órdenes, de confesar, de voz activa y pasiva, de los honores de presentado, de misionero apostólico, de predicador de Su Majestad, de Consultor del Santo Oficio, y de Calificador de la Inquisicion de Valencia y de la Suprema.

Reclusion perpétua en la celda del convento, de donde no habia de salir sino para comer y asistir á las funciones de comunidad.

Privacion de comulgar, ménos cuando le diese licencia para ello el prelado.

Ayuno á pan y agua todos los viérnes y vigilias, por espacio de cuatro años.

Lugar inferior en todos los actos de comunidad.

Y por último (y ésta es la más negra), que delante de todos los religiosos se le diese una disciplina circular todos los viérnes del año.

La historia de Fray Fúster en Durango recuerda la de Fr. Alonso en la misma villa. ¡Qué pájaros han solido descolgarse por allí en tiempos pasados!

EL MES DE LAS ALMAS TRISTES.

EL MES DE LAS ALMAS TRISTES.

I.

¡Mes de las almas tristes, no sé cómo serás en las comarcas del Mediodía, aunque supongo que allí no serás muy diferente de lo que eres en las montañas del Septentrion, porque en nuestras latitudes casi lo mismo muere y resucita la naturaleza entre los 42 y 43 grados que entre los 36 y 37! En estas comarcas del Septentrion sentí las primeras tristezas de mi vida, viendo palidecer y caer las hojas de los árboles con tu venida, y tal como te vi y te sentí en tiempos que nunca dan al olvido las almas que se nutren de recuerdos y se vigorizan con las palpitaciones del corazon, he de pintarte, ¡oh mes de las almas tristes como la mia!

Los antiguos iberos, cuya lengua y cuya raza perseveran en la Cantabria oriental donde escribo, llamaban *bildillá*, que equivale á mes del acopio, al período comprendido desde el 17 de Setiembre al 19 de Octubre. Este nombre era muy apropiado, sobre todo en la region septentrional, donde los frutos maduran más tardíamente que en las meridionales, porque el acopio de la

manzana y la uva, y, por tanto, de la sidra y el vino, y el de la nuez, la avellana y la castaña, que constituian en el litoral cantábrico la principal cosecha cuando el cultivo de los cereales era aquí casi nulo, este acopio correspondia al período designado con el nombre de *bildillá*. Pero olvidemos lo que Octubre era en los tiempos prehistóricos, que el vulgo llama tiempos de Mari-Castaña, y estudiémosle tal cual es en los nuestros.

Mi padre no era filósofo ni poeta, pero como tenía la intuicion de ambos, encontraba su mayor deleite en contemplar las obras de la Naturaleza. En las dulces mañanas de los meses que preceden á Octubre, todos los dias festivos, despues que oia la primera misa que se decia en el valle apénas salia el sol, se complacia en pasear, hasta que el sol calentaba demasiado, en los campos cultivados por él y sus convecinos, porque Octubre explota en nuestros tiempos un tesoro que en los de Mari-Castaña no explotaba *bildillá;* este tesoro es el maíz, que vino, en tiempos cercanos á los nuestros, de aquel Nuevo Mundo, en cuya existencia inició á Colon el piloto vizcaíno Andialotza.

—¡Muy contento vienes!—dijo mi madre á mi padre, una mañana de Julio, viéndole llegar de su paseo tan contento que llegaba cantando.

—Es—contestó mi padre—que veo venir á Octubre con las alforjas llenas.

Nosotros, los pequeñuelos, que no sabiamos quién fuese Octubre, preguntamos á mi padre qué sujeto era aquél, y la contestacion fué ésta:

—Empiezan á blanquearle la barba y el cabello; pro-

pende á la tristeza más que á la alegría; es muy airoso; tan pronto suda de calor como tirita de frio, y trae la alforja trasera llena de trigo y fruta temprana, y la alforja delantera llena de borona y fruta tardía.

Desde aquel dia no haciamos los pequeñuelos más que asomarnos á la ventana, mirando si venía Octubre por las sendas que conducian á nuestra casa á traves de las heredades.

Pasaron meses, vinieron los vientos castañeros, como llaman en este país á los cálidos del Sur, que empiezan á soplar cuando termina Agosto; fuéronse tornando blancos los verdes boronales; empezó á amarillear la hoja de los viñedos y los castañares, los *chimbos* ó becafigos empezaron á estar de boda en las higueras, y Octubre no aparecia á nuestros ojos tal como nos lo habia hecho concebir el retrato en miniatura que de él nos habia hecho mi padre.

Las lluvias del equinoccio de otoño empezaron á caer á torrentes, y allá, hácia el mar, que se descubria desde nuestras ventanas por entre dos altos montes, sonaba tan espantosamente el cordonazo de San Francisco, que nuestra pobre madre alzaba los ojos al cielo exclamando:

—¡Santa Vírgen de Begoña, ten compasion de los pobres navegantes que cruzan esos mares traidores!

Nosotros deciamos:

—¡Cómo ha de venir Octubre con estos temporales!

Y añadiamos con tristeza:

—¿Quién sabe si, para saltar los desbordados torrentes con que habrá tropezado habrá tenido que soltar las alforjas llenas de cosas ricas!



Al fin, cesaron las lluvias, el cordon de San Francisco dejó de crujir, y volvimos á asomarnos á la ventana para ver si llegaba el viajero cuyas señas nos habia dado mi padre; pero el viajero no aparecia á nuestros tristes ojos, tanto más tristes, cuanto que el sol iba tomando la melancólica amarillez del sol de los muertos, ¡del sol que dora la cima de los montes al tocar en el ocaso!

Era dia de fiesta, y las campanas doblaban á muerto. Preguntamos á mi padre por qué tocaban así las campanas, y nos contestó que era anunciando la fiesta de los difuntos.

—¡De los difuntos!—exclamamos. ¡Si será uno de ellos Octubre, que no ha venido!

—¿Cómo que no ha venido?—replicó mi padre.—¡Y con las alforjas llenas!

Y como diésemos muestras de incredulidad, mi padre nos indicó que le siguiésemos y nos condujo sonriendo al sobrado, que era grande, ventilado y alegre.

—¿Veis eso?—nos preguntó, señalándonos regocijado la cosecha de aquel año. Y viendo que participábamos de su regocijo al contemplar los hermosos y abundantes frutos acopiados algunas semanas ántes, nos añadió:
—¡Pues todo eso lo ha traido Octubre en las alforjas!

II.

Octubre ha sido siempre para mí, y creo lo será para todos los que tienen irresistible propension á la melan-

colía, el mes por excelencia de la tristeza, el mes de las almas tristes, á pesar de los sazonados frutos con que procura alegrar los hogares.

Iba á decir que he pasado la juventud en el corazon de España, por decir que la he pasado en Madrid, é iba á decir un disparate, porque Madrid puede ser el estómago de España, pero el corazon de seguro no lo es, por más que la Geografía y la política pretendan adjudicarle tal honra. He pasado la juventud en Madrid, y apénas he sentido tristeza al ver á la Naturaleza morir, porque apénas he sentido alegría al verla nacer, y era que la flor que se agosta apénas ha comenzado á salir del boton no nos ha enamorado con su aroma, y, por tanto, no sentimos por ella lo que en nuestra rica lengua castellana no acertamos á explicar como se explica en la ibérica y en la lusitana con los nombres de *eresiá* y *saudade*, un deseo vivísimo y melancólico del bien ausente ó perdido.

Los pájaros que cantaban en los tejados ó en las jaulas; las muertas florecillas de los tiestos de mi balcon, que comenzaban á dar señales de resurreccion; el cielo que de pardo se tornaba azul; el ambiente que era ménos frio; mi corazon que latia más apresurado, y tal cual tirada de renglones desiguales á modo de saludo á la primavera que me traia el semanario llamado de literatura, con que me obsequiaban sus redactores, jóvenes estudiantes de segundo año de leyes, en la Universidad Central; estas señales y otras no ménos equívocas me hacian sospechar la resurreccion de la Naturaleza.

Entónces subia á la Era del Mico, y desde allí dirigia

la ansiosa vista á la dilatada campiña que rodea á Madrid, y mi corazon palpitaba de gozo, viendo que comenzaban á verdear aquellos campos.

—¡Ah, exclamaba, sintiendo tambien una especie de resurreccion en mi alma, ¡qué vérde, qué florida, qué hermosa estará la campiña madrileña dentro de quince ó quince ó veinte dias, en que volveré á contemplarla desde aquí!

Y así sintiendo y así pensando, tornaba á la gran capital, y quince ó veinte dias despues volvia á subir á la Era del Mico, y me le llevaba terrible, encontrándome con que la Naturaleza, en aquellos campos,

> que dan un año con otro
> cebada para Madrid,

habia muerto apénas iniciada su resurreccion, como si Dios, á pesar de haberlos santificado Isidro con el sudor de su frente, los hubiese condenado á engalanarse sólo con las fugitivas verduras de las eras conmemoradas melancólicamente por Jorge Manrique.

A pesar de la monotonía que ofrecen los campos de la region Carpetana, donde las estaciones apénas se diferencian más que en la temperatura extremadamente fria ó extremadamente cálida, el mes de Octubre ha ofrecido allí á mis ojos los tonos fisonómicos, y ha despertado en mi alma los sentimientos melancólicos, propios de las regiones donde la muerte y la resurreccion de la Naturaleza más se acentúan. En otra de las jornadas más tristes de mi vida, en el otoño de 1873, en que

la guerra civil me habia lanzado de los campos nativos á la gran capital donde estaban los recuerdos de mis mocedades, escribí un libro con el título de *Madrid por fuera*, evocando aquellos recuerdos, y acometiendo la empresa que muchos creian imposible, de encontrar poesía bastante para conmover mi corazon y el de los que me leyesen en los alrededores de la metrópoli de España.

Si yo dijese aquí que el mes de Octubre no tiene en aquellos campos fisonomía bastante determinada para despertar en el corazon del que los contempla la honda melancolía que en tal mes se siente contemplando otros campos y otros cielos, el libro, saturado de tristeza y abrevado de lágrimas, me desmentiria.

Era uno de los primeros dias de Octubre cuando emprendí mi viaje filosófico y sentimental al rededor de Madrid; pero como este viaje se habia de dividir en várias jornadas, y la primera debia reducirse á templar mi corazon y mi alma con una visita á los collados donde brotó una fuente perenne al golpe del regaton de Isidro, salí por la Puerta de Toledo, y atravesé el Manzanáres cuando el sol se iba acercando al ocaso.

Despues que refresqué mis labios en la milagrosa fuente y enardecí mi fe en el venerando santuario, subíme á la cima del collado para dejar á mi alma volar por los espacios infinitos, vuelo en que consiste el mayor de mis placeres.

El sol, como gigantesco disco de fuego, iba escondiéndose allá hácia la ciudad imperial y arzobispal de los Recaredos é Ildefonsos, y sus últimos rayos reverberaban vívidamente en los cristales del alcázar de los reyes de



Castilla, entónces profanado y desierto, y como si quisieran servir de aureola á los insignes recuerdos de los santos y sabios varones complutenses, doraban las tristes lomas que se interponen entre la ilustre y anciana y desvalida patria de Cervántes y la soberbia Babilonia, donde viven en perpétuo festin los Baltasares de la política española.

Lo que desde aquel cerro vi y sentí al ponerse el sol una tarde de Octubre, bastó por sí solo para engendrar toda la honda y misteriosa melancolía que derramó mi corazon en el libro entónces sentido, aunque escrito durante todo el resto de aquel año.

Cuando en Madrid empiezan á pregonarse por las calles las avellanas y las nueces frescas, no sé qué nube de tristeza se extiende sobre todos los corazones. Aquel pregon es el anuncio de que viene Octubre, y la venida de Octubre lo es de que la Naturaleza va á morir, ó cuando ménos va á entregarse á un sueño parecido á la muerte.

III.

¡Qué alegre, qué plácida, qué hermosa es la primavera en mis valles nativos! Si hermosa y apacible es la primavera en mis modestas riberas del Cadagua, no lo es ménos el estío: pero ¡ay! por eso mismo el anuncio de la llegada de Octubre es en estas riberas más triste. El *eresiá* euskaro, y el *saudade* lusitano, son tanto más

intensos, cuanto más dulce es el recuerdo en que se alimentan!

Los castañares, los helechales, los robledales y los viñedos empiezan á amarillear. Los molinos de los riachuelos muelen aún á represas, y envidian á los del rio caudaloso, cuya tolba suena sin intermision dia y noche. Pero ya en las laderas de los montes brillan las quemadas fraudulentas con que los pastores preparan hierba fresca y abundante á sus rebaños en la otoñada. La vena de hierro del monte cantábrico, cuya abundancia maravillaba al naturalista Plinio, y el carbon de los robledales de la Arbosa y las bortolas de Zóquita y Labarreta afluyen á las ferrerías. Los manzanos de las lindes de las heredades parece que quieren competir con los naranjos de las marismas, dando el color del oro á sus pomas. El humo que desciende de las laderas de los montes denuncia, con su especial olor á tierra quemada, las roturas cuyo césped quema el labrador para preparar la siembra del trigo, y la *oya* con que el carbonero presta ayuda á la industria fabril. La alubia, que crecia amorosamente abrazada al maíz, abre la envoltura de su fruto anunciando que éste se halla en sazon. Los maizales se tornan de verdes en blanquecinos y cárdenos. Los *chimbos* desdeñan la zarzamora y la endrina por el higo de ropa de pobre, cuello de ahorcado y ojo de viuda, que les brinda alimento más azucarado. Los castaños y los nogales apedrean al que transita á su sombra con el fruto que se desprende de ellos por su propia gravedad. Y por último, cuando el viento del Sur ha silbado durante la noche en el ramaje de los árboles que cercan la casería,

la buena madre de familia cuida de madrugar más que el ganado, para que éste no coseche las manzanas, las castañas y las nueces que amanecen alfombrando el suelo.

Cuando sucede todo esto, no hay que preguntar si Octubre está léjos ó cerca. Octubre ha llegado, ó cuando ménos está á punto de llegar. Cantan las vendimiadoras en los viñedos; cantan los que varean y los que recogen la castaña en los castañares, y cantan hombres y mujeres en los boronales, los primeros, arrancando la dorada espiga y amontonándola en la linde, y los segundos, cargando con ella su carro y conduciéndola á la cercana casería.

Pero en medio de estos cantares, que son un himno de alabanza á la próvida Naturaleza y á las santas alegrías del hogar, la misma Naturaleza alza un vago y siniestro y misterioso rumor, que suena como á cántico de muerte. Allá en determinados pináculos las aves viajeras se juntan para emprender, en grandes caravanas, á la usanza de la tierra á donde van, el regreso á las cálidas y secas regiones del Mediodía, que abandonaron en la primavera buscando las frescas y húmedas regiones del Septentrion. Las hojas caen de los árboles, y ruedan, arboleda abajo abajo, impulsadas por el viento del Sur, que no los abandona hasta que encuentra sepulcro para ellas á la sombra de un seto vivo, cubierto de zarzarosas, madreselvas y jazmines, ó en el fondo del cauce seco de la ferrería, cuyas melancólicas ruinas, vestidas de hiedra y vides silvestres, se ven allá abajo á orilla del rio. Ya, en fin, no hay pájaros que canten; y si cantan algunos, su canto no es de amor como en la pri-

mavera y el estío, que es como de despedida eterna!

Una pobre sobrina mia, hija de mi hermano, perdió la razon en la edad más florida y hermosa de la vida. Impúseme la triste mision de conducirla al manicomio, donde estaba nuestra única esperanza de que recobrase la razon, aunque Dios no quiso que esta esperanza se realizase, pues la pobre muchacha espera la resurreccion universal en los tristes y desolados campos que rodean á la populosa ciudad del Pisuerga, en vez de esperarla bajo las frescas enramadas de la Encartacion. Le habiamos dicho que iba á que la viese un afamado médico de Castilla que resucitaba los corazones muertos, como el suyo, pues uno de sus rasgos de locura era el de que el corazon se le habia muerto.

El tren en que caminábamos iba á perder de vista á Vizcaya, atravesando las vertiginosas laderas septentrionales del Altube. Mi infeliz sobrina, cuya razon parecia haberse extinguido hacía mucho tiempo, se asomó entónces á la ventanilla del coche, y permaneció algunos instantes con la vista clavada en los montes del Noroeste, que dominan á los valles encartados, y de repente sus ojos se llenaron de lágrimas. Mi corazon dió un vuelco de alegría porque la fuente de aquellas lágrimas parecia haberse secado para siempre desde el dia en que la razon dejó de alimentarla.

—¿Por qué lloras, pobre hija mia?—pregunté á la muchacha con el ánsia y el amor que me inspiraban la consanguinidad y el infortunio inmerecido.

—Lloro—me dijo—porque ya no volveré al pié de aquellas montañas.

—¿Por qué no has de volver, hija? El médico á quien vamos á ver.....

—Tio—me interrumpió la pobre loca—cuando viene Octubre y las hojas de los árboles enferman, ni Dios, que es el mejor de los médicos, las sana, y las hojas caen, y mueren y se pudren en la tierra.

—Sí, pero al volver la primavera, los árboles vuelven á cubrirse de hojas.....

—¡Pero son otras hojas las que los cubren!—volvió á interrumpirme el pobre ángel herido de muerte, cuya razon no volvió á brillar tras aquel vago, fugitivo y singular destello de luz.

Desde entónces, cuando en Octubre veo amarillear y caer las hojas de los árboles, no basta á ahuyentar la melancolía de mi alma la consideracion de que, así que venga la primavera, otras las han de sustituir, porque pienso, como la infeliz hija de mi hermano, que aquellas serán otras hojas!

IV.

Es verdad lo que decia mi padre: Octubre viene con la alforja trasera llena de trigo y fruta temprana, y la alforja delantera llena de maíz y fruta tardía. Es verdad que la venida de Octubre es la alegría de la esperanza realizada. Es verdad que lo que Octubre trajo en las alforjas ha de regocijar los hogares, cuando Diciembre y Enero cubran los campos de nieve, y azoten la ventana

con sus granizadas y ventiscas; pero no por eso deja de ser Octubre, para mí y para los que conocemos por ciencia propia del alma el *eresiá* eúskaro y el *saudade* lusitano, el mes de las almas tristes!

Entre los recuerdos de mi infancia, que no mueren ni áun se debilitan, ocupa el primer término el de la primavera, en que la Naturaleza resucita, y el del Otoño, en que la Naturaleza muere.

Hay quien sostiene muy formalmente que la poesía, es decir, el sentimiento que constituye la esencia de la poesía, es un gérmen que sólo se desarrolla con la cultura literaria. No estoy conforme con esta opinion absoluta, porque muchos, sin nocion alguna literaria ni artística, sienten la poesía con intensidad tal, que debieran envidiarla muchos de los que como poetas han obtenido asiento en la Academia Española de la Lengua. Yo he sido uno de los que pueden vanagloriarse de lo primero, aunque no pueda, ni merezca, ni desee vanagloriarme de lo último.

Ni áun sabía yo leer, porque en las provincias Vascongadas, donde la poblacion está dispersa en caserías aisladas, que á veces distan de la escuela leguas enteras, es necesario que los niños pasen de ocho años para que sus padres se atrevan á enviarlos á la escuela, dificultad que no obsta para que estas provincias se cuenten entre las españolas en que más generalizada está la instruccion primaria; ni áun sabía yo leer cuando mi corazon palpitaba de alegría, y hasta mis ojos se llenaban de dulces lágrimas viendo cubrirse de hojas, y flores, y pájaros canoros el castañar, á cuyo pié estaba nuestra



casería y el bosquecillo de árboles frutales que daban sombra á nuestras ventanas, y aquellas palpitaciones y aquellas dulces lágrimas iban en aumento conforme se completaba la resurreccion de la Naturaleza. En el arte de pensar y de expresar puedo haber progresado, pero en el arte «no aprendido» de sentir, ¡qué retroceso, Dios mio, aunque todavía no escribo páginas como éstas, sin que algunas lágrimas borren algunas letras!

Calcúlense por mis alegrías al ver á la Naturaleza resucitar, mis tristezas al ver á la Naturaleza morir! Dos veces al año subia yo á la cúspide de una montaña que domina admirablemente mi valle nativo: una, cuando la Naturaleza resucitaba en Abril, y otra, cuando la Naturaleza moria en Octubre. Mi madre solia decir que donde cae una lágrima de alegría nace un clavel, y donde cae una lágrima de dolor nace un cardo. ¡Oh excelsa montaña adonde yo subia en el mes de las almas alegres y en el mes de las almas tristes! ¡Qué claveles tan suaves y qué cardos tan ásperos deben haber nacido en tu cúspide!

LA MALDICION.

LA MALDICION.

I.

Cuando yo era niño, iba con frecuencia á Montellano, bien con mi madre, que era de aquella feligresía del concejo de Galdames, ó bien solo, escapándome de nuestra casería de Sopuerta, donde siempre estaba mirando hácia Montellano, porque allí tenía tios y primos que me mimaban áun más que mis padres.

Para tomar el camino de Montellano, en la venta del Arenao, habia que pasar el rio de Labaluga, uno de los tres que allí se juntan, por un alto y estrecho puente de piedra, situado un poco más arriba del que posteriormente se ha construido para dar paso á la carretera de Somorrostro á Sopuerta, y bajo aquel puente, cuyos pretiles de mampostería tenía que renovar todos los años el Concejo, porque los chicos los demoliamos para apedrear á las bandadas de peces que desde el puente veiamos, hacía el agua un remanso de que resultaba un pozo muy hondo, en el que en una de mis escapatorias estuve á punto de ahogarme, al hacer allí mi primer ensayo de navegacion.

La ventera habia puesto allí á remojar un tinaco de madera nuevo. Vile al ir á pasar el puente, y concebí la mala idea de atravesar el rio navegando en él, á cuyo efecto le atraje á la orilla con una vara de roble; met un pié en él para probar su resistencia, y viendo que ésta bastaba para sostener mi peso, acabé de entrar en el tinaco, y de pié en él, y sirviéndome de bichero la vara, comencé la travesía; pero cuando estaba á mitad de ella, el tinaco se me puso por montera, sin duda porque no acerté á guardar el suficiente equilibrio. Yo no sabía aún nadar, y el pozo me cubria con mucho exceso. Cada vez que sacaba la cabeza á flor de agua, daba un grito en demanda de socorro; y como en la venta oyesen uno de estos gritos, acudieron en mi auxilio y me salvaron.

—¡ Jesus, qué enemigo de chico!—exclamó la ventera cuando me vió salvo en la venta, y se apresuraba á desnudarme para vestirme con la ropa de uno de sus hijos, miéntras se secaba la mia.—Si algunos hay en Sopuerta y Galdames que no deban andar en fiestas con ese rio, y sobre todo con ese pozo, son los de tu parentela.

Entónces recordé lo que mi madre me habia contado más de una vez al pasar por allí, camino de Montellano, y me asombré de haberlo olvidado aquel dia.

Siempre que llegábamos al puente del Arenao, mi madre rezaba y me hacía rezar un Padre nuestro y un Avemaría por el alma de mi bisabuelo materno Santiago de Garay; y al continuar nuestro camino y tropezar, pasado el puente, con las ruinas de un molino que habia molido con agua del rio de Labaluga y del arroyo de

Rebéñiga, que está un poco más allá, para consolarnos de la triste historia de mi bisabuelo, me contaba alguna alegre anécdota de Senéca, con cuyo nombre (acentuado en la segunda *é*, sin duda para que no se confundiera con el filósofo cordobes) habia sido conocido un molinero muy celébre (tambien con acento en la segunda *é*, para que no se confunda su celebridad con otras ménos modestas), que vivió en aquel molino á mediados del siglo XVIII.

Hablemos hoy de mi bisabuelo, y dejemos á Senéca para otra ocasion.

II.

Mi bisabuelo habia sido toda su vida muy trabajador y muy bueno, pero tambien muy chancero y aficionado á divertirse con aquellas gentes que parecen haber venido al mundo con una danza de monos en la cara, para que el mundo se divierta á su costa.

Habia en la aldea un viejo llamado Cristóbal de Penóñori, que habiendo pasado casi toda su vida en la mar, le sucedia lo que á casi todos los marinos, que cuando están en la mar la aborrecen, y cuando no están se mueren por ella.

Cristobalon (que así le llamaban porque era un gigante como el santo de su nombre) tenía una boca de condenado para jurar cuando le tentaban la paciencia; y

como se contentaba con jurar, casi todos, y principalmente mi bisabuelo, se divertian con él buscándole la boca.

En nada de este mundo hallaba Cristobalon mayor complacencia que en hablar de la mar, cuya hermosura y las delicias que en ella se gozaban ponia en los cuernos de la luna, y por consecuencia, en nada la hallaban mayor sus vecinos, y principalmente mi bisabuelo, que en hacerle perder la paciencia y echar sapos y culebras por aquella boca á fuerza de contrariarle y decirle perrerías de la mar.

Cristobalon era muy viejo y tenía ya las piernas muy pesadas para subir cuestas; pero áun así, raro era el dia que no subiese á la cima del Llangon, de donde se descubria la llanura marina, desde el cabo Villano hasta Santoña, y allí se pasaba las horas muertas contemplándola embelesado, y hasta cayéndole algunas lágrimas de ternura por las arrugadas y curtidas mejillas.

Mi bisabuelo estaba cociendo un calero junto á la fuente Perenal, que es en la falda del Llangon frontera á Las Muñecas, y en aquella tarea le acompañaban algunos vecinos suyos.

Era un sábado, y el calero estaba ya tan en sazon, que sólo para acabar de quemar la roza preparada de antemano para cocerle se continuaba metiendo horquilladas de argoma y brezo en la foguera, á cuyas dos boquillas servian de marco dos hembras desechadas de mazo de ferrería.

Por fin, la roza se acabó, y mi bisabuelo dijo descubriéndose piadosamente la cabeza:

—¡Al fin cantamos victoria! Demos gracias á Dios por ello, pues calero mejor que éste no se ha cocido nunca en las Encartaciones, y en seguida irémos á celebrarlo bajo los castaños, y no con agua de la Perenal. Ea, Mánu, usted, que es medio de iglesia, haga aquí de señor cura.

Mi bisabuelo y sus compañeros rezaron no sé cuantos Padrenuestros y Avemarías, bajo la direccion del más anciano, que era conocido por Dios Nos Libre, apodo que le habian dado porque sus escrúpulos de conciencia le habian hecho tomar por muletilla de su conversacion la exclamacion «¡Dios nos libre!» Como aquel anciano era sinceramente piadoso, gustaba mucho de las cosas de iglesia y oficiaba la misa y servia de sacristan, lo que explica, aparte de su mayor edad, las semilicencias eclesiásticas que le concedia mi bisabuelo.

Terminado el rezo, trocaron todos la gravedad por la locuacidad, y fueron en busca de la comida, que les esperaba, á la sombra de unos castaños, junto á la fuente.

Cocer un calero es empresa que no todos se atreven á acometer. Se necesitan gastos, relativamente grandes, para hacer la excavacion, para sacar de la cantera la piedra caliza y acarrearla al calero, que á veces está muy distante, como sucede en Montellano, donde no hay más que piedra arenisca para cargar el calero, operacion que consiste en hacer uno ó dos hornillos en forma de bóveda, sobre la cual se carga la piedra que se ha de calcinar, para rozar y amontonar al lado del calero la cantidad de maleza que ha de servir de combustible, y por último, para sostener el fuego dia y noche, á veces du-

rante una semana. Luégo el calero corre gran riesgo de malograrse por hundirse la bóveda, por sobrevenir grandes lluvias que apaguen ó debiliten el fuego, por comunicarse éste á la roza preparada para ir alimentándole, ó por padecer un descuido los hombres que alternan á la boca del horno en la penosísima tarea de sostener el fuego para que no disminuya su intensidad; porque calero que se enfria, calero perdido. Es verdad que el calero, cuando sale bien, compensa los gastos y las fatigas que ha costado todo, porque la cal es tan eficaz abono para las tierras, que duplica las cosechas sin necesidad de otro, y sus efectos duran algunos años; pero cuando sale mal es la perdicion del labrador, si éste ha soportado con dificultad sus gastos.

No hay localidad en Vizcaya donde no se encuentren á cada paso restos de caleros más ó ménos antiguos, que son unas excavaciones cilíndricas, como de dos varas de profundidad, y cuyas paredes están cristalizadas por la accion del fuego. Al lado de muchos de estos hoyos se ven grandes montones de piedra á medio calcinar, lo que prueba que el calero se malogró por cualquiera circunstancia, y advierte á los labradores el riesgo que corren de que se malogre el suyo.

No es extraño, pues, que mi bisabuelo estuviese contento por no haberse malogrado el suyo, y que participasen de su alegría los que le habian ayudado á obtener resultado tan satisfactorio.

III.

Al pié de un enorme castaño, cuyo tronco servia de despensa porque estaba hueco, y tenía una abertura á modo de puertecilla, que se cerraba arrimando á ella un hacecito de ramas, para que los perros y el ganado que por allí pastaba no metiesen la cabeza y sacasen lo que no era suyo; al pié de un castaño, repito, habia una fogata medio apagada, y arrimada á ella una gran olla de hierro colado, cuyo contenido, compuesto de habas, alubias, tocino y cecina, habia terminado la cochura con tanta felicidad como el contenido del calero.

Tumbáronse todos á la sombra de los castaños, excepto mi bisabuelo, que retiró del fuego la olla, avivó la fogata con un monton de *tazos* (1), sacó de la despensa una *desga* (2), en que, cubierta con una *pañada* (3) habia una pella de masa hecha por la mañana con harina de maíz; puso una pala de hierro al fuego, y fué haciendo y cociendo en la pala un par de tortillas por barba.

Terminada por mi bisabuelo esta operacion preliminar, sentáronse todos, formando corro, y se dispusieron á comer, sin dejar de dirigir la vista maliciosa y regocijadamente hácia un monton de helecho fresco que se

(1) Los desperdicios de la madera labrada con hacha ó azuela.
(2) Un dornajo ó artesa de madera de una sola pieza.
(3) Servilleta ordinaria.

veia, acompañado de un jarro, lo suficiente retirado de la fogata para que el calor de ésta no le pudiera alcanzar.

—¿Qué—preguntó uno de los que con más ánsia miraban hácia el monton de helecho,—¿está ya pez con pez el amigo?

—Ahora lo verémos—contestó mi bisabuelo.

Y apartando el helecho, descubrió un pellejo vinatero, que, en efecto, estaba ya pez con pez, ménos por el extremo inferior, bastante abultado aún para que pudiera descansar sobre él lo desmayado y arrugado del resto del cuerpo.

Todos sonrieron de alegría cuando mi bisabuelo levantó el pellejo y vieron que aún tenía gracia de Dios con qué celebrar el feliz término de su tarea.

La comida, que comenzó por la bendicion de la mesa, dirigida por Dios Nos Libre, fué alegre, porque el jarro encarnado corrió con frecuencia de mano en mano.

—Ya veis—dijo mi bisabuelo tentando la parte áun hinchada del pellejo—que aquí hay todavía con qué desatuzar (1) el gaznate atuzado con tantos dias de humo y cisco. Sería una vergüenza el que, así como hemos trabajado con la horquilla para acabar la roza, no trabajásemos con el jarro para acabar el vino.

Todos asintieron entusiasmados á la opinion de mi bisabuelo.

Y pipada va, pipada viene, chascarrillo contado por

(1) Desatascar; se dice particularmente refiriéndose al tubo de la pipa.

éste, ocurrencia tenida por el otro, el pellejo estaba pez con pez desde cabo á rabo cuando el sol, descendiendo á la junta de Sámano, habia perdido de vista á Montellano, bañando sólo las laderas de Zárzaga, que eran ya las opuestas, y la cima del Llangon.

—Ya sube Cristobalon á ver á su novia—dijo uno de los calereros señalando hácia la colina de Labrena, que domina al barrio de las Casas, por donde, en efecto, el vetusto marino emprendia la subida al pico.

—Dejémosle subir—añadió mi bisabuelo, que naturalmente era el que con más alma habia celebrado el feliz término de la empresa en que era el más interesado;—dejémosle subir, y vamos en seguida á divertirnos tentándole la paciencia.

—¡Bien pensado!—contestaron todos con mucho alborozo, ménos Dios Nos Libre, que calló, como si no estuviera conforme con aquel proyecto.

—¿Qué es eso, Mánu, no le parece á usted bien la proposicion?—le preguntó mi bisabuelo, que, como los demas, respetaba sus canas hasta el punto de no darle en presencia y sí solo en ausencia el apodo de Dios Nos Libre.

—No me parece bien, ni medio bien siquiera—contestó el anciano.

—¿Por qué, Mánu?

—Porque Cristobalon es un anciano, y con los ancianos no se deben gastar bromas.

—Usted lo es, aunque no tanto como Cristobalon, y con usted no las gasta nadie. Eso consiste en que hay ancianos, tales como Cristobalon, que no inspiran res-

peto ni hay obligacion de tenérsele. ¿Qué respeto se ha de tener á un viejo que está siempre jurando y maldiciendo?

—Es verdad que el jurar y maldecir sienta mal en todos, y sobre todo en los viejos, pero, por lo mismo que Cristobalón tiene aquella pícara boca y se deja dominar de la mala costumbre más que de la mala intencion, no se le debe buscar.

—¿Por qué no?

—Porque ¡Dios nos libre de que nos eche una maldicion!

—Pocos hay en Montellano á quien no se la haya echado, y no hay ninguno á quien le haya caido.

—Lo primero es verdad, pero lo segundo dudo que lo sea. Yo paso la vida reventando á fuerza de trabajar, y puede muy bien ser por haberme dicho alguno: «¡permita Dios que revientes!» y haberme caido la maldicion, aunque no haya reventado materialmente como las ovejas en tiempo de castañas y landes (1). Os repito que Dios nos libre de que Cristobalon ú otro nos eche una maldicion, porque como la echen mereciéndola, nos cae de medio á medio. Cuando las maldiciones no son merecidas, no hay que temerlas, pero cuando lo son, ¡Dios nos libre de ellas!

Mi bisabuelo y sus compañeros se rieron de los escrúpulos de Dios Nos Libre, é insistieron en su proyecto

(1) Landes son las bellotas de roble, y este nombre las distingue de las de encina, que son inces. Es muy comun que las ovejas mueran de indigestion de castañas ó bellotas que caen espontáneamente de los árboles cuando maduran.



de subir á lo que llamaban buscar la boca á Cristobalon. A lo único á que accedieron fué á que Dios Nos Libre, en lugar de subir con ellos, quedára en la Perenal guardando la herramienta.

IV.

Como esperaban, se encontraron en la cima del Llangon á aquel pobre viejo, especie de lobo marino, que permanecia como extático contemplando con ánsia y embeleso la mar lejana que en aquel instante, reflejándose en ella los últimos rayos del sol poniente, parecia un lago de oro derretido.

Tan abstraido estaba el anciano en aquella contemplacion, ó mejor dicho, en aquella adoracion, que mi bisabuelo y sus compañeros pudieron llegar hasta él y ver las lágrimas que corrian por su arrugada mejilla, sin que dejára de creerse solo, solo con el recuerdo de los amores y los dolores de casi toda su larga vida, que creia ver flotar, con la seduccion de las cosas distantes, sobre aquella llanura luminosa y azul que se extendia á su vista hasta perderse en las curvaturas del horizonte.

Cuando vió á su lado, con la burla en la intencion y en la palabra, á mi bisabuelo y sus compañeros, hirió el suelo furiosamente con el pié, y prorumpió en interjecciones más furiosas aún, que hubieran puesto los pelos

de punta á Dios Nos Libre, y á mi bisabuelo y sus compañeros hacian desternillar de risa.

Mi bisabuelo y sus compañeros se pusieron de repente serios y rogaron al marino que los escuchase, porque tenian que decir cosas que de seguro le habian de agradar. Con el candor que es muy comun en los marinos más desbocados, creyólos Cristobalon, y apaciguándose, prestó atencion á mi bisabuelo que se preparó á hablar.

Entónces mi bisabuelo empezó á poner en las nubes la hermosura de la mar, pero cuando más alto iba en su panegírico y con más complacencia y áun enternecimiento le escuchaba Cristobalon, por medio de un *pero* en el discurso y una sonrisa irónica en los labios, dijo que toda aquella hermosura era sólo aparente, y por tanto, falsa, y prorumpió en la invectiva más destemplada, injusta y áun calumniosa que se ha dirigido á la mar.

Cristobalon no tuvo ya paciencia para oirle, ni áun interrumpiéndole con denuestos y amenazas, pues volviendo la espalda, arrebatado de ira, tomó cuesta abajo, exclamando con voz terrible :

—¡ Permita Dios que en la mar busques sepultura, y ni áun allí encuentren descanso tus huesos !

Una carcajada de mi bisabuelo y sus compañeros respondió á esta maldicion del anciano. Las campanas de Santa María de Montellano, cuya torrecilla se descubria allá abajo, entre el ramaje de los castaños, tocaban á la oracion, como si hubiesen querido dar solemnidad á aquel anatema.

Mi bisabuelo y sus compañeros bajaron á la Perenal,

áun más alegres que habian subido á la cúspide del monte, y contaron á Dios Nos Libre todo lo que habia pasado, sin omitir, por supuesto, la maldicion de Cristobalon, que les parecia la parte más cómica del sainete.

Tanto no creyó Dios Nos Libre que debian reirse de aquella maldicion, que con la mayor seriedad y la compasion más sincera aconsejó á mi bisabuelo que se congraciára con el marino y le rogase que le alzára aquel anatema.

Mi bisabuelo y sus compañeros se rieron de la credulidad y el pesimismo de Dios Nos Libre, y poco despues, cargados con la herramienta y el avío de gobierno, tomaron todos el camino de la aldea, cantando y lanzando *ujujús*, que hacian decir á montellaneses y balagueses, que los oian al retirarse de montes y heredades á sus casas :

—¡Qué alegre traen la pajarilla los del calero de la Perenal!

V.

Esto era por el mes de Agosto. Comenzaron las aguas del equinoccio de otoño, y comenzaban á crecer los rios, en cuya virtud ya las cuadrillas de los *ola-guizones* (1)

(1) Hombres ú operarios de ferrería.



empezaban á venir á la Encartacion del interior de Vizcaya, porque las ferrerías, repleta de carbon la carbonera y hasta el techo de vena la *arragoa* (1), se preparaban á la labranza.

Un sábado, los vecinos de Montellano fueron citados á Concejo general, que debia celebrarse al dia siguiente en el sitio de costumbre, que era el pórtico de la iglesia matriz de San Pedro, en el extremo opuesto del Concejo de Galdames, precisamente donde se inicia el vallecito puramente galdamés que desemboca en el Arenao, recogiendo las aguas de aquel trayecto de más de una legua, para formar un rio no indigno de reunirse con el que baja de hácia Mercadillo de Sopuerta y el que baja de Labaluga, del mismo Concejo.

Mi bisabuelo y todos sus convecinos de los cuatro barrios de que se compone la feligresía, se reunieron en el nocedal de Acabajo, y vestidos con sus polainas de paño, su calzon corto de lo mismo, su chaleco ó chupa de tripe, su sombrero de vertedera, su anguarina suelta sobre los hombros, sus zapatos de oreja charolados y abrillantados con ayuda de una corteza de tocino, y en la mano un baston de acebo pintado al fuego de la ferrería, encendieron sus pipas de yeso y tomaron castañar abajo de Aldacueva, para asistir al Concejo.

Senéca estaba á la puerta de su aceña, y cuando le saludaron al pasar los de Montellano, les dijo:

—Ya podeis andar con cuidado al pasar y repasar los

(1) Una tejavana donde se acopiaba y refinaba por medio del fuego la vena de hierro.



rios, que la fiera que ruge allá abajo parece que les ha prometido una buena propina por cada hombre ó mujer que le lleven.

La fiera que rugia allá abajo era la mar, cuyo bramido llegaba hasta el Arenao, donde la noche anterior las gaviotas no habian dejado dormir á venteros ni molineros con sus tristes alaridos, que en las marismas y sus cercanías son siempre indicio seguro de recio temporal.

Dios Nos Libre, que era uno de los de la compañía, se acordó de la maldicion que Cristobalon habia echado á mi bisabuelo, y se estremeció de espanto, aunque se calló por no dar que reir á sus compañeros.

Entónces no existia aún el puente cuyos pretiles demoliamos más tarde la gente menuda para apedrear á los peces.

El único que habia entónces en el Arenao era el que facilitaba el paso del rio principal reforzado sólo con el de Galdames, pues el de Labaluga y el arroyo de Rebéñiga se le incorporan un poco más abajo. El rio de Labaluga se pasaba por unos trancos ó peñones colocados en él, pues el puente, cuyos pretiles demolia yo más tarde, se construyó álgunos meses despues á consecuencia de lo que aquel dia al anochecer sucedió allí.

Aquella mañana iba crecido el rio, pero como aún le faltaba mucho para cubrir los trancos, los montellaneses le pasaron sin dificultad, atravesaron por el puente el rio grande, tomaron la orilla opuesta, y continuaron hácia San Pedro de Galdames, vallecito arriba.

A la caida de la tarde volvieron todos juntos y se detuvieron en la venta para hacer ánimo *engañando* con

unas nueces y un taco de pan un cuartillo de vino por barba, chupando su pipa y volviendo á discutir los asuntos del Concejo miéntras engañaban y chupaban.

La mar continuaba rugiendo hácia Pobeña, y con tal motivo no faltó quien recordára la maldicion que Cristobalon habia echado á mi bisabuelo.

Éste y sus compañeros continuaban tomando á broma las maldiciones de Cristobalon.

—Pues os he dicho y repito que haceis mal en reiros de esas maldiciones—exclamó Dios Nos Libre.—Tú—añadió, particularizándose con mi bisabuelo—tienes sobre tu alma una que á mí no me dejaria dormir tranquilo.

—Pues á mí me tiene sin cuidado alguno. Usted dice que sólo son temibles las maldiciones merecidas, y como la mia no lo es.....

—¿Que no lo es? Mucho me temo que te equivoques, porque nada tiene de santo el burlarse de un anciano y hacerle desesperar, por mentecato y mal hablado que sea. ¿Que le gusta la mar y hasta se le saltan las lágrimas cuando habla de ella, y se indigna cuando hay quien arrastra por el suelo lo que él levanta á las nubes? ¡Dios nos libre de los que al volver la vista atras, aunque hayan andado tanto camino como ese pobre anciano, no ven nada que les caliente el corazon ni les humedezca los ojos!

—Bien, Mánu, supongamos que fuera merecida la maldicion que me echó Cristobalon. Aun así debe tenerme sin cuidado, porque ni yo he de bajar á buscar á la mar, ni la mar ha de salir á buscarme á mí.

Esta última razon no satisfizo por completo á Dios Nos Libre, pero éste se abstuvo de repetirla, porque su elocuencia no alcanzaba á tanto, y se contentó con decir:

—Ea, vámonos ántes que acabe de oscurecer y nos expongamos á descogotarnos (1) Gerrullada arriba.

Los montellaneses salieron de la venta encaminándose hácia el vado, ménos mi bisabuelo que entró en la cocina á encender la pipa.

VI.

Pasado el riachuelo que baja de Rebéñiga se detuvieron buen rato á esperar á mi bisabuelo, ántes de emprender la subida de la cuesta. Viendo que no venía y que era inútil llamarle, pues el ruido de la presa y el de los rios que allí se juntan dominaba la voz, empezaron á subir la cuesta lentamente, acusándole de pesado y lengüetero (2).

Llegaban al rebollar de Gerrullada, que es un rellanito que interrumpe la cuesta, y como áun no le sintiesen, empezaron á entrar en cuidado y á llamarle con toda la fuerza de sus pulmones.

Mi bisabuelo no parecia ni contestaba.

(1) Desnucarnos.
(2) Hablador.

Ya verdaderamente inquietos bajaron en su busca dos de los más jóvenes, que sin encontrarle llegaron hasta la venta, donde les dijeron que en la cocina se habia detenido un momento hablando miéntras encendia la pipa, habia dado las buenas noches, y habia partido con el tizon en la mano.

Repasaron el rio, cuyos trancos estaban casi cubiertos; preguntaron á Seneca, y éste, despues de decirles que no le habia visto, añadió moviendo siniestramente la cabeza:

—¡Hum! Nadie debe decir de esta agua no beberé, aunque sea la amarga y salada de la mar.

Acompañados del mismo Senéca, y con ayuda de una aja (1) que éste les encendió y dió, examinaron el vado y hasta la presa del molino y ferrería de Ballibian en que el rio de Labaluga desemboca inmediatamente, y todo fué inútil.

A todo esto, los que habian quedado en el rebollar bajaron tambien, y todos juntos continuaron las pesquisas rio abajo sin cesar de dar voces, pero todo en vano.

Conservando todavía alguna esperanza de que, en lugar de seguir el camino que ellos habian llevado, hubiera pasado el rio grande por el puente que daba sobre la presa y hubiese bajado á repasarle por Ballibian, donde habia un puente de madera, con objeto de chasquearlos adelantándose miéntras ellos se fatigaban buscándole,

(1) Una rama gruesa de roble, rajada ó astillada con el hacha longitudinalmente, atada con un bilorto y secada al calor del horno.



pues era muy aficionado á estas bromas, subieron á Montellano, dirigiéndose todos al barrio de las Casas, donde tenía la suya mi bisabuelo.

Éste no habia parecido por Montellano. En vano se le llamó toda la noche, y en vano se le buscó al dia siguiente y los sucesivos.

Quince dias despues, mi bisabuelo, ó mejor dicho sus huesos, cuya identidad se reconoció por la ropa en que estaban envueltos, apareció en la playa de Pobeña, á donde le habia arrojado la pleamar!

No habia en la aldea persona alguna que dudase de que á mi pobre bisabuelo le habia caido de medio á medio la maldicion de Cristóbal de Peñóñori, divulgada por Dios Nos Libre la misma noche de la terminacion del calero.

Esta era la triste historia que acompañada de un Padre nuestro y un Avemaría me contaba mi madre, que esté en gloria, al pasar el puente del Arenao.

ALMA-NEGRA.

ALMA-NEGRA.

I.

En el centro de las Encartaciones de Vizcaya hay una cordillera que, arrancando del valle de Somorrostro, se dirige hácia el Mediodía, y tocando en la ribera izquierda del Cadagua, se encorva, inclinándose al Oeste sus dos extremos, como para formar amoroso regazo á los concejos de Galdames y Sopuerta, y despues de habérsele formado, se desvanece y muere al tocar en el consistorio foral encartado de Avellaneda, al Sur del segundo de los susodichos concejos.

El arranque de esta cordillera, que lleva el nombre de Triano, y en estos últimos años se va cubriendo de una gran poblacion minera, en que reina maravillosa actividad, es aquel que nombró el naturalista Plinio cuando dijo que en la parte marítima de Cantabria, bañada por el Océano, habia un monte quebrado y alto, tan abundante de hierro, que todo él era de esta materia.

En la cima central de la cordillera, ó sea entre Galdames y Baracaldo, hay una gran hoyada, que lleva el nombre de Escachabelza, equivalente á Espino-negro.

Este nombre procede de un espino negro, de forma piramidal, que se alza en el fondo de la hoyada, y precisamente junto á la boca de una sima, por donde se sumen todas las aguas de las cercanas vertientes, que, á no ser por aquella sima, formarian allí un extenso y profundo lago, pues no tienen salida por otra parte.

Las aguas que se sumen por la sima de Escachabelza van á salir por la gran cueva horizontal de Urallaga, en la vertiente de Galdames, ó sea del Oeste.

Aquella cueva es una verdadera maravilla, y mirada desde las montañas opuestas, es decir, desde las del oeste de Sopuerta, cuyo concejo, con el de Galdames, está encerrado en un anfiteatro de cordilleras, parece un ojo negro y gigantesco que tiene por lágrimas un torrente y por pupila un templo: las lágrimas son las aguas que se sumen por la sima de Escachabelza, y la pupila, la ermita de la Magdalena, erigida, en tiempos de que no se conserva memoria, bajo el titánico arco exterior de la caverna.

La gran maravilla, y áun pudiera decir el gran terror de mi infancia, era la cueva de Urállaga, que yo veia desde la casa paterna, situada en las estribaciones de las montañas fronteras á la cueva.

Tantas misteriosas y maravillosas consejas oí contar cuando niño de aquella cueva, de aquel torrente, de aquella ermita, y hasta de aquella sima de Escachabelza que naturalmente no alcanzaba á ver más que con la imaginacion, que no me atrevia á mirar hácia Urállaga sin estremecerme de espanto.

En las pavorosas consejas de mi infancia sonaba el

nombre de un Alma-negra, cuyas abominables acciones correspondian á aquel nombre, y Alma-negra habia concluido por precipitarse desesperado en la sima de Escachabelza. Cuando el torrente crecia y bramaba, al precipitarse por el despeñadero que precede á la caverna de Urállaga, nos decian nuestras madres y nuestras abuelas:

«Mirad y oid cómo llora y brama Alma-negra por haber sido malo y estar condenado á vivir eternamente en las horribles tinieblas de Escachabelza y Urállaga!»

Cuando dejé la tierra nativa, por todos los tesoros del mundo no hubiera yo subido solo á Urállaga, y mucho ménos me hubiera acercado á la cueva de la Magdalena ni á la sima de Escachabelza; pero cuando volví á la misma tierra, ya hombre maduro y habituado á farolear presumiendo de filósofo y despreocupado, uno de mis mayores deseos fué subir solo á aquellas alturas y acercarme á aquellos oscuros y misteriosos antros, para ver si en el hombre con ínfulas de pensador ilustrado ejercian aún algun dominio los terrores y las supersticiones de la candorosa é ignorante infancia.

Hay á la banda opuesta de Galdames, ó sea en la vertiente de Baracaldo, un vallecito de una legua de extension, y tan estrecho, que los muchachos apedrean desde el comienzo de la ladera de la derecha los nogales del comienzo de la ladera de la izquierda, y vice-versa.

Aquel vallecito es un verdadero paraíso, particularmente en primavera y verano. Si Dios me diera, ademas de una Eva como yo me la imagino, algo más que la sombra y la fruta de un manzano, ¡con qué gusto pa-



saria allí el resto de la vida el que, como yo, se contenta con tener

> en la estantería, libros;
> en el alacena, pan;
> en el hogar propio, amor,
> y en el ajeno, amistad!

Llámase aquel vallecito el Regato, corrupcion de Errecátu, que equivale á riachuelo, y todo su fondo, que recorre un riachuelo bullicioso y claro, está salpicado de caserías, de molinos, de ruinas de ferrerías y de huertecillos donde los guindos, los cerezos, los melocotoneros, los ciroleros, los manzanos, los perales, los nísperos, y otras cien clases de frutales, forman deliciosos bosquecillos que producen los más regalados frutos.

Era por el mes de Diciembre, y unos amigos mios, tan aficionados á pescar truchas como yo á comerlas, me invitaron á que los acompañase al Regato, adonde iban de pesca, prometiéndome que iba á comer las truchas más sabrosas que habia comido en mi vida. Acepté la invitacion, y ántes de mediodia estábamos en el Regato.

¿Qué iba yo á hacer miéntras las truchas no estuviesen comibles? ¡Oh! Llevo yo siempre conmigo una compañera tan divertida, que no consiente nunca que me aburra. ¡Bendita sea, aunque más de cuatro veces, como es un poco loca, me da malos ratos!

El dia era templado y apacible, aunque triste; pues el sol no se habia dignado asomar aquella mañana por las cumbres del Bizcárgui.

—Me voy—dije á mis compañeros—á saludar á mis queridos galdameses y soportanos desde las cumbres de Urállaga, miéntras pescais siquiera una docena de truchas y las pone bien doraditas la molinera de Aranguren.

Así diciendo, seguí vallecito arriba, y al llegar á la barriada de Urcullu, que es la última, fortalecióme Mari-Cruz con una jarrilla del doradito é inocente de su viña, y emprendí la cuesta, que recuerda, en lo penosa, ésta de la vida en que reventamos los que en España vamos cargados con una pluma.

La verdad es que lo que me llevaba á la altura no eran tanto los galdameses y los soportanos como la curiosidad de averiguar si en mí quedaba algo de las supersticiones de la infancia, despues de haber pasado veinticinco ó treinta años echándola de filósofo y hombre despreocupado.

Me acercaba ya á la cumbre del monte, y por más que procuraba apartar de mi memoria aquellas pavorosas historias de la cueva de la Magdalena y de la sima de Escachabelza, que me habian contado en mi niñez mostrándome aquel ojo gigantesco y negro, que parecia mirarnos amenazadoramente en las montañas fronteras, no lo podia conseguir, ni podia conseguir tampoco que mi despreocupacion y mi filosofía me hicieran sonreir de aquellas historias.

Al fin di vista á la hoyada de Escachabelza, y no pude reprimir un estremecimiento de espanto, á que sin duda contribuyó no poco el espino negro que se alzaba junto á la sima, y parecia un sombrío fantasma en aque-

lla callada soledad, donde no habia árbol ni arbusto alguno más que él y el raquítico brezo mezclado de argoma que cubria el suelo en toda la extension de la hoyada.

Poco ántes de descubrir ésta, habia yo encontrado un rebaño de ovejas que bajaban hácia el Regato, como encaminadas en aquella direccion desde la altura, y habia pensado si serian las de Mari-Cruz, que, preguntándole por sus chicos, me habia contestado:

—Al monte han subido á echar hácia abajo las ovejas; porque son tan miedosos, que en acercándose la noche no hay quien los haga subir por ellas á *la alta*.

Estaba yo contemplando el espino negro, que, desprovisto ya de hoja, parecia, como he dicho, un negro fantasma, cuando oí conversacion de muchachos detras de una lomita que se alzaba no léjos de mí, y un momento despues vi aparecer á uno de ellos en la loma.

El muchacho dirigió la vista al fondo de la hondonada, y exclamando con espanto: « ¡ Alma-negra ! » desapareció, y durante unos instantes oi sus pasos y los de sus compañeros, que corrian monte abajo, como si álguien los persiguiera.

Lo sombrío de la tarde, la soledad, el espanto de los muchachos, aquella especie de fantasma negra que se erguia junto á la sima, la boca de la sima, que negreaba junto al espino, y sobre todo, las consejas que negreaban en mi memoria, me quitaron todo ánimo para pasar más adelante.

Subiendo, subiendo á la loma donde el muchacho habia aparecido, descubrí allá, en las estribaciones de las

montañas del Oeste, la casa paterna, que blanqueaba entre los castaños y los nogales, ya desnudos de hoja, y me pareció que el viento que de hácia allí llegaba era portador de una voz que me decia : «¡ Hijo mio, no te acerques á la sima de Escachabelza ni á la caverna de Urállaga, que allí brama y llora de rabia y desesperacion Alma-negra ! »

Sobrecogido de terror con estas imaginaciones, determiné volver inmediatamente atras, y emprendí la bajada al Regato, y bajé, sobresaltándome con frecuencia ruido de pasos que me parecia oir tras de mí, como si Alma-negra me siguiera.

Mis compañeros me esperaban ya bajo los nogales de Aranguren, con una gran fuente de truchas, por ellos pescadas, y por la molinera fritas.

Cuando despues de comer alegremente llegó la de vámonos, indiqué á mis compañeros mi intencion de quedarme en el Regato aquella noche, pretextando, para quedarme, mi deseo de volver á Urcullu, con objeto de examinar despacio ciertos papeles antiguos y curiosos que Mari-Cruz poseia.

En efecto, aquella noche pernocté en Urcullu y empleé la velada, no en examinar papeles, sino en examinar á viejos, y mozos, y niños, para averiguar quién fué y qué hizo Alma-negra, cuya naturaleza regateña me era ya conocida desde la niñez; pues mi madre, que era galdamesa amantísima de su lugar nativo, tenía buen cuidado de advertirme, siempre que hablaba de Alma-negra, que Galdames, lugar por excelencia solariego, segun el testimonio del cronista Lopez García de Salazar, no

habia visto ponerse rojos de vergüenza á sus blancos anales narrándose en ellos que le pertenecia la paternidad de Alma-negra.

Con las pocas noticias que yo tenía de este hombre tristemente excepcional, y más excepcional aún en la tierra en que nació, las que en Urcullu adquirí aquella noche, y las que en las demas barriadas del Regato adquirí la mañana siguiente, adquirí suficiente luz para dar en los protocolos de las escribanías con las que me faltaban para completar la historia de Alma-negra, que hoy reduzco á sumarísimo compendio, á fin de que quepa en este libro.

II.

Ya he dicho que el Regato es uno de los vallecillos más hermosos del litoral cantábrico, donde los hay paradisiacos. Sin embargo de esto, el héroe de esta historia opinó todo lo contrario desde que tuvo, ó mejor dicho, debió tener uso de razon.

Sus padres eran caseros (dueños de casa propia) algo acomodados, y no tenian más hijos que Roque. Su casa era de las más antiguas y honradas de la república de Baracaldo, y el sueño dorado de los dueños de aquella casa era acrecentarla y devolverle la relativa opulencia que antiguamente habia tenido.

La fuente en que he bebido más curiosas noticias pa-

ra conocer la historia y las costumbres domésticas de nuestras provincias del Norte en los siglos XV, XVI y XVII, son los protocolos de las escribanías, los testamentos, las fundaciones de vínculos, las escrituras de venta, los inventarios de bienes, los procesos criminales, etc.: son mina muy rica, que apénas les habia ocurrido explotar á los que aquí me habian precedido en ciertas investigaciones.

En uno de estos protocolos encontré noticias muy curiosas de los antecesores de Alma-negra, que llevaban el apellido antonomásico del Regato, aunque su casa solar tenía el nombre de Urdangujeta, para diferenciarse de otras cuando dejó de ser la única importante de aquella barriada.

Ya á mediados del siglo XVI habia venido á tal decadencia por contratiempos y desgracias inmerecidas, que su señor Ochoa, Lopez del Regato, incluyó en su testamento esta cláusula ó recomendacion:

«Item: Encargo muy de véras á mis sucesores, que en lo humano pongan su mayor conato en restaurar y acrecentar el lustre y riqueza de nuestro honrado solar, que desde las últimas guerras de bandería entre oñecinos y gamboinos, á que felizmente pusieron fin y cabo los señores reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel, ha venido decayendo y mermando en tal extremo, que yo mismo, con harto dolor mio, y para pagar deudas contraidas por mis padres, que Dios hayan, vendí años atras á Pedro de Salazar, cuando formaba vínculo en Galindo, la ferrería y molinos de Urdangujeta, y arbolares muy buenos, quedando mis bienes reducidos al solar,

con sus tierras y arbolares adyacentes, que con harto trabajo logré conservar. Cosa poca son estos bienes, y más si se atiende á que áun no hace cien años las rentas ánuas del solar pasaban de mil ducados; mas ruego y encargo á los mis sucesores que procuren restaurar y acrecentar nuestra honrada casa, y hagan á los suyos el ruego y encargo que yo les hago en esta mi postrera voluntad; y si así no lo hiciere alguno de ellos, la mi maldicion le caiga, y con la hacienda que más cobdicie pierda vida y ánima.»

El ruego y encargo del buen Ochoa se habia venido repitiendo como última voluntad de los poseedores del solar del Regato. Los padres del que primero se llamó Roque, despues D. Roque, y por último, Alma-negra, tenian gran ánsia de corresponder á aquel ruego y encargo, y habian hecho lo posible por alcanzarlo; pero si bien su casa y hacienda habian mejorado y prosperado en sus manos, áun estaba muy léjos de alcanzar aquella prosperidad que Ochoa conmemoraba con admiracion no infundada, pues mil ducados de renta anual, áun en el siglo XVIII, constituian gran opulencia en Vizcaya, ó mejor dicho, en España.

Era tan entrañable el amor que los caseros de Urdangujeta tenian á su noble solar, y al rinconcito donde habian nacido, y vivian, y querian morir, que ni por el pensamiento les habia pasado nunca la idea de que hubiera en el mundo rincon más hermoso que aquél, ni casa donde pudieran vivir con más honra que en aquélla.

Júzguese cuánto sería su dolor cuando fueron observando que su único hijo y sucesor cada vez mostraba

más despego á la casa y al valle, y cada vez mostraba mayor deseo de ir: «por ahí afuera», frase que en Vizcaya equivale á la de ir á América, así como la de «ir por ahí arriba» equivale á la de ir al interior de la Península.

Viendo que en el muchacho, conforme aumentaba la edad, aumentaban aquel despego y aquel deseo, consultaron á personas prudentes y de luces lo que habia de hacer, y el resultado fué venir á este raciocinio:

«Dicen todos los que han estado por ahí afuera que hasta el más descastado toma cariño á su tierra y su familia cuando está léjos de ellas; y por otra parte, todos los dias están viniendo indianos que encuentran casi caida la casa donde nacieron, y la convierten en palacio. Este pícaro de muchacho se empeña en que ha de ir por ahí afuera, y quizá tenga razon en empeñarse, pues aquí, si se queda, es lo probable que le suceda lo que á nosotros, que casi nada hemos podido hacer para mejorar la casa y la hacienda, por más que nos hemos matado á trabajar, deseosos de cumplir el encargo que nos hicieron los antepasados. Lo mejor será complacer á Roque, enviándole por ahí afuera. Si para costear el viaje tenemos que sacrificar la media docena de onzas de oro que vamos ahorrando con la mira de comprar la ferrería y el molino arruinados que hay más abajo de nuestra casa, y pertenecieron antiguamente á ella, para que, ya que no podamos nosotros reedificar molino y ferrería, tenga alguno de nuestros sucesores andado la mitad del camino para ello, Dios le dará fortuna al chico, y tendrémos la satisfaccion de no morir sin ver que en nuestro tiempo

se ha cumplido el deseo de nuestros antepasados, de que la casa del Regato tenga en sus inmediaciones, como en sus buenos tiempos, una ferrería que labre y un molino que muela.»

Roque, que nunca se mostraba expansivo con nadie, inclusos sus padres, porque el grado de congelacion parecia ser el temple constante y natural de su corazon, abandonó por primera vez aquella frialdad, cuando sus padres le dijeron que estaban decididos á complacerle enviándole á América, y hasta les prometió dedicar el primer dinero que ganase á reponer y aumentar los ahorrillos destinados á la recuperacion del solar de la ferrería y el molino vendidos por su tatarabuelo Ochoa para honrar la memoria paterna.

Roque se embarcó para la isla de Cuba, en un buque fondeado en Olabeaga. Sus padres, que le habian acompañado hasta el fondeadero, siguieron llorando la marcha del buque, hasta que éste desapareció de su vista Zorrozaurre abajo, y en seguida subieron á Begoña, á pedir á la Vírgen que intercediera con su Divino Hijo Jesus para que Roque atravesase con bien los mares, y luégo sintiese en su corazon el amor á la casa paterna y á la tierra nativa, que no habia logrado arrancar una lágrima á sus ojos al alejarse de ambas.

Pasaron meses y áun pasaron años, y los padres de Roque se iban convenciendo de que el corazon de su hijo era poco ménos que estéril para el amor á la patria y la familia; pero áun esperaban, porque la esperanza necesita golpes muy rudos para morir en las almas buenas, y sobre todo, si estas almas son las

de un padre y una madre que la fundan en un hijo.

Un dia supieron que habia quien proyectaba la compra del solar de la ferrería y el molino de Urdangujeta, para establecer allí una tenería ó fábrica de curtidos, como decimos ahora. Esta noticia les causó profundo pesar, entre otras razones, porque de realizarse aquel proyecto, desaparecia toda esperanza de ver realizado su sueño dorado de recobrar lo que vendió Ochoa Lopez del Regato para pagar deudas sacratísimas.

Ni Roque les habia mandado dinero alguno, ni ellos se le habian pedido, á pesar de haber pasado algunos años desde que se ausentó y de haberles escrito él para tener una ocasion más de mortificarlos en su patriotismo : « En nada de tiempo he ganado aquí más dinero que vale toda esa maldita tierra, á la que debieran pegarle fuego de cabo á rabo y sembrarla de sal. »

En el conflicto de carecer de medios para anticiparse á comprar el solar de la ferrería y el molino de Urdangujeta, con sus derechos y pertenencias, y ver que otro les iba á adquirir para crear sobre él un interes que centuplicaria su valor, escribieron á Roque diciéndole lo que pasaba y exhortándole á que les proporcionase medios de anticiparse á la compra de aquel solar, y hasta recordándole la terrible maldicion lanzada por Ochoa á aquel de sus sucesores que fuese contra su encarecido ruego y encargo.

La contestacion de Roque fué una brutal carta, cuyo resúmen era éste :

« Sería yo tan simple como VV. si gastára un cuarto en comprar ó recuperar en esas breñas, que sólo para

ganado son buenas. Léjos de acceder á lo que VV. me dicen, les aconsejo que vendan á cualquier precio la casa y la hacienda y cuanto tengan en ese paraíso de cabras, y se vayan á vivir..... cuanto más léjos mejor; pues, como dijo Cristo ó no sé quién, nadie es profeta en su patria. Si así no lo hacen VV., les advierto que cuando yo lo herede, me he de divertir en pegarle fuego con esos papelotes que con tanto esmero guardan VV. so pretexto de que en ellos está la historia de nuestro linaje desde los tiempo de Mari-Castaña. Ustedes creerán en todas las tonterías y supersticiones que les dé la gana, pero yo creo que cada uno es hijo de sus obras, y por consiguiente, que la humanidad no tiene padres, y mucho ménos abuelos. En cuanto á la maldicion de mi tatarabuelo que VV. me recuerdan, como pidiéndome la bolsa ó la vida, me la paso por debajo de la pata, y..... andando.»

Cuando los padres de Roque recibieron esta brutal carta, lo primero que hicieron fué llorar sin consuelo; despues, la tristeza y el malestar sucedieron á las lágrimas, y ántes de un año, en que envejecieron veinte, bajaron ambos á descansar bajo las frias losas de la iglesia de San Vicente de Baracaldo.

III.

Por más que D. Roque se afanaba por enriquecerse en la isla de Cuba, su capital estaba léjos de llegar al nivel de sus ambiciones.

Como la codicia rompe el saco, y el que mucho abarca poco aprieta, sus negocios le salian mal de tanto como se obstinaba en que le salieran bien. Vaya un ejemplo de ello : habia empleado todo su capital en comprar un rebaño de esclavos negros, que destinaba á determinados trabajos agrícolas, que tomaba á su cargo por contrata y dirigia por sí mismo; y queriendo que cada negro trabajára por cuatro y comiera por medio, de tal modo les aumentaba la racion de látigo y les disminuia la racion de pan, que casi todos se le fueron muriendo ó escapando, de modo que casi se arruinó.

Entónces dijo casi desesperado :

—Del cuero han de salir las correas.

Y se dedicó al tráfico negrero por excelencia, que nadie ignora cuál es, ó mejor dicho, cual era, pues, para gloria de nuestro tiempo, que, si tiene muchas cosas de que avergonzarse, no tiene ménos de que gloriarse, aquel infame tráfico, maldecido de Dios y de la dignidad humana, casi ha desaparecido en nuestros dias. Primero asociado con otros de tan buenas entrañas como él, y luégo, cuando su capital se lo permitió, por cuenta propia, se dedicó á traer de las costas de Gui-

nea cargamento de inocentes negros de ambos sexos y de todas edades, que vendia en las Antillas, con lo que en pocos años se enriqueció.

Pero el calor del Senegal, que dicen viene á ser el de un horno cuando el pan está á medio cocer, deterioró de tal modo su salud, que el médico le anunció como segura y próxima su muerte si no se apresuraba á tornar al país nativo, que era lo único de que podia esperar la salvacion.

El país que ménos gustaba á D. Roque era, aunque parezca mentira, ¡aquel donde habia nacido, aquel que habia sido el amor de los amores de sus padres, aquel donde los huesos de sus padres descansaban! Esto nos explica el consejo que dió á sus padres de que fueran á vivir cuanto más léjos mejor, y esta pregunta que hizo al médico:

—¿Y no sería lo mismo que fuese á otro país de temperatura parecida á la del mio?

El médico, que conoció de que pié cojeaba, le contestó:

—De ninguna manera. La temperatura más ó ménos alta no es lo único que influye en que el país nativo sea bueno para el restablecimiento y la conservacion de la salud de muchas personas, y V. una de ellas: lo que influye es la armonía que existe en la naturaleza de un país y la de algunos de los que han nacido y se han formado en él. Usted pertenece al número de aquellas personas cuya naturaleza está identificada de tal modo con la del país en que nacieron, que no puede vivir sin ella.

—Pues ya sabe V. que yo he vivido muchos años en país extraño, sin quebranto de mi salud.

—¿Sin quebranto? Ese es un error de usted. La naturaleza de V. era muy fuerte y ha resistido mucho tiempo sin quebranto aparente; pero el quebranto empezó desde el momento en que V. se alejó del país en que habia nacido.

—Pero, señor, ¿cómo puede ser eso, si casualmente no puedo ver ni pintado á semejante país?

—Precisamente ésa es la razon por que no puede usted vivir fuera de él.

—Si lo entiendo, que me fusilen.

—Yo se lo explicaré á V., hombre, yo se lo explicaré á V., sin que le quede asomo de duda. Por lo mismo que la naturaleza moral de V. no ha recibido nada de la naturaleza del país nativo, ha recibido mucho la naturaleza física. Vaya V. á su país, y es probable que allí recobre la salud. Si lo consigue, guárdese V. muy bien de exponerse á la recaida, que de seguro recaerá usted y se morirá si vuelve á ausentarse.

Es de advertir que el médico que asistia á D. Roque era amantísimo de su país natal, é indignado de la aversion que D. Roque tenía á la patria, se propuso castigarle haciéndosela tragar con la suposicion de que en ello le iba la vida.

Como D. Roque era profundamente egoista, y la idea de la muerte le horrorizaba desde que habia alcanzado el único objeto de sus ánsias, que era medio millon de duros, se resignó á volver á España. Ántes de resignarse, consultó á otros médicos á ver si discrepaban del

parecer del que le asistia ordinariamente, y por lo tanto podia ahorrarse el viaje; pero como, valiéndonos de su grosera expresion, los médicos son todos lobos de una misma camada, todos confirmaron la opinion de su colega, por espíritu de compañerismo.

Y como D. Roque era corto de entendimiento, creyó que cuanto más al pié de la letra siguiese el consejo del médico, más pronto recobraria la salud, y no se contentó con volver á España, ni á Vizcaya, ni á las Encartaciones, ni á Baracaldo: volvió al Regato, y hasta se instaló en la casa paterna.

Cuando dirigió la vista á la colina en que se alza la iglesia de San Vicente, á cuya santa sombra descansaban sus padres, no sintió calor ni frio en el corazon; cuando llegó á la fuente de Amezaga, y aplicó sus labios al manantial, y se sentó bajo los robles que daban su sombra á la fuente, fué sencillamente porque tenía sed y estaba cansado, y no porque recordase cuántas veces, de vuelta de la escuela ó de misa, habia bebido en aquella fuente y se habia sentado ó habia diableado bajo aquellos robles.

Cuando se acercó á Urdangujeta, y vió las ruinas del molino y la ferrería que habian poseido y explotado no sé cuantas generacienes de sus antepasados, y por cuya recuperacion habian suspirado las generaciones sucesivas, solo le ocurrió decir:

—Parece mentira que mis padres fuesen tan tontos que suspirasen por gastarse los cuartos en ese monton de piedras y zarzas, muy buenas para nidos de sabandijas.

Cuando se acercó á la casa paterna, lo único que pensó y dijo fué :

—¡Cada vez me parece más fea y miserable esa casa!

Y cuando pasó el umbral de la casa, y subió las escaleras, y entró en el cuarto donde él habia nacido y sus padres habian muerto, y se sentó en el escaño donde se habian sentado sus padres y sus abuelos, se contentó con pensar :

Si el olor de la cuadra sería perjudicial á su salud.

Si en aquel cuarto habria pulgas que no le dejasen dormir á gusto.

Si en aquel hogar cocinarian tan bien manos blancas, como en los de Cuba cocinaban manos negras.

Renegando de la aldea y sus moradores, echando pestes contra el clima de su patria, diciendo que, aunque á buen católico no le ganaba nadie en el mundo, le reventaban las prácticas religiosas, porque eran pura invencion de curas y de frailes, absteniéndose de dar limosna á todo pobre que llegaba á su puerta, porque decia que no gustaba de proteger la holganza, calificando de cerriles á sus paisanas, porque le rechazaban con indignacion cuando las miraba «con buenos ojos», como él llamaba á su brutal sistema de enamorar á las mujeres, que consistia en dirigirse á ellas, poniéndose delante de cada ojo una onza de oro y acompañando esta accion con una proposicion desvergonzada; y por último, propalando teorías como la del comunismo de la mujer, que decia debia desamortizarse á fin de que diese á la patria muchos ciudadanos, y no unos pocos como daba en manos muertas, ó sea en poder de un hom-

bre sólo, pasó D. Roque algunos meses en la casa paterna, con tan felices resultados para su averiada salud, que al cabo de aquel tiempo comia como un sabañon, dormia como un liron y roncaba como un marrano.

Entónces se trasladó á Bilbao, diciendo que la aldea era sólo para animales, y allí empezó á asociarse con los indianos.

Es necesario explicar lo que por un indiano se entiende aquí. Este nombre se da generalmente en las provincias del Norte á los hijos del país que de muchachos fueron á América, alcanzaron una fortuna más ó ménos grande y volvieron al país nativo con ánimo de pasar el resto de su vida en él, ó pasar sólo una temporada y volver á América á dedicarse á sus negocios, con nuevo aliento para ello, despues de satisfacer su ánsia de respirar el aire de la patria y abrazar á la familia y los amigos de la niñez.

Generalmente, estos indianos se establecen en el pueblo nativo, donde dan honrado y fecundo empleo á su fortuna, pero otros van á establecerse en las villas y capitales. Bilbao es la poblacion preferida por mayor número de ellos, pues en ella se avecindan hasta muchos que son naturales de las provincias de Búrgos y Santander y áun de Navarra y Astúrias, y contraen vínculos de amor, de amistad y de interes material, que los confunden completamente con el resto de la poblacion.

Con un grupo de indianos se asoció D. Roque, buscando en ellos maldiciones para la tierra natal; pero

los indianos, que en el destierro habian elevado á fanatismo el culto de la patria, le rechazaron como á renegado y blasfemo.

Buscó en seguida á los pocos extraños al país que entónces residian en Bilbao, y se asoció con ellos; pero tambien éstos le rechazaron, indignados de que hubiese quien maldijese de la tierra propia, cuando ellos, si no amaban, respetaban á la tierra extraña.

En Bilbao vivia D. Roque áun más solitario que en la aldea, porque la sociedad, cuanto más culta es, más esquiva el contacto de los de alma y entendimiento groseros. Con aquella soledad coincidió una malísima noticia que recibió D. Roque: esta noticia era la de haber quebrado una casa de comercio de la Habana, donde, tentado por la codicia de un tanto por ciento de interes muy superior al que ofrecian todas las demas casas de comercio, habia dejado la mayor parte de su capital.

La desesperacion de D. Roque fué terrible, y si D. Roque no se pegó un tiro, no fué por temor de Dios, porque mil veces se le habia oido decir cuando se hablaba de si el suicidio era pecado ó dejaba de serlo:

—¡Que pecado, ni que calabaza! Yo soy tan católico como el primero, pero me revientan esas invenciones de curas y frailes. Si á mí me sale de las narices el levantarme la tapa de los sesos de un pistoletazo, porque mi cuerpo es mio y muy remio, ¿qué tiene que ver Dios con eso?

Y cuando le habian argüido que su cuerpo era de

Dios, porque Dios le habia formado, se habia apresurado á replicar :

—Sí, Dios y nuestros padres tienen tanto derecho á nuestro cuerpo como el que los vecinos de Bilbao tienen á las hortalizas que se crian en Deusto y Abando con la basura que de Bilbao se lleva á las huertas.

Si D. Roque no se pegó un pistoletazo, fué porque adoraba á un Dios único, que era su persona.

Cuando D. Roque quedó solo y medio arruinado, ni siquiera pensó en volver á aquella tierra donde tan á su gusto se habia encontrado, primero, haciendo crujir el látigo sobre espaldas, negras sí, pero tan hijas de Dios como las espaldas blancas, y despues, comerciando con carne humana en forma más repugnante aún, fué porque ya abominaba á aquella tierra, donde acababan de robarle, como él decia, el fruto de su «honrado sudor» de muchos años.

Viendo D. Roque que la salud que habia recobrado en el Regato se quebrantaba en Bilbao, al Regato determinó volver, y al Regato volvió.

Distrayéndose á su manera, y comiendo y bebiendo como un bruto, volvió á engordar, á dormir y á roncar como en sus mejores tiempos, resignándose algun tanto con la pérdida de la mayor parte de su capital; porque, decia sopesando una gran bolsa de piel de gato que llevaba constantemente en el bolsillo interior del chaqueton :

«¡Áun está gordo el gato!»

La historia de esta bolsa da la medida de los sentimientos de D. Roque.

Cuando éste regresó á la casa paterna, subsistia aún en ella un gato muy hermoso que le dijeron era del tiempo de sus padres y éstos habian querido y mimado mucho, en cuya atencion, unos vecinos que se habian encargado de la casa cuando aquéllos fallecieron, continuaron cuidándole, creyendo que, si regresaba pronto de América, D. Roque habia de experimentar gran consuelo encontrando aquel recuerdo de sus padres.

El gato, que era manso y zalamero hasta para con los desconocidos, no podia ver á D. Roque sin erizársele el pelo, encorvar el lomo, encandilársele los ojos y bufar amenazadoramente, como si quisiera tirarse á él. Fuese por esto, ó fuese porque su piel era lustrosa y caprichosamente pintada de blanco y negro, D. Roque determinó matar el gato para hacer con su piel una bolsa, y, en efecto, le mató, haciendo que se ahorcára en un lazo de alambre que colocó al efecto en la gatera de la puerta por donde el pobre animal entraba y salia, é hizo con su piel una magnífica bolsa.

—Más valiera—le dijeron los vecinos—que le hubiese V. matado de una perdigonada, con lo que el animalito de Dios no hubiera padecido tanto.

—Pero hubiera salido la bolsa agujereada—contestó D. Roque, riendo de la gracia con que habia ahorcado al animalito querido y mimado de su madre.

Cuando D. Roque llevó á cabo aquella hazaña, uno de los vecinos desahogó su indignacion llamando al indiano Alma-negra, y desde entónces data este sobrenombre con que D. Roque del Regato ha inmortalizado su recuerdo en las Encartaciones.

IV.

Don Roque se dedicó á la caza, y en tacos para la escopeta fué gastando los papeles en que estaba la historia de sus honrados predecesores, incluso un excelente árbol genealógico que, empezado á formar algunas generaciones anteriores á la de Ochoa Lopez del Regato, se habia continuado por todos los sucesores hasta los padres de D. Roque; y como los vecinos le reconviniesen por ello, su única respuesta era la que ya un dia habia arrojado á la faz de sus padres: «La humanidad no tiene padres, ni mucho ménos abuelos.»

Era entónces, y es aún, gente sencilla y buena la del Regato, pero de malas pulgas cuando se abusa de su sencillez y buena fe. Abundaban allí entónces, y abundan aún, solteras y casadas muy guapas, y D. Roque se dedicó á mirarlas con lo que él llamaba buenos ojos, que, como ya he dicho, consistia en ponerse en cada ojo una onza de oro, acompañando esta accion con una proposicion desvergonzada, y al mismo tiempo continuaba propalando su teoría de la desamortizacion de la mujer que decia no debia continuar en manos muertas.

—Verá V. si son vivas ó muertas nuestras manos— le dijeron un dia un casado y un soltero de malas pulgas, que le sorprendieron en la presa de Goróstiza, poniendo coloradas con sus desvergonzadas proposiciones á la mu-

jer del primero y á la novia del segundo, que estaban allí lavando la colada. Y emprendiendo con él á pescozones, le pusieron hecho un *Ecce-Homo*.

Desde entónces D. Roque buscó otra clase de entretenimientos para matar el tiempo en la soledad del Regato. Soledad le llamó á aquella, aunque está poblada de trecho en trecho desde Bengolea á Urcullu, porque para los de alma negra, como la de D. Roque, soledad es hasta la ciudad más populosa.

En las altas montañas que dominan al Regato, y particularmente en los peñascales de Ereza, que están en segundo término hácia el Mediodía, abundan las águilas de tan gran tamaño, que en sus garras cogen hasta los corderos y los cabritos de cerca de un año, y con ellos se remontan rápidamente al nivel de las mayores alturas, donde se posan para devorarlos.

Cuando D. Roque andaba de caza por aquellas montañas, su mayor delicia era ver cómo un águila se lanzaba sobre un rebaño de cabras ú ovejas y arrebataba el corderillo á la pobre madre, que balaba tristemente llamándole y buscándole en vano á su alrededor.

Tanto, tanto llegó á enamorarle este espectáculo, que muchas veces compraba á buen precio un cordero ó un cabrito, con la condicion de que el pastor habia de llevar la cabra ó la oveja con su cría á una explanada que habia en lo alto de una peña, y dejarlas allí hasta que bajase un águila y se llevase el cordero ó cabrito.

Don Roque, escondido á corta distancia, esperaba este momento con impaciente avidez, y daba señales de indecible gozo cuando contemplaba el arrebatamiento de la

cría por el águila, y sobre todo, cuando contemplaba el aturdimiento y oia los tristes balidos de la madre.

Como D. Roque reservaba para su propia persona toda la suma de amor que negaba á los demas, no se atrevia á recorrer las montañas cuando llegaba el mal tiempo; y como precisamente cuando llegaba el mal tiempo era cuando las águilas estaban más hambrientas, don Roque se desesperaba viéndose entónces privado de uno de los mayores goces de su vida.

Para no privarse de este gusto, ideó un medio que acabó de confirmarle en el Regato el nombre de Alma-negra. Adquirió dos ó tres perras y otras tantas gatas, que pronto llenaron la casa de perritos y gatitos, con los que llamaba á jugar á los niños de la vecindad, y cuando llegaba el invierno, en que las águilas se cernian hambrientas sobre el fondo del valle, buscando allí la presa que no encontraban en las alturas cubiertas de nieve, y por consecuencia, faltas de ganado, llamaba á los niños encariñados con los perritos y los gatitos, y colocando uno de estos últimos en un poyo de mampostería que habia á la puerta de la casa, se proporcionaba uno de sus supremos goces viéndole arrebatar por una águila y viendo á los niños llorar sin consuelo por la pérdida del perrito ó gatito que era el encanto de aquellas inocentes criaturas.

Gente pacífica, indulgente y humilde era toda la del Regato, pero, áun así, habia ido concibiendo tal antipatía á D. Roque, que hasta le repugnaba saludarle cuando se encontraba con él. Ofendido D. Roque de esta antipatía, se propuso hacérsela pagar muy cara á sus

convecinos, y pronto envolvió á muchos de ellos en querellas y pleitos, que convirtieron en un infierno aquel valle, que hasta entónces habia sido un paraíso.

Armado de su escopeta, Alma-negra recorria con frecuencia el valle, yendo ó viniendo de caza, ó simplemente por mortificar con su presencia y sus provocaciones á los pobres regateños, que sudaban el quilo en sus heredades para que el fruto de su sudor fuese á engordar á la curia, que apénas conocia hasta que Alma-negra los puso en contacto obligado con ella. Y con frecuencia mediaban entre D. Roque y los regateños diálogos como éste :

—Guarda la bolsa y saluda á la gente, Pepe-Anton.

—El mismo consejo le doy yo á usted.

—Pues pierdes el tiempo dándomele, porque yo no te niego el saludo, ni dejo de guardar la bolsa. Mira si llevo la bolsa bien guardada y bien repleta.

Y así diciendo, D. Roque sacaba del bolsillo interior del chaqueton la bolsa de piel de gato, y enseñándosela á Pepe-Anton, con provocativa vanidad, hacía sonar las onzas de oro que contenia, añadiendo :

—Verás qué arañado vas á salir de este gato.

—Tengo quien me defienda de él.

—¿Y quién es ése?

—La razon.

—La razon está siempre de parte de los gatos de esta casta.

—Lo verémos.

—Ya se ha visto desde que ha habido gatos como éste.

Y D. Roque guardaba su gato en el bolsillo del chaqueton, continuaba valle arriba ó valle abajo, y donde quiera que encontraba á alguno de sus convecinos trababa conversacion análoga, y aunque fuera asido de los cabellos, sacaba á relucir el gato.

La verdad es que arañados del gato iban saliendo todos los pobres regateños que osaban acudir á los tribunales en demanda de amparo de las tropelías de Almanegra.

Un dia se vió á éste de peor talante que nunca, y así continuó una temporada, extrañándose todos de que ya no alardease de invencible con la posesion del gato, ni se insolentase con solteras y casadas, á quienes miraba sin lo que él llamaba buenos ojos.

Era que otra de las casas de comercio de la Habana, donde habia dejado parte de su capital, tambien habia quebrado.

Otro ménos ambicioso que él, áun se hubiera creido bastante rico para pasar el resto de la vida con holgura; porque, áun suponiendo que nada pudiera recobrar del capital que habia dejado en la Habana colocado en el aire, por sacarle un interes de doce por ciento, en lugar de dejarle sólidamente colocado, mediante la mitad de interes, áun le quedaban en Bilbao algunos miles de duros.

En vano intentó alejar su mal humor, ó mejor dicho, su desesperacion, entreteniéndose, así que vino el invierno y comenzaron las águilas hambrientas á cernerse sobre el valle, ofreciendo diariamente á su rapacidad, en el poyo de la puerta, alguno de los gatitos ó perritos de

que fecundamente le habian llenado la casa durante el verano y el otoño anteriores, las dos ó tres gatas y otras tantas perras que mantenia para que le proporcionasen el bárbaro placer de aquel espectáculo.

En las principales plazas de comercio con que el de Bilbao tenía relaciones ocurrieron algunas quiebras, y con tal motivo, se concibió el temor de que aquellos siniestros mercantiles se hiciesen extensivos á Bilbao. Entónces D. Roque determinó retirar el capital que le quedaba de las casas de comercio donde lo habia impuesto, para emplearlo en una buena ferrería y un buen molino, ó en caso de no proporcionársele inmediatamente la compra de estas fincas, esconderlo siete estados bajo de tierra.

Como llegase á su noticia que los Salazares de las Ribas de Sopuerta querian vender la ferrería y el molino de Ballibian, montó á caballo, subió á Escachabelza, y por Urallaga descendió á Galdames.

Entre los tristes episodios de su vida que logré reunir, con objeto de formar con ellos un abultado volúmen (de lo que luégo he desistido, porque me repugna el oficio de cronista de maldades), hay uno que no debo condenar al silencio y al olvido, puesto que tiene una faz blanca que contrasta con la negra y repugnante que ofrece toda la historia del indigno sucesor de Ochoa Lopez del Regato.

V.

Era á fines de Agosto, y la sequía era tal, que desde el Arenao arriba los molinos sólo molian á represas; molian cuatro horas por cada veinte que empleaban en acopiar agua.

Como en este mundo es muy comun que el mal de unos sea bien para otros, la sequía no alcanzaba á los seis molinos que se cuentan desde el Arenao abajo, y estos molinos monopolizaban casi toda la molienda de aquella comarca, sin necesidad de andar los molineros de casería en casería trayendo y llevando zurrones, pues este servicio lo reservaban para los veceros ordinarios y no para los extraordinarios.

A algunos de estos últimas debian pertenecer un muchacho, como de catorce años, que, trayendo al hombro un zurron que debia pesar tanto como él, bajaba de hácia Galdames, é iba á pasar el puente viejo que está más abajo del molino, y una niña como de dos ó tres años ménos, que llevando en la cabeza tambien su zurroncito, pasaba el puente del rio de Labaluga.

Cuando la niña vió asomar por el puente al galdamés, sonrió con infinita alegría, y cuando el galdamés reparó en la niña, expresó su semblante la misma satisfaccion.

El calor, la carga y la caminata habian encendido y descompuesto de tal modo el rostro de ambos, que, ántes

de retratarlos, debo hacer con ellos lo que hacen los fotógrafos con los que suben á retratarse en sus gabinetes colocados á ciento y tantos escalones sobre el nivel del suelo : dejar que descansen y se serenen.

Pepilla y Miguel, con cuyos nombres se saludaron al verse, tomaron juntos hácia el molino, entretenidos en la siguiente conversacion :

—Pepilla, temí que no bajáras hoy al molino.

—Yo tambien venía diciendo : «¡Jesus, qué rabia si hoy no baja Miguel!»

—Madre ha ido á ver si le muelen hoy el trigo, que es poco, en el molino de Arenaza, y me ha dicho : «Pues tienes tú que bajar al Arenao, á ver si entre tanto te muelen allí la borona, que es mucha, porque mañana es sábado y tenemos que amasar.»

—Pues haz cuenta que lo mismo pasa por allá. Madre ha bajado conmigo al Pendiz, donde se queda á ver si con una buena represa le muelen allí el trigo, que es mucho, y me ha enviado á mí al Arenao, á ver si me muelen aquí la borona, que es poca.

—Anda, ya se conoce que por el Castañar sois más ricos que por Garaisolo.

—¡Sí, más ricos! Ahora amasamos todas las semanas media fanega de trigo y una emina de borona, pero es porque Santiaguillo ha empezado ya á enviarnos dinero de Buenos Aires. Desde que Santiaguillo se fué por ahí afuera, hasta que empezó á mandarnos dinero, borona sola amasábamos, que padre tuvo que dar más de cien ducados para el viaje de Santiaguillo, y nos quedamos más pobres!.....

—Más fortuna ha tenido Santiaguillo que mi hermano Mateo.

—¿Tambien tienes tú un hermano en las Indias?

—Sí que le tengo.

—¿Y no os envia nada?

—¡Qué nos ha de enviar el pobre, si tiene más mala fortuna!.....

—Pues Santiaguillo ya nos ha enviado á nosotros cuatro onzas de oro, y dice en la carta que si Dios le da suerte, mucho más nos ha de enviar.

—¡Anda, cuatro onzas!

—Ha ido padre á Bilbao, y sin más que enseñar un papel largo y azul con unos santos muy bonitos pintados, que venía en la carta, se las han dado. ¡Más hermosas son!..... Amarillas, amarillas y relucientes, y tienen un sonido que da gusto el oirle.

—Bien las guardará tu padre, porque dicen que las onzas de oro son muy ariscas.

—Yo le dije eso cuando nos las enseñó, y padre y madre se echaron á reir llamándome boba. ¿Y por qué se reirian y me llamarian así, si así lo he oido yo decir?

—Porque eres una inocente.

—¡Sí, inocente!

—Y tres más que lo eres. De las onzas de oro se dice que son muy ariscas, porque cuesta mucho el ganarlas y poco el gastarlas, que es tanto como decir que son ariscas para dejarse coger y para escaparse.

—¡Ah! ya lo entiendo. ¡Madre! ¡Cuánto más que yo sabes tú!

—Porque soy más viejo.

—Y tienes más picardías.

—Es verdad.

Conversando así, llegaron Miguel y Pepilla al molino. Unas cuantas mujeres reian y charlaban en la portalada, sentadas en las piedras viejas de moler, que servian de asientos, bajo un gran roble bravío, que en mi niñez era el asombro de las gentes que pasaban por allí, y cortado para árbol mayor de no sé qué ferrería, vi arrastrar su tronco por más de veinte parejas de bueyes.

En la salita del molino, ocupada en parte por las dos muelas y las dos tolvas que, por supuesto, estaban en plena actividad derramando cebera convertida en harina caliente y aromática, cada cual á su harinero, habia una hilera de zurrones de diferentes tamaños esperando vez, es decir, colocados por el órden en que habian de ir á la tolva, que era el órden en que habian llegado.

Miguel y Pepilla procedieron á colocar los suyos donde les correspondia.

—Al tuyo le toca ántes que al mio—dijo Miguel.

—¡Qué engañoso!—contestó Pepilla.—Si hemos llegado juntos.

—Las mujeres siempre llegan ántes que los hombres.

—Pero casi siempre se quedan las últimas—replicó la molinera, que estaba envasando harina.

Pepilla no entendió lo que la molinera queria decir; pero sí lo que decia Miguel, puesto que sonrió á éste con agradecimiento, y colocó su zurron el primero.

Los dos niños, pues de tales debo calificarlos, no tanto por su edad como por su inocencia, salieron á la portalada y se sentaron uno al lado del otro, en una media piedra molar, que era el único asiento que quedaba libre.

Ya se habian serenado lo suficiente para que, si la portalada hubiese sido el gabinete de un fotógrafo, éste les hubiese enderezado el objetivo, encargándoles que no se movieran.

Pepilla era una niña muy graciosa, con ojos azules, cútis blanco y sonrosado, y cabello como el oro. El candor que hemos podido notar en sus palabras armonizaba con el candor de su fisonomía.

En cuanto á Miguel, era tipo muy distinto: su cara era trigueña; su cabello, castaño; sus ojos, grandes, negros y vivos, y sus facciones, aunque enérgicas y expresivas, algo irregulares. Lo espacioso de su frente y el desarrollo de su cabeza indicaban que ésta no se habia hecho para pensamientos ruines. Dios, como arquitecto divino, no se parece á los arquitectos humanos, que suelen hacer jaulas muy grandes para pájaros muy pequeños.

La curiosidad es la pasion que más domina hasta que tocamos las rosadas puertas de la adolescencia, porque como entónces sólo entrevemos, es natural que deseemos ver.

Las mujeres, sentadas á la sombra del roble, hablaban mucho, y Pepilla y Miguel escuchaban como unos bobillos, particularmente la niña, que acababa de despachar una pera de donguindo, que Miguel le habia re-

galado, llevando el obsequio hasta mondársela con un cortaplumas.

Una mujer, jóven aún y bien parecida, entró en el molino y saludó muy alterada.

—Mujer, ¿qué es eso, que tan sofocada vienes?

—¡Madre! Qué desvergonzado es ese D. Roque el del Regato! ¡Con razon le llaman Alma-negra!

—¿Pues que te ha pasado con él, mujer?

—Que me ha encontrado y me ha sacado los colores á la cara.....

—Siempre habrá sido diciéndote cosas de enamorados.

—¡Madre! ¿Cosas de enamorados le llama V. á indecencias como las que me ha dicho?

—Mujer, cuéntanos algo de lo que ha sido, que aquí unas somos casadas, otras viudas, y las demas no estudian para monjas.

—Oye tú, Miguelillo, véte por ahí á enredar con la rojilla esa, que los chiquitos no deben oir la conversacion de las personas mayores.

Miguel y Pepilla se pusieron colorados, tomando, con razon, por reprimenda el consejo que se les daba, y se encaminaron juntos hácia el puente viejo, no sin oir decir á las mujeres que Miguelillo medraba sin vergüenza, y la rojilla iba espigando como si no quisiera quedar detras de él.

Yo no sé qué clase de prestigio tenía el puente para Miguel y Pepilla, si era el de monumento arqueológico ó artístico, ó era el de piedra de toque de la natacion; pero lo cierto es que hácia él se dirigieron sin vacilar

los dos muchachos, asidos cariñosamente de la mano, conversando con la picardía que vamos á ver:

—¡Jesus—decia Pepilla haciendo un delicioso mohin.—¡Qué coraje da que no la dejen á una oir lo que hablan, con pretexto de que es una chiquita! ¡Sí, chiquita!

—Pues sí que lo eres.

—Mira como te llego con la cabeza al hombro.

—Eso verdad es.

—¿Y no has oido que decian cuando partiamos de la portalada que tú estabas ya muy alto?

—Sí que lo he oido.

—Pues entónces te cogí, que yo sé una canta que dice:

> Marido y mujer hacen
> Buena pareja
> Si al hombro del marido
> La mujer llega.

—Ya, pero como tú no eres mujer mia.....

—De chanza sí que lo soy. ¿Y qué será lo que están contando de D. Roque?

—Yo no sé; pero ello ha de ser cosa mala.

—Han dicho que sería cosa de enamorados. ¿Y qué es eso, Miguel?

—Enamorados deben ser..... así á modo de novios.

—Ser novios ya sé lo que es; pero no es malo.

—¿A que no lo sabes?

—¡Sí, no que no! ¿No te acuerdas de aquel dia que

fuí con mi padre á ver al tuyo, y padre te dijo: «Miguelillo, aquí tienes á tu novia?»

—De eso sí me acuerdo; pero lo dijo en chanza.

—¡Sí, en chanza! Tú serás como *la* mi madre que le digo al llegar á casa: «Señora madre, yo soy novia de Miguel», y me contesta riendo: «Aun sois muy chiquitos para quereros.»

—Chiquitos somos, pero para querernos no importa.

—Yo á tí, sí te quiero.

—Yo á tí no—dijo Miguel sonriendo.

Pepilla hizo un pucherito poniéndose muy séria.

Miguel ciñó con el brazo su cabecita, acercándola á su pecho, y la niña sonrió de alegría.

En esto llegaron al puente, y se asomaron de pechos al pretil. El pretil era demasiado alto para que alcanzára á asomarse Pepilla; pero tenía un rebajo hecho por los muchachos, que, asomados allí, arrancaban piedras para tirarlas al agua, y aquel rebajo les vino de molde para asomarse, aunque era tan estrecho, que en cuanto cabian en él muy pegaditos los cuerpos de ambos.

Aquella cabecita rubia, á la vez inocente y pensadora, no estaba ociosa viendo al riachuelo de Labaluga incorporarse al caudaloso que tenía sus orígenes en Arcentales y Galdames.

—¡Qué contento irá el rio de Labaluga desde que se junta con el otro!—exclamó Pepilla.

—¿Por qué?

—Porque hasta juntarse con el otro, casi no valia nada, porque molia muy poco y le enturbiaban ganado y gente á cada instante pasando por él. Ahora, anda, que

le pongan rodetes de molino y verán si los mueve, y que se metan á trotar en él, y verán si lo consiente.

—Tienes razon. ¿No sabes tú la *canta* que compara á las mujeres y á los hombres con los arroyos y los rios?

—No, y eso que sé muchas. A ver, Miguelillo, enséñamela.

—Pues la canta dice :

Como el arroyo y el rio
Se juntan y van al mar,
Así la mujer y el hombre
Se juntan y al cielo van.

—¡Ay qué canta tan bonita! Tú y yo irémos tambien al cielo juntos, ¿no es verdad, Miguelillo?

—¡Dios lo quiera, Pepilla!

Y al decir esto, los ojos se le humedecieron á Miguel, y sintió como un deseo misterioso é irresistible de atraer hácia su pecho la cabecita rubia y sonrosada de la niña.

Miguel ya penetraba con algo más claridad que Pepilla en las tinieblas y misterios de la vida en que ambos daban los primeros pasos; pero áun así, no se daba razon clara y concreta de muchas cosas, tales como el encanto que para él tenía aquella inocente niña, y el temor que le causaba la idea de no seguir la jornada de la vida con ella.

Despues de contemplar el rio puente abajo, quisieron contemplarle puente arriba, y al efecto se asomaron al pretil de la otra banda, donde buscaron otro rebajo, no sé si para ver mejor ó para estar más juntos.

—¡Ay qué miedo!—exclamó la niña como acogiéndose á la proteccion de Miguel, al ver el agua, que puente arriba era muy sombría, tanto por su profundidad, como por quitar la luz los ribazos y el ramaje de las alisas laterales.

Con el movimiento que hizo Pepilla, una piedrecita se desprendió del pretil, y dando en las hiedras que revestian el arco del puente, derribó al agua un nido de pájaros tan perfectamente hecho, que quedó flotando boca arriba sin que el agua penetrára en él.

—¡Qué lástima de nido!—exclamó Miguel con verdadera afliccion al ver que el nido caia.

—Anda, que como es viejo nada importa.

—¿Pues no ha de importar, Pepilla? Cuando venga la primavera, vendrán á criar en él los pajaritos que le hicieron con tanto trabajo, y ya ves qué tristes se pondrán cuando no le encuentren! Figúrate tú que *los* tus padres contigo y tus hermanos se fuesen de casa una temporada, y al volver encontráran derribada la casa.

—¡Toma! eso es muy diferente.

—No, que es lo mismo.

—¡Anda, engañoso! ¿Qué tienen que ver los pájaros con los casados?

—Tienen que ver mucho; porque los pájaros, como casados son. Verás lo que yo observé la primavera pasada viniendo por aquí. Dos pájaros, que debian ser pájaro y pájara, venian cada uno con una hierbecita ó un poco de barro en el pico, é iban colocando muy bien entre la hiedras lo que traian, y cuando por casualidad se encontraban, ¡si vieras qué fiestas se hacian!

—Entónces será que los pájaros se quieren como las personas.

—¡Pues no se han de querer!

—¡Mira tú, y tan chiquititos como son! Mas grandes somos nosotros, y *la* mi madre decia que éramos chiquitos para querernos. ¿Y luégo qué hicieron el pájaro y la pájara?

—Otro dia, cuando volví, la pájara estaba guardando los huevos en el nido, y el pájaro vino trayéndole en el pico una cereza para que comiera.....

—Anda, como *el* mi padre cuando va con vena (1), que en Balmaseda compra algo y nos lo trae.

—Despues que le dió á la pájara la cereza, se hicieron los dos muchas fiestecillas, y el pájaro se fué volando, volando..... más contento! Volví otro dia, y el pájaro y la pájara ya tenian pajaritos que levantaban las cabecitas y abrian el pico llamando á los padres.....

—Haz cuenta que como nosotros, cuando los nuestros vienen de la villa y salimos á su encuentro llamándoles y preguntándoles qué nos traen.

—Los padres venian de cuándo en cuándo con comida en el pico, y se la daban y los acariciaban, y luégo iban á buscar más.

—Y los pajaritos, ¿qué hacian luégo?

—Ahora verás tú. Volví otro dia, y ya ni padres ni hijos estaban en el nido; pero noté que piaban pajaritos en las alisas del otro lado, y vi que eran ellos.

(1) A llevar vena de hierro á las ferrerías del valle de Mena.

—¿Y cómo los conociste?

—Los conocí por sus padres, que andaban con ellos sin duda enseñándoles á volar.

—¡Qué cosa, Miguel! ¡Lo mismo, lo mismo en todo que si fuesen personas! Ya ves tú, se quieren, hacen casa, se acarician, tienen hijos, les dan de comer, los enseñan..... Lo mismo, lo mismo que las personas. Y de los hijos ¿qué habrá sido?

—Se habrán ido por ahí á ganarse la vida.

—Como mi hermano Santiaguillo. Entónces, en los nidos de los pájaros pasa lo mismo que en nuestras casas.

—¿No te he dicho, tonta, que los pájaros se parecen á los casados?

—Es verdad que se parecen.

—¡No estais vosotros malos pájaros!—exclamó como preliminar de una ruidosa carcajada la vozarrona de don Roque del Regato, que se habia parado á escuchar la inocente conversacion de los niños, al otro lado del puente.

El arco de éste es un poco alto; de modo que desde el declive de un lado no se descubre el declive del otro. Como Miguel y Pepilla charlaban asomados al pretil casi sobre el estribo del lado del Arenao, no vieron llegar á don Roque, ni sintieron las pisadas del caballo que traia de la rienda, viniendo del llano de Ballibian, donde el camino en verano era todo una polvera, sin piedra alguna, hasta el repecho del puente.

Miguel y Pepilla se sobresaltaron y avergonzaron al oir á D. Roque, porque hasta el que nos oigan rezar nos

avergüenza cuando creemos que no nos oia nadie y nos encontramos con que nos oian.

Pepilla no conocia á D. Roque, pero Miguel sí le conocia, porque subiendo por el ganado hasta Escachabelza le habia visto divertirse viendo cómo las águilas se llevan los corderos y los cabritos, y los muchachos del Regato, con quien Miguel solia juntarse allí, le habian contado horrores de D. Roque, á quien llamaban Almanegra.

Don Roque asomó por lo alto del puente, con el brazo metido en la brida del caballo.

—¡Hola, muchacho! ¿Conque esa rojilla es tu novia?—preguntó á Miguel.

Miguel bajó la cabeza avergonzado y no contestó.

—Muchacho, ¿te has dejado la lengua en casa?

Miguel se puso encendido, no de vergüenza, sino de rabia por el tono con que D. Roque le preguntaba.

—¿De quién eres, rojilla?—añadió D. Roque dirigiéndose á la niña con una sonrisa que ésta creyó benévola, pues se apresuró á contestarle:

—De Antonio el del Castañar.

—Cuando tengas siquiera un par de años más, tengo que decirle á tu padre que te ponga á servir en mi casa.

—Ésta no necesita ponerse á servir en casa de V. ni en la de nadie—replicó, por fin, Miguel, no pudiendo ya resistir el enojo que la conversacion de D. Roque le causaba.

—¡Hola! ¿Ya has recobrado la lengua? Anda con cuidado, muchacho, que puede que yo te la corte.

Pepilla se asustó del tono y del airado semblante con

que D. Roque hablaba y miraba á Miguel, y exclamó queriendo escapar:

—Miguel, vámonos que este señor es malo.

—Espera que yo te pille—dijo D. Roque haciendo un rápido movimiento como para cogerla.

El caballo alzó con tal violencia la cabeza, al sentir el tiron de la rienda, que inclinó hácia atras á D. Roque, y resbalando éste con motivo de aquella inclinacion y la del terreno, cayó de espaldas cuan largo era, prorumpiendo en blasfemias y sucias interjecciones.

Las riendas del caballo, que eran de correas fuertes, se habian corrido al sobaco de D. Roque, y como éste no pudiese desembarazarse de ellas, porque al caer se habia lastimado el brazo lo bastante para que apénas pudiera moverle, se hallaba en inminente peligro de que el caballo le arrastrase ántes de que consiguiese levantarse.

Miguel comprendió este peligro al ver que un nuevo tiron del caballo arrancó una nueva blasfemia á D. Roque, y empezó á arrastrarle; y sacando rápidamente del bolsillo el cortaplumas, cortó las riendas, con lo que el caballo retrocedió, saliendo á escape hácia el llano de Ballibian.

Pepilla, aturdida y asustada, habia corrido, no hácia el molino, sino hácia el lado opuesto, como si por instinto fuese á pedir amparo á su madre, que estaba hácia aquel lado, y Miguel, una vez libre de todo peligro don Roque, no pensó más que en correr tras ella para tranquilizarla.

Ambos se detuvieron en la calzada, más arriba de la venta, donde empieza la subida del Cobijon, y desde

allí vieron á D. Roque levantarse, cerciorarse de si conservaba en el bolsillo interior del chaqueton el *gato*, é ir renqueando hácia el llano de Ballibian.

Por lo visto, el caballo se habia detenido cerca, pues D. Roque, casi inmediatamente que desapareció en el robledal, volvió á aparecer trayéndole de la rienda.

Pasado el puente, entre el rio y el cerro, hay una senda que sube rio arriba por frente del molino del Arenao, con direccion á Galdames.

Por allí tomó D. Roque á pié, y por allí hubiera tomado ántes á no hacerle torcer camino la curiosidad y la malevolencia.

Conforme tomaba la orilla del rio vió á los pobres muchachos, todavía no libres del susto que les habia causado su brutalidad, dirigiéndose hácia el molino, y saludó á Miguel blandiendo la mano abierta en señal de amenaza.

El de alma negra amenazaba al de alma blanca. ¡Ay, tan antiguo es ya esto, que data de los tiempos de Caín y Abel!

VI.

La ferrería y el molino de Ballibian, que habian gustado mucho á D. Roque, á juzgar por el buen humor con que venía de verlos cuando, como cae el asqueroso limaco en la perfumada y purísima rosa, cayó en el ino-

cente y hermoso idilio infantil del puente del Arenao, no fueron para él, porque D. Roque andaba á caza de gangas, y los Salazares de los Ribas no quisieron proporcionarle aquella á que apuntaba.

Los rumores de próximas quiebras de algunas casas de comercio de Bilbao continuaban, y entónces D. Roque determinó recoger el capital que tenía en una de la misma villa, para esconderle siete estados bajo de tierra, miéntras no se le ofrecia ocasion de darle empleo lucrativo y seguro, como el que habia esperado darle comprando la ferrería y el molino de Ballibian.

Era una tarde del invierno inmediato, que se habia anticipado con una nevada de las mayores que se conocian en el litoral cantábrico, donde apénas cuaja la nieve, como no sea en las alturas. Si la crudeza del tiempo tenía contristados á los vecinos del Regato porque sus ganados, y particularmente las ovejas y cabras, rabiaban de hambre, no pudiendo pastar más que en el fondo del estrecho valle, puesto que los montes estaban hacía algunas semanas cubiertos de nieve, á D. Roque le tenía aquella crudeza muy contento, porque, como las águilas no encontraban presa en las alturas, se cernian contínuamente sobre el valle en acecho de ella, y D. Roque se divertia grandemente todos los dias, viendo cómo arrebataban en sus garras todo corderillo, cabrito, perrillo ó gatito, que al efecto colocaba en los poyos de mampostería de la puerta de su casa.

Don Roque, montado en su caballo y provisto de su escopeta, iba de Bilbao, vallecito arriba. No dejaba de llamar la atencion de los vecinos que le veian pasar

que llevase la escopeta, y ademas asomase la culata de una pistola en cada una de las pistoleras de la silla, pues nunca tomaba aquellas precauciones cuando iba á Bilbao, que apénas distaba dos leguas de su casa, por camino contínuamente poblado.

Algo que pesaba mucho debia traer de Bilbao Almanegra, pues miéntras con una mano regía la rienda del caballo, con la otra aguantaba el peso de una de las solapas de la zamarra.

Al llegar á la puerta de su casa, se apeó del caballo, y sacando del bolson interior de la zamarra el consabido *gato*, que entónces aparecia más inflado y pesado que nunca, le colocó sobre uno de los poyos, miéntras aflojaba la cincha del caballo, desenganchaba la escopeta y recogia las pistolas, cuya operacion esperaba la criada en el portal, para llevar el caballo á la cuadra.

De repente, oyó D. Roque á su espalda un ruido que, á pesar de ser extraño para otros, no lo era para él, y dando un grito de espanto, se volvió hácia el poyo donde habia puesto el *gato*.

El *gato* no estaba ya en el poyo y sí entre las garras de una águila enorme, que se remontaba con él por el espacio!!

Don Roque, en el colmo del espanto, tomó apresuradamente la escopeta, apuntó al águila y disparó; pero el águila continuó remontándose con su presa, indudablemente sin que le hubiera tocado la bala.

El contenido del *gato*, en onzas de oro y en documentos pagaderos al portador, constituia todo el capital que quedaba á D. Roque.

Este, desesperado, loco, furioso, blasfemando y renegando de todo lo divino y lo humano, tomó la escopeta y se dirigió hácia la montaña donde con preferencia solian posarse las águilas, y donde tantas veces se habia divertido brutalmente viéndolas arrebatar los corderillos expuestos por él á su rapacidad y voracidad sobre la peña blanca, á cuyo pié las inocentes ovejas los llamaban dolorida é inútilmente.

La noche cerró, y pasaron horas y horas; amaneció, y D. Roque no habia vuelto. Algunos vecinos de Tellitu creyeron haberle distinguido sobre la peña blanca, á la claridad que destellaba la nieve que cubria la montaña.

Los mismos vecinos, movidos de compasion, á pesar de que habia hecho tan poco por merecerla, subieron al monte en su busca, creyendo que habria caido en el camino aterido de frio. Por largo rato reconocieron sus pisadas en la nieve helada y dura, y por último, notaron que, descendiendo á la hoyada de Escachabelza, se dirigian al borde de la sima, y allí desaparecian.

Cuando estaban pensando si se habria precipitado á aquel abismo, vieron venir á un vecino de Urállaga, que atravesaba el monte para descender al Regato, y habiéndole salido al encuentro y preguntádole qué habia de nuevo por Urállaga, les contestó que habia una gran novedad: la de haber corrido aquella mañana de color de sangre el torrente de la cueva de la Magdalena.

Ya no quedaba duda de que Alma-negra, desesperado de no dar con el tesoro que le habia arrebatado el águila, se habia precipitado voluntariamente en aquella profunda sima y héchose pedazos en su fondo!

Habia por aquel tiempo en Escáuriza, barrio principal del Regato, un cura muy bueno y muy aficionado á la caza, que tenía la obligacion de decir misa en la ayuda de parroquia de San Roque, situada en el mismo barrio.

Un dia, despues de andar de caza en el monte, fué recorriendo las casas de los vecinos á quienes Alma-negra habia arruinado con pleitos, y repartió entre ellos gran cantidad de onzas de oro, diciéndoles que era un encargo que se le habia hecho bajo secreto de confesion.

Todo esto es misterioso, oscuro y casi inverosímil; pero es lo más claro y verídico que yo he podido averiguar de aquel Alma-negra de quien mi madre hablaba, señalándome hácia la tenebrosa caverna de la Magdalena de Urállaga, cuando corria mi dichosa y crédula infancia en las estribaciones de las montañas del Oeste.

EL POPULACHO DE MADRID.

EL POPULACHO DE MADRID.

El populacho de Madrid, que yo conocí y estudié desde 1840 á 1850, no era ya el que volví á conocer y estudiar desde 1873 á 1876. Si D. Ramon de la Cruz, que murió á fines del siglo pasado, hubiera resucitado á mediados del presente, áun hubiera podido reconocer en el populacho de Madrid aquel que tan magistralmente retrató en sus inmortales cuadros de costumbres, calificados de sainetes. Unicamente hubiera echado de ménos á los abates, y no lo hubiera sentido, porque les tenía mala voluntad, y si eran tales como él los pintó, lo merecian.

Todavía en los primeros tiempos que yo pasé en Madrid era poco ménos que imposible transitar por los barrios bajos decentemente vestido, sin ser objeto de las burlas de la manolería, que, cuando más benévola se mostraba con el transeunte, le obsequiaba con coplas como ésta:

Un señor de *levosa*
Se me ha *perdio;*
Le he puesto en el *Diario*,
No ha *parecío*.

El populacho de Madrid tiene horror á la *d* en las terminaciones, y á la *ll* en todas partes, por lo que suprime la primera y convierte en *y* la segunda.

Los zapatos bajos con galgas ó cintas negras cruzadas pierna arriba; la media calada blanca; la saya hasta la pantorrilla; el pañuelo de crespon amarillo anudado en la espina dorsal; las mangas de jamon; el delantalito de raso ó sarga; el pelo en rodete; la peineta cuadrada y alta, y la mantilla estrecha, casi cubierta de terciopelo, constituian el traje de las mujeres.

Y el de los hombres le constituian el pantalon de campana, extremadamente ajustado de la pantorrilla arriba; la faja ó ceñidor de seda; la chaquetilla corta; el chaleco con mucho escote y muchos botones; el cuello de la camisa vuelto, bajo y mal sujeto con pañuelo de seda en forma de corbata, y el sombrero calañes ó la gorrilla de paño, siempre de medio lado.

Lo de la navaja en la liga, de que tanto han hablado los franceses, no he llegado yo á conocerlo, aunque era necesario ser ciego para no ver si la llevaban ó no las manolas, particularmente cuando subian á las calesas para ir á los toros; pero en cambio no les faltaba á algunas en el seno, ni á muchos en el bolsillo interior de la chaquetilla.

El retintin del populacho de Madrid, acompañado de torceduras de hocico y encogimiento de nariz, era capaz de hacer perder la paciencia á un santo. Su aficion al equívoco paranomásico rayaba en lo increible, por más que le usase casi siempre forzadísimo y sin gracia.

Entre los muchos apuntes que conservo en un librito que siempre llevaba yo conmigo, acompañado de lápiz,

cuando me dedicaba á estudiar á las gentes de Lavapiés, el Barquillo y Maravillas, para no trazar á buen tun tun los cuadros de costumbres que incluí en *El Libro de los cantares*, encuentro las siguientes notas de equívocos paranomásicos:

El populacho de Madrid, para llamar bruto á una persona, exclama: «¡Ay qué *bruto* me ha *salio* en el pescuezo!» Y con fin análogo dice: «*Macho* usté reir», ó «¿Es usté *rocin venío?*», ó «¿Es usté corto de *bestia?*», ó «*¿Asnotao* esto?» ó «¿Has estudiao en la *brutarinaria?*» Para decir una insolencia al que le hace una pregunta que no es de su gusto, contesta, volviendo vista y mano á la cadera: «Pregunte usté al *regolver.*» Cuando se le pregunta dónde vive y no quiere decirlo, responde: «*Nabajáa* e Santo Domingo.» Para mostrar su incredulidad, murmura, frunciendo la nariz como para olfatear: «¡Ya lo huelo!» ó «*Puñaa* se ve que sí.» Creyendo decir una gracia, dice: «Oiga usté una *patáa* al oido.» Y, por último, es tan nimiamente rebuscador de peranomasias y equívocos, que pretende llamar borracho usando del plural en vez del singular cuando despide á una sola persona, y cuando vende agua en las riberas del Manzanáres se consuela de la mala venta pretendiendo llamar cabras á las lavanderas, por medio de esta desdichada pregunta: «¿*Cabrais* comío que no bebís agua?», ó llamarles otra cosa peor diciéndoles: «Que no andeis en *desputas*»; ó simplemente gritándoles: *¡Toas!*, lo que las lavanderas parecen comprender perfectamente, puesto que les responden muy quemadas: «*Cabroncao* vas!» ó «*Venaonde* nosotras.»

Ya el populacho de Madrid apénas conserva rastro de lo que eran la manola y el manolo, que se han hecho señoritos *cursis*, que van al café en lugar de ir á la taberna, y procuran imitar en el lenguaje, en las maneras y en el vestir á la gente fina, de quien ántes se burlaban y de quien son verdadera caricatura. En la forma parecen mejores que ántes, pero en el fondo son peores. Hasta han perdido el nombre de *manolos*, pues ahora se les da el de *chulos*, sin duda importado de Andalucía, cuyas importaciones encuentran fácil acogida en Madrid de algunos años á esta parte; pues ántes eran poco ménos que desconocidos el *lo* en lugar del *le*, el *palmas* por palmadas, el *flamenco* por caló, y otra porcion de palabras y modismos puramente andaluces, y áun catalanes, como el «en aquel entónces», que no entendiera Don Ramon de la Cruz. En lo que el populacho de Madrid no se aviene á imitar á la gente fina es en la omision del artículo *la* al nombrar á las mujeres, que para él continúan irremisiblemente siendo *la* Pepa, *la* Juana, *la* Antonia, etc.

Lo que ha contribuido mucho á despojar de su fisonomía peculiar y propia al pueblo bajo de Madrid es la gran afluencia de forasteros de casi todas las provincias de España, que, particularmente de cuarenta años á esta parte, han duplicado los habitantes de aquella poblacion.

Madrid es ya un punto donde se reunen españoles de todas partes. Los madrileños castizos están en gran minoría en Madrid, donde la mayor parte de la gente que allí vive habla de *su pueblo*, sin que este pueblo sea aquel donde vive más ó ménos temporalmente.

Durante la última temporada que yo pasé allí, escribí un libro titulado *Madrid por fuera.* Antes de escribirle, hice una porcion de viajes de circunvalacion de la Córte, para estudiar el asunto, y en uno de estos viajes tuve la humorada de perder de vista á Madrid, para averiguar si los *paletos* de los pueblos comarcanos habian perdido su fisonomía, como los manolos de la capital, y me encontré con que han perdido el buen fondo y conservan la mala forma, hasta en el lenguaje, que les hace llamar *caldo* al cardo y *cardo* al caldo.

Si de lo que he dicho del populacho de Madrid álguien ha entendido que allí no hay pueblo sencillo, honrado, respetuoso y humilde, ha entendido un disparate: en Madrid, como en todas partes, hay lo que dicen que hay en la botica.

ARTE DE AYUDAR LA MEMORIA.

ARTE DE AYUDAR LA MEMORIA.

Entre la memoria y el entendimiento hay tal correlacion, que sin el concurso de ambos es imposible la generacion intelectual, como lo es la generacion animal y áun la vegetal sin del concurso del macho y la hembra. Desde tiempos muy antiguos se conocen ciertos mecanismos intelectuales, que tienen por objeto ayudar la memoria, y se designan con un nombre cuyo sonido es *Mnemotecnia*. Nuestro compatriota D. Pedro Mata escribió un tratado en que se explican estos medios; pero siendo, como son, demasiado complicados para que yo intente explicarlos en un artículo de tan cortas dimensiones como las de éste, voy á elegir el que me parece más sencillo y útil, el más explicable y el más al alcance de toda persona, y lo voy á explicar todo lo clara y prácticamente que se me alcance. Este medio es el llamado de las *localidades*, y de él suelo yo hacer uso con mucha frecuencia y con excelentes resultados, no precisamente como en los tratados se prescribe, sino reformado á mi manera y adaptado á mis gustos y capacidad.

Por supuesto, que el arte de ayudar la memoria emplea para conseguir su fin infinidad de medios adapta-

dos al entendimiento de aquel á quien se aplica. ¿ De qué medio les parece á ustedes que se vale para ayudar la memoria, por ejemplo, de los burros de cuatro patas (hay muchos que no tienen más que dos)? Si se quiere que el burro en que montamos pase siempre corriendo por determinado sitio, no bastará decirle: «Siempre que pases por aquí pasarás corriendo», porque no se le quedará en la memoria la advertencia; pero si una vez al pasar por aquel sitio le damos una buena tunda de varazos, siempre que pase en los sucesivos, se acordará de la advertencia y pasará á escape.

Una tarde llegué yó á una de la aldeas más retiradas de Vizcaya, con ánimo de pasar allí una semana, y apénas llegué, mi primera operacion fué enterarme del nombre de las caserías que constituian el nombre de la aldea, compuesta de veinte ó treinta, dispersas en el espacio de media legua. El cura, el maestro y algun otro vecino me acompañaban, y segun me iban diciendo los nombres de las caserías y de las principales localidades, iba yo fijando en mi memoria aquellos nombres por medio de la mnemotecnia.

El dia siguiente era domingo, y ántes de misa, todos los vecinos se reunieron en el campo de la iglesia, desde donde se descubria toda la jurisdicion de la aldea. Yo me reuní con ellos, y con ellos trabé conversacion, que recayó precisamente sobre las buenas ó malas condiciones de situacion que tenía cada localidad. Los aldeanos empezaron á asombrarse de que supiera el nombre de todas aquellas localidades, á pesar de haber llegado la tarde anterior y no haber estado allí nunca hasta entónces.

—¡Cómo! — me preguntó el cura — ¿sabe V. los nombres de todas las caserías y todos los sitios?

—Porque se le pregunté ayer tarde á VV., al pasar revista á la aldea.

—Es verdad—dijo el maestro—que nos le preguntó V.; pero eso no es razon para que recuerde V. todos los nombres con la exactitud con que los recuerda, ni áun teniendo V. una memoria asombrosa.

—No la tengo, pero la suplo por medio de una operacion mecánica del entendimiento.

—¡Qué operacion ni qué calabazas, si no hay ninguna que baste á fijar en la memoria tantos y tan diferentes nombres, sin haberlos oido más que una vez!

—Pues les voy á probar á VV. que la hay. Tome usted, señor maestro, mi cartera; escriba en ella cien nombres, los más raros é incongruentes que se le ocurran; arranque la hoja sin que yo la vea, léamelos lentamente, y verá V. cómo se los repito todos, por el órden en que V. me los haya leido, y las veces que usted quiera, lo mismo al reves que al derecho, y lo mismo esta mañana que esta tarde ú otro dia.

—Eso es imposible.

—Pues ahora verán VV. que no lo es.

Así diciendo, di la cartera al maestro, y este escribió, no cien nombres, sino sólo veinte, porque dijo, y todos convinimos en ello, que para la prueba, veinte bastaban.

Escritos por el maestro veinte nombres, que enseñó á cuantos vecinos quisieron leerlos para sí, me los fué leyendo, é inmediatamente que terminó la lectura, se

los repetí, dos ó tres veces seguidas, sin la menor vacilacion.

El asombro de todos los presentes fué superior á toda ponderacion, y ni áun les ocurrió preguntarme cuál era el arte de que me habia valido para retener aquellos nombres, porque creian que no habia tal arte, sino una memoria prodigiosa de que Dios me habia dotado.

Aquel asombro se repitió despues de misa, cuando les repetí, sino textualmente, en sustancia, todo el sermon que el señor cura habia predicado y yo habia ido fijándole en la memoria á grandes períodos.

Aquella tarde, al dia siguiente, y todos los dias que permanecí en la aldea, nuevos asombros de los aldeanos, sin excluir al señor cura, ni al maestro, y nuevas pruebas de mi gran memoria, que ellos confundian con un gran entendimiento, cosa que mortificaba mi conciencia, pues si no gusto de que se me niegue el poco entendimiento que Dios me ha dado, como se me niega con frecuencia, y muy particularmente en el pueblo de mi hogar y por tanto de mi predileccion, tampoco gusto de que se me atribuya el que no tengo.

Cuando me iba á despedir de la aldea el domingo siguiente, y me hallaba reunido tambien con todos los aldeanos en el campo de la iglesia, la conciencia me aconsejó que no los dejára en el error en que estaban acerca de mi talento.

—Ahora, les dije, verán VV. que no es necesario tener memoria prodigiosa, ni gran talento, para retener los nombres é ideas que he retenido y tanto han asom-

brado á ustedes. Se toma mentalmente cierto número de *localidades* que á uno le sean familiares ó muy conocidas, y en el momento de oir el nombre ó la idea que se quiere retener, se relaciona con una de aquellas localidades, por medio de una operacion instantánea y tambien mental, y el nombre ó la idea quedan fijos en la memoria.

—Eso, D. Antonio, me replicó el maestro, está bastante oscuro, y es menester que V. lo aclare un poco para que lo entendamos.

—Pues veré de aclararlo prácticamente. Cuanto más extravagante sea la relacion que uno establece mentalmente entre la localidad y la idea, mejor se fija ésta en la memoria. Las localidades que yo uso para estas operaciones mnemotécnicas son los edificios que en el pueblo de mi naturaleza se extienden á una y otra orilla de la carretera que la recorre. Vean VV. cómo mnemotecnicé hoy hace ocho dias los nombres que V., señor maestro, me leyó, y así comprenderán tambien cómo luégo hice análoga operacion con los períodos fundamentales del sermon del señor cura, cada uno de los cuales fuí concretando en una palabra ó frase.

Cristo : una casa (la primera, pues se sigue el órden correlativo), donde vive uno que es capaz de engañar á Cristo padre con su fingida piedad y hombría de bien.

Júdas : una casa donde vive uno que ha pertenecido á todos los partidos y los ha vendido á todos.

Saturno : la casa donde vivia una mujer que se comia á sus hijos á besos.

Santiago : la casa donde vive un hombre muy bata-

llador en los tribunales, de donde, aunque no tenga razon, vuelve en caballo blanco.

EL PROFETA DAVID : la casa donde vive uno que tiene mucho talento, y es tenido por tonto, por aquello de que nadie es profeta en su patria.

ZOILO : una casa donde me mordió un perro furioso porque no podia hacer las habilidades que hacia yo.

EL GRAN CAPITAN : la casa donde vivia un ex-alcalde que presentó las cuentas del Gran Capitan.

VERDI : la casa donde vive un hombre que ha hecho mucho ruido en el mundo.

MARÍA SANTÍSIMA : la iglesia parroquial de esta advocacion, á cuya sombra descansan mis antepasados.

MAHOMA : la casa de uno que hablaba mal de los cerdos y comia tocino aunque fuera en Viérnes Santo.

EL REY QUE RABIÓ : la casa donde vivia uno que siempre estaba rabiando por ser rey, ó séase alcalde del pueblo.

PERICO EL DE LOS PALOTES : la escuela donde aprendí á hacerlos.

MARI-CASTAÑA : la casa donde vivia uno cuya opinion era que en el siglo XIX debiamos vivir como en los tiempos de Mari-Castaña.

EL MORO MUZA : la casa de un cristiano que habia tarifado con su mujer.

EL BOBO DE CORIA : la casa de uno que creia en el patriotismo y el desinteres de los políticos de oficio.

CERVÁNTES : la casa de una mujer que tenía un devocionario titulado *El Libro de oro.*

CICERON : la casa de una muchacha que tenía ojos muy habladores.

Galeno : la casa de uno á quien llamaban de apodo *casualidades*.

Ya ven ustedes —añadí— que no se necesita gran memoria, ni gran entendimiento, para retener los nombres y las ideas que yo he retenido.

—Verdaderamente—dijo el maestro—que eso, sabiéndolo, no tiene mérito ninguno.

—Y por tanto, convendrán VV. en que no tengo más mérito que el de habérselo enseñado á ustedes.

—Es verdad, y ni áun eso tiene mérito sabiéndolo.

—Cierto, señor maestro, que sabiéndolo no tiene mérito lo que V. y yo enseñamos, sobre todo para ciertas gentes.

Poco despues me ausenté de la aldea, y valiéndome de la mnemotecnia fijé en mi memoria la siguiente sentencia de un filósofo escéptico : «Enseñar la ciencia es tanto como enseñar los codos.»

EL REGATEO.

EL REGATEO.

El regateo de que voy á hablar un poco no es el que ejercian los romanos en sus naumaquias, no sé con qué nombre, y nosotros ejercemos en nuestras bahías con el de regatas: es el regateo mercantil, que se ejerce donde quiera que se vende y se compra algo.

El arte del regateo tiene en algunas comarcas, y para algunas gentes, por ejemplo las pasiegas, categoría de instruccion primaria. Á una pasiega que buscaba hipérboles para encarecer á otra lo adelantado que estaba un hijo suyo de seis años, he oido yo decir: «En fin, con decirte que sabe ya regatear, está dicho todo.»

Para apreciar la moralidad del regateo mercantil, hacen mucha falta conocimientos de que yo no soy dueño: hace falta, por ejemplo, haber estudiado derecho y moral, que á mí sólo me han explicado el sentido comun y el instintivo amor á lo recto y justo.

En mi concepto, el regateo mercantil es un acto contrario á las leyes naturales é indeclinables de la moral y la justicia. Y al leer esto, no se dé por ofendido y,

por tanto, se indigne ninguno de los que venden y compran, que somos todos, ó casi todos, los que constituimos la vida social; si delinquimos con el regateo, delinquimos inconscientemente, porque nunca nos habia ocurrido que hubiese inmoralidad en una costumbre que nació con el género humano, y nosotros encontramos considerada como equitativa, decente y justa.

Digo que el regateo casi nació con el género humano, porque estimo digno de tal nombre el acto más notorio de la vida de nuestros primeros padres Adan y Eva; nombre de regateo merece aquello de la manzana en que, ántes de hincar á ésta el diente Adan, debió de haber algo parecido á lo que ántes de hincársele yo á la que compro en la plaza hay entre la frutera y yo.

Y áun prescindiendo de aquel acto de nuestros primeros padres, algun otro debian éstos ejercer que se preste aún más á ser designado con el nombre de regateo; por ejemplo, éste:

EVA: ¡Ay que castañas tan ricas! Dame un puñado de ellas, Adan.

ADAN: No, que me ha costado mucho el cogerlas, pues subiendo por ellas á lo más alto del castaño, me he puesto como un Adan, y á poco más me desnuco (Adan mentia, pues no le habian costado más trabajo que el cogerlas del suelo adonde las habia derribado, la noche anterior, el viento del Sur, que en Vizcaya llamamos castañero, por que su cálido soplo abrevia la madurez de las castañas).

EVA: ¡Anda, no seas roñoso!

ADAN : Te digo que no puedo darte ni una, porque me ha costado caro el cogerlas.

EVA : Pues mira, si me las das, yo te daré otra cosa.

ADAN ¿Qué me vas á dar?

EVA : (Poniéndose coloradita, aunque Adan era su marido) te daré un beso.

ADAN : Pero me le has de dar chillado, como los que das á Cainito.

EVA : No, chillado no.

ADAN : Ha de ser chillado, y si no, no pruebas las castañas.

Eva, viendo que no habia otro remedio, compró las castañas por un beso chillado.

Aquí hubo ya regateo, y lo que es más, regateo un tanto inmoral, porque Adan habia adquirido las castañas bastante baratas pará darlas aunque fuese de balde, y suponiendo que las habia adquirido á mayor costa, las vendió por un beso chillado, que no valian, porque los besos así, que son los que dan las madres á sus hijos, chillando como unas loconas, deben saber á gloria.

Es, pues, el regateo casi tan antiguo como la humanidad; y si con él cometemos nosotros un acto inmoral, le cometemos inconscientemente, pues no hacemos más que seguir una costumbre que hemos encontrado establecida y exenta de toda sospecha de inmoralidad.

Pero habiendo progresado la humanidad tanto que, al llegar á nosotros, cree haber llegado á la cúspide del progreso, la humanidad tiene el deber de aplicar el prévio exámen á todos sus actos, para averiguar si son

ó no morales y, por tanto, lícitos; porque eso de seguir ciegamente la rutina, sería muy justo y lógico ántes de venir al mundo nosotros, pero ahora no puede serlo. Al examinar yo si el regateo mercantil es ó no moral, no hago más que cumplir aquel deber.

Mi vecino pone una tienda y dice: «¿Qué debo hacer yo ahora para ser comerciante honrado? Averiguar el tanto por ciento que he de ganar honradamente en los géneros, y por honradamente entiendo ganar lo que estrictamente corresponde á mi trabajo y al riesgo que corre mi capital. Ya está hecha esta averiguacion: debo ganar un diez por ciento. Con arreglo á esta averiguacion, anoto el precio de venta en los géneros; pongo en el establecimiento un letrero que diga: PRECIOS FIJOS, y no pido un céntimo más, ni vendo un céntimo ménos.»

Esto hace mi vecino. Veamos lo que hago yo:

LA PARROQUIANA: ¿Á como es la vara de este percal?

YO: A cinco reales, señora. (Puedo dársela aunque sea á tres, pues áun así gano un diez por ciento, pero á ver si á esta *perroquiana* le sacamos un veinte.)

LA PARROQUIANA: ¡Jesus, que carero es usted!

YO: ¡Señora, por Dios no diga V. eso! Hágase usted cargo de la clase del género.

LA PARROQUIANA: Ya me lo he hecho. Á tres reales le pago á V. el percal, que no vale más.

YO: No puede ser, señora, porque me cuesta más de eso. Á cuatro y medio se lo pondré á V., y no tiene usted que hablar.

LA PARROQUIANA: No doy más que tres y medio.

Yo : No puede ser, señora; me cuesta á mi algo más. Lo último, lo último á que puedo ponérsela á V. es á cuatro, y áun así no gano un céntimo.

La Parroquiana : Siempre se han de salir ustedes con la suya. Vamos, mídame V. diez varas y no se corte los dedos.

He sacado á la parroquiana un diez por ciento más de lo que honradamente le hubiera sacado mi vecino.

Ya me pesa no haber dado á este artículo el título de *Apología del precio fijo.*

Miedo me da entrar en ciertas comparaciones; pero el regateo, y otras industrias que las leyes y la conciencia universal reprueban indignados, se prestan á comparaciones como las que acabo de hacer entre el proceder de mi vecino y el mio. Por eso, porque me da miedo, al echar públicamente estas parrafadas no soy más explícito, y me contento con iniciar una cuestion que no he visto iniciada por otros. El que sea ménos encogido ó más descarado que yo, hable ó escriba sobre ello con más libertad y franqueza.

Entre el que detras de un mostrador, teniendo por armas la soltura de su lengua y la cortedad de genio del comprador, saca á éste doscientos reales en lugar de cien, y el que en otra parte, y valiéndose de otras armas, llega á idéntico resultado, hay materia para una comparacion que favoreciese más que al primero al segundo, y en que yo no me atrevo á meterme.

En resúmen de lo que pienso del regateo mercantil y de lo que he dicho ó más bien he balbuceado tímidamente, el regateo mercantil, mirado legal y socialmen-

te, es honrado y lícito, pero mirado filosóficamente es todo lo contrario.

A ver, señores filósofos, si ejercitan VV. un poco sobre este tema la facultad intelectual que Dios les ha dado á VV. tan á manos llenas, como á mí á manos vacías, y sacan el problema del pantano en que yo solo he conseguido ponerle á flor de agua.

VILLA Y VILLE.

VILLA Y VILLE.

Apénas hay en España capital de provincia en que no haya algun establecimiento mercantil en cuya muestra no se lea *la* ó *á la villa de París*, Marsella, etc., lo que es efecto de suponerse que el *ville* frances corresponde al *villa* castellano. La opinion general está en favor de esta correspondencia, por la única razon de la eufonía, y esa misma opinion debe dominar en Madrid, donde abundan los establecimientos en cuya muestra se lee: «Á la villa de París», «Á la villa de Marsella», «Á la villa de Nántes», «Á la villa de Nancy», etc. Esto de «Á la», ó «Al» (observado sea de paso) es un galicismo, por no decir un barbarismo, y en verdad no nos debe causar gran extrañeza en las capitales de provincia, cuando en el mismo Madrid, asiento de la Academia encargada de fijar, limpiar y dar esplendor en punto al lenguaje, se bautizó oficialmente una calle con el calificativo de *Boulevard*.

Por más que la opinion dominante sea que el *ville* frances corresponde al *villa* castellano, debo decir que esa opinion se equivoca de medio á medio. El *ville* frances corresponde al *ciudad* castellano, y en apoyo de esta

opinion mia, viene todo lo que constituye autoridad en materia de lenguaje.

La Academia Española de la Lengua no resuelve la cuestion directamente, pero la resuelve en sentido oblícuo, pues al nombrar á París, á Marsella y otras poblaciones francesas, que en frances se califican de *ville*, las califica no de villas, sino de ciudades. Por ejemplo, dice que *parisiense* es lo que pertenece á la *ciudad* de París, y *marselles* lo que pertenece á la *ciudad* de Marsella.

Don Vicente Salvá, cuyo Diccionario frances-español, y vice-versa (frances-castellano se debiera llamar, pues sólo comprende la lengua castellana, y en España hay más lenguas que ésta), tiene gran autoridad, define la palabra *ville* por «*ciudad*, reunion de muchas casas colocadas en órden, formando calles, y generalmente rodeadas de una cerca comun», y añade que la frase «Etre á la ville», corresponde á «Estar en la ciudad».

Algunos alegan en favor de la correspondencia del *ville* frances al *villa* castellano, que en la lengua francesa existe la denominacion de *cité*, equivalente á ciudad. Es verdad que existe, pero no con tal equivalencia. El citado Salvá dice que el nombre de *cité* sólo se usa en estilo poético ú oratorio, y fuera de estos casos se dice *ville*. *Cité*, segun él, es el centro de una ciudad, dónde suelen estar la catedral, el palacio ó la antigua poblacion. Richelet, cuyo Diccionario es tambien muy autorizado, viene á decir lo mismo. En frances no existe calificativo que corresponda exactamente al nuestro de *villa*, y sí sólo uno aproximado, que es el de *petite ville* ó pequeña ciudad.

Villa, en concepto de nuestra Academia de la Lengua es « la poblacion que tiene algunos privilegios con que se distingue de la aldea », y *ciudad*, poblacion comunmente grande, que goza de mayores preminèncias que las villas. » La Academia añade que algunas ciudades son cabeza de reino y otras tienen el título de ciudad por privilegio.

Hoy que la capital de España, á pesar de esta capitalidad, y de ser en número de habitantes la primera poblacion del reino, sólo tiene la categoría de *villa*, es dudoso que las ciudades gocen de mayores preeminencias que las villas. En Vizcaya mismo tenemos una prueba de lo legítimo de esta duda, pues Orduña es ciudad con menor número de habitantes que algunos municipios que ni siquiera tienen la categoría de villas, y Bilbao, cuyo vecindario viene á ser la sexta parte del de toda Vizcaya, es sólo villa. Siguiendo este órden de razonamiento, recordarémos que, por ejemplo : Guerricaiz, Miravalles, Rigoitia, Larrabezua y otros municipios tienen la categoría de villas, y hay pocas anteiglesias, concejos ó valles que no les aventajen en poblacion.

Resumiendo lo principal de cuanto queda dicho : el calificativo frances de *ville* corresponde al calificativo castellano de *ciudad*. Si la generalidad de las gentes piensa que el *ville* frances corresponde al *villa* castellano, esa generalidad se equivoca en esto como en otras muchas cosas.

Y no es extraño que la generalidad de las gentes se equivoque en puntos de concepto, cuando los que dia-

riamente tenemos la pluma en la mano para dirigirnos al público nos equivocamos hasta en puntos de gramática. Ejemplos de esto último : hoy se ha dado en decir «visitar París», en vez de decir visitar *á* París; hoy está de moda el «en aquel entónces» (que es puro catalanismo), en lugar del sencillo *entónces*, y hoy en fin el *lo* dislocado del lugar propio, para ocupar el que corresponde al *le*, ha traido la confusion sintáxica á nuestra lengua castellana, que ya de suyo, y por efecto de su misma riqueza, era ocasionada á la anfibologia.

Y á proposito de *loismo*, terminaré estos renglones reproduciendo un diálogo que oí, no há mucho, en la calle entre un académico y otro que, aunque no lo era, merecia serlo :

—Ya sabe V.—dijo el primero—que *lo* quiero.

—Ya *le* sé — contestó el segundo socarronamente.

LO QUE EL VULGO PIENSA DE LA POESIA.

LO QUE EL VULGO PIENSA DE LA POESÍA.

Cuando se preparaba la celebracion del segundo centenario de la muerte de Calderon de la Barca, me preocupaba mucho lo que de aquella celebracion pensaba el vulgo, y por vulgo entendia yo y entiendo, no precisamente «el comun de la gente popular ó la plebe», como le define el Diccionario oficial de la Lengua castellana, sino la mayor parte de la plebe, porque una parte de ésta suple con la intuicion la falta de instruccion, cuando se trata de apreciar el valor de ciertas cosas que, como la poesía, pertenecen esencialmente al órden moral.

Para el vulgo, el arte de la poesía es arte fútil y propio sólo de gente desocupada y liviana, y sólo cultivado por esta gente.

Arte, filosofía, trascendencia séria, nada de esto sospecha el vulgo en los poetas ni en la poesía. Yo pregunté á un genuino representante del vulgo si sabía por qué se honraba tanto á Calderon, y me contestó muy serio:

—Por el chiste.

Esta es la idea que el vulgo tiene de los poetas, y por

tanto, de la poesía: los poetas, cómicos ó cosa así, y la poesía, lo que de cómicos ó cosa así se puede esperar; lo más, lo más, chiste; arte, filosofía, trascendencia, algo que se eleve hácia el cielo, ni pensarlo siquiera.

¿Cómo se explicará el vulgo, me preguntaba yo, esa inmensa atencion que hace muchos meses presta España, desde su gobierno supremo hasta sus más humildes delegados y representantes; desde sus hombres más insignes hasta sus hombres más modestos en el cultivo de las ciencias, de las letras, y de las bellas artes, á la conmemoracion de la muerte de un poeta?

—¿Qué hizo ese poeta? se preguntará. ¿Qué hizo para que Madrid en particular, y España en general, tengan por una de sus mayores glorias el ser patria suya? ¿Qué hizo para que hasta las naciones extranjeras se preocupen del aniversario de su muerte, y se dispongan á enviar á Madrid hombres de los más eminentes entre los suyos, para que los representen en la celebracion de este aniversario? Calderon sería poeta cuando de tal se le da nombre; pero sería tambien otra cosa, por ejemplo, un gran santo, un gran príncipe, un gran sabio, un gran guerrero, un gran conquistador, un gran político, un gran legislador ú otra cosa así; y por este mérito, y no por ser poeta, se honra con tanto ruido y entusiasmo su memoria.

Esto, decia yo, será en resúmen lo que el vulgo pensará y preguntará al oir á toda hora y en toda parte hablar del Centenario de Calderon. Si al vulgo se le dice que sólo en el concepto de poeta se honra á Calderon de la Barca, apénas se le podrá convencer de ello,

y expresará con una santiguadad su admiracion de que se tenga por cosa séria y gloriosa la memoria del que sólo tuvo una *habilidad* fútil y propia sólo de gente desocupada y falta de formalidad.

Y sin embargo de esto, ese mismo vulgo, que se asombra de que se tome por lo serio la memoria de un poeta, y tiene por único mérito de Calderon el chiste, va al teatro, y viendo representar *La Vida es sueño*, *El Alcalde de Zalamea*, *El Médico de su honra* ó *La Devocion de la cruz*, llora, rie, ama, aborrece, evoca memorias que estremecen sus entrañas, piensa hondo y cree en Dios, y en la inmortalidad del alma, y en la virtud, y en la familia y en la patria.

Felizmente, el vulgo desempeña un papel puramente pasivo en el mundo de la inteligencia, de donde arranca el régimen de la vida social. Si así no fuera, ¡triste de todo lo que de la tierra se levanta un poco hacia el cielo!

Yo no diré que en todo el ruido y el entusiasmo que el vulgo no comprendia pudiera originar la memoria de un poeta no se mezclase algo de egoismo y de hipocresía; pero áun así, la conmemoracion de la muerte del glorioso autor de *La Vida es sueño* es dignísima de un pueblo culto, porque esta conmemoracion tiene un objeto patriótico y otro docente : el patriótico, exaltar las glorias de la patria, y el docente, convencer al vulgo de que el arte

que esencia de las almas
trasmite en dulce ritmo,



no es arte fútil y sólo propio de gente desocupada y liviana, sino, muy al contrario, el más hermoso, trascendental y noble de cuantos caben en la esfera del ingenio humano, por cuanto ejerce su principal dominio en el corazon y la inteligencia.

ARÁBIGO-MANÍA.

ARÁBIGO-MANÍA.

La Antropología y la Etnología son ciencias que se refieren al conocimiento especial del hombre y de las diferentes razas humanas que se han sucedido en los pueblos. No me sentaria á mí mal una tintura de estas ciencias, para que mereciese el trabajo de leerse el articulito que voy á escribir; pero como carezco de ella, porque la verdad es que toda mi vida he andado demasiado ocupado en adquirir pan, para que haya podido ocuparme en adquirir ciencia, lo declaro precisamente para que no siga leyéndome el que no guste de escritores que se meten á hablar de lo que no entienden.

Dias pasados leí en un periódico una carta de Zamora, y en ella el párrafo siguiente: «Aquí, como en la mayor parte de España, se conserva la sangre árabe casi en toda su pureza, y «particularmente en las mujeres»; ojos, tez, cabello, pasiones, todo lo está proclamando á voces».

Dejémonos de andar por las ramas comentando lo de conservarse la sangre árabe «particularmente en las mujeres», y vamos al grano, que es lo de proclamar á voces la sangre zamorana su procedencia árabe.

El autor de la carta de Zamora no dice nada nuevo: se limita á repetir lo que mil y más veces se ha dicho por escrito y de palabra, en són de decir una cosa honrosísima para el pueblo español.

Si los españoles que por espacio de más de siete siglos lidiaron encarnizadamente con los mahometanos, y odiaban á éstos con todo su corazon y toda su alma, se levantáran del sepulcro «en la carne mortal que les cubria», y oyeran los alardes de arabismo á que me refiero, emprenderian, cuando ménos, á pescozones contra los arabigómanos de nuestro tiempo, por dos diferentes razones: primera, porque para ellos no habia sangre más impura y abominable que la de la raza de Mahoma, y segunda, porque estarian persuadidos de que de un aforo de sangre española sólo resultarian algunas gotas de la mahometana.

Explicaríase que por otras dos razones diéramos los españoles en ibericómanos, pero que demos en arabigómanos no se explica por ninguna. Las dos razones por que se explicaria lo primero, son éstas: primera, que el ódio de raza, de religion, de lucha, de patria inicuamente invadida y ultrajada, fué obstáculo insuperable para que la sangre cristiano-española se mezclára con la sangre arábigo-mahometana; y segunda, que si para nosotros los españoles puede haber honra en alardear de alguna sangre, este alarde debe ser el de sangre ibérica, que es la aborígen nuestra.

No diré yo, ni puede decir nadie, que la sangre española no tenga alguna mezcla de sangre mauritana ó árabe; pero decir que esta sangre se conserva casi en toda

su pureza, particularmente en las mujeres, y está proclamando á voces su existencia y conservacion hasta en Castilla la Vieja, por donde los mahometanos pasaron como perro con cencerro, me parece un desatino que hasta acusa falta de sentido comun.

Puede sospecharse la existencia y perseverancia de sangre mahometana algo copiosa en la region meridional española, donde en parte los sarracenos permanecieron hasta su definitiva expulsion, pero áun allí se puede suponer existencia como la que se supone hasta en el centro de la Península.

La expulsion de la raza mahometana, completada con la de los moriscos, y el ódio mutuo que mahometanos y cristianos se profesaron constantemente, suprime toda razon para que se tomen por moneda legítima y corriente afirmaciones como la de la carta de Zamora.

Concedamos que sea hecho evidente é inconcuso lo de que en la mayor parte de España, ojos, tez, cabello, pasiones, todo proclame á voces la existencia de la sangre árabe casi en toda su pureza, y particularmente (que es lo más particular) en las mujeres. Aun así no creeré yo en tal existencia, aunque crea en tal proclamacion. Un historiador moderno, extrañando que se llame á España pueblo latino en vez de llamarle pueblo ibérico ó celtibérico, dice que si fuese posible aforar la sangre que de cada raza tiene este pueblo, apénas daria este aforo un veinte por ciento de sangre latina. Yo creo que el aforo daria muchísima ménos sangre árabe.

Pero supongamos que, en efecto, ojos, tez, cabello, pasiones, todo sea aquí *arabiforme*, y áun así creeré yo

que todo ello no tiene de árabe más que la forma. Un amigo mio, acompañado de su amantísima esposa, que á la sazon se hallaba embarazada de algunos meses, pasó á Filipinas, y volvió, trascurridos algunos años, con tres hijos nacidos y criados allí. Los tres niños, incluso el engendrado en España y nacido en Filipinas, parecian mestizos de raza española y filipina.

Aquí es donde yo hecho más de ménos mi falta siquiera de una tintura de Antropología y Etnología, porque con ella podria lucirme no poco y no me expondria, como me expongo, á incurrir en herejías científicas. Yo creo que lo que se toma en España por efecto de sangre es sencillamente efecto de suelo y cielo.

Sólo un gran brazo de mar separa el continente ibérico del continente africano : la Geología, la Botánica, la Zoología, la Meteorología, en ménos palabras, el cielo y el suelo, son esencialmente idénticos en ambas riberas. ¿Por qué no lo han de ser tambien las gentes que las pueblan, aunque originariamente procedan de razas distintas? ¿Por qué no lo han de ser, al ménos en la apariencia, si se forman y viven bajo influencias naturales idénticas? El hijo de europeos, nacido y criado en Filipinas, toma la apariencia física del filipino hasta cuando ha sido concebido en Europa; ¿y no ha de tener la apariencia física del africano el nacido y criado en un jiron desprendido de África, porque como tal se puede considerar á nuestra Península, tan cercana del continente africano, que, en opinion de las las gentes del pueblo, «desde Tarifa se oyen cantar los gallos de Morería?»

Si hay afinidades físicas y morales entre la raza española y la raza africana, no son efecto de identidad de sangre, sino efecto de identidad de suelo y cielo.

Cesen, pues, los alardes de arabismo, tales como los de la carta de Zamora, que son tan frecuentes como infundados en los españoles poco reflexivos y ménos conocedores de nuestra historia, y pensemos :

1.° Que hay razones históricas para creer que entre todas las razas extranjeras que han arraigado en nuestra Península, acaso sea la mahometana la que ménos cantidad de sangre ha mezclado con la sangre aborígen ó ibérica, pues hasta las colonias griegas y cartaginesas, que se supone haberse establecido y subsistido largo tiempo en las costas del Mediterráneo, debieron mezclarse con el pueblo aborígen más intensamente que la raza mahometana.

2.° Que si los peninsulares debemos alardear de haber heredado sangre de alguna de las diferentes razas que perseveraron por más ó ménos tiempo en nuestra Península, es lo más racional y lo más honroso que el alarde se refiera á la raza ibérica, que es la aborígen, y áun conserva pura su sangre, su lengua y sus costumbres en un rincon del Norte de España y en otro del Mediodía de Francia.

LOS ROMANCES DE CIEGO.

LOS ROMANCES DE CIEGO.

I.

Las coplas ó romances de ciego eran una de las mayores delicias de mi niñez. Cuando mi padre iba á alguna feria, esperaba yo con impaciencia su regreso, porque sabía que me habia de traer algun «nuevo y curioso romance.» Aunque volviese á las dos de la madrugada, me encontraba despierto esperándole, ó mejor dicho, esperando las coplas; y tal acogida encontraban éstas en mí, que no me dormia hasta que las aprendia de memoría ó poco ménos. Cantarlas y recitarlas era para mí el placer de los placeres.

Felizmente, mi padre, aunque sencillo é ignorante labrador, tenía el buen sentido de no traerme nunca coplas que ofendieran á la moral tal como él la entendia, que por cierto era muy sana y sensatamente, segun más tarde he podido comprender recordando los romances que saboreé cuando niño. Todavía recuerdo, casi al pié de la letra, muchos de ellos, tales como los de *Rosaura la del Guante*, *La Peregrina doctora*, *La Enamorada de Cristo*, *Genoveva de Brabante*, y otros, en que, si se

18

narraba un gran crímen, se narraba tambien una gran expiacion.

Si en el concepto moral no los encuentro malos, no así en el concepto literario. En este concepto cada vez me han parecido peores, porque naturalmente cada vez se ha ido depurando y haciendo más descontentadizo mi gusto en materia de poesía y expresion de este sentimiento, que sentimiento es para mí la poesía, y el arte es sólo su expresion.

No me habia ocurrido desde que empecé á cultivar la literatura hasta estos últimos quince años, examinar con algun detenimiento y atencion los quilates del mérito literario de los romances de ciego, quizá porque me disgustaban cada vez más los que sabía de memoria, á pesar del encanto que para mí tienen todos los recuerdos de la infancia y del hogar paterno.

Residiendo en Madrid con mi familia durante la última guerra civil, dedicado exclusivamente á trabajos literarios que necesitaba para atender á mi subsistencia, pensé que allí, mejor que en ninguna otra parte, podria reunir una gran coleccion de romances de ciego, estudiarlos y extraer de ellos un verdadero tesoro de poesía popular con que enriquecer y vivificar libros que le diesen ingreso en la literatura artística.

«Los romances de ciego que leí cuando niño — me dije — son insuficientes para que yo pueda formar juicio cabal del valor que en todos conceptos debe tener este género de literatura popular, porque relativamente fueron pocos los que leí, y mi padre, por un sentimiento, ó si se quiere por un instinto muy laudable, alejó de mí

los que quizá me parezcan más curiosos ahora que pueda leerlos todos sin el peligro que entónces, con razon, veia mi padre. Ademas, estoy seguro de que en una buena coleccion de esos poemitas populares voy á encontrar infinitos y preciosos rasgos de ingenio, de sentimiento, de originalidad y de gracia, que recogeré y haré por llevar al tesoro de nuestra literatura artística, con todo el realce que me permita la poquedad de mi ingenio y mi gusto literario. Si directa y personalmente he recogido de boca del pueblo español multitud de rasgos de ingenio, multitud de gracias, multitud de genialidades, multitud de cuentos y anécdotas que me han servido para dar vida y atractivo á una porcion de libros, ¿qué no podré recoger de lo que han acopiado durante algunos siglos los que se han dedicado á explotar el ingenio, el sentimiento, la gracia y la malicia del pueblo? ¿Cómo he sido hasta aquí tan insensato, que he andado de aldea en aldea, de feria en feria, de mercado en mercado, de romería en romería, de corrillo en corrillo, de chascarrillero en chascarrillero, de madre en madre, de abuela en abuela, y hasta de niño en niño, en busca de materia popular para mis libros, cuando hubiera podido ahorrarme este trabajo con comprar la obra de ese fecundo autor llamado Pueblo?»

Así pensando, me decidí á adquirir esta gran obra, impresa en Valladolid, en Madrid, en Zaragoza, en Barcelona, en Córdoba, en Sevilla, por los Santaren, los Roldan, los Marés, los Llorens, etc., y luégo pasé á ver cómo hacía esta gran adquisicion.

Eran tan escasos mis recursos pecuniarios, que casi

sólo contaba para mi subsistencia y la de mi familia, con los que me proporcionase un editor por el manuscrito de un libro que habia concluido.

Recorrí todos los puestos é imprentas de romances de ciego, averiguando los *números* que existian en Madrid de éstas que ni áun me permitia llamar obrillas literarias, y averigüé que ascendian á más de veinte mil, que á dos cuartos cada una, me iban á costar cerca de cinco mil reales, ó sea la cantidad en que tenía ajustada la autorizacion para hacer y vender la primera edicion de mi nuevo libro.

«Señor—me dije,—¿cómo me las voy á componer para adquirir este tesoro sin desatender las sagradas obligaciones de la familia? Gastar en él los únicos recursos de que por ahora puedo disponer, es tanto como exponerme y exponer á mi familia á tener que tomar el camino del Pardo en busca de un asilo ménos cómodo y lucrativo que el que dió allí la buena y generosa doña Isabel II al autor de la *Historia de Cárlos III*. Pero privarme de lo que en razon he calificado de tesoro, es otra cosa peor aún : es privarme y privar á mi familia de la inmensa gloria y los miles de duros que voy á sacar de esa rica mina, como aquel que dice «sin más trabajo que coser y cantar.» Vaya con mil diablos una vez siquiera esta timidez, este encogimiento de toda mi vida, que tiene la culpa de que despues de estar echando los hígados desde que tengo uso de razon, me vea en el caso de pensar si mi familia y yo nos morirémos de hambre por aventurar unos cuantos miles de reales.»

Pensando así, troqué los cinco mil del libro por veinte

mil romances de ciego, cargué con éstos á un gallego, y me dirigí á casa segurísimo de que, si mi mujer lloraba de tristeza viendo convertidos en papel viejo los cinco mil reales que esperaba como los judíos el santo advenimiento, no habia de tardar en llorar de alegría viendo el papel viejo convertido en manojos de billetes de banco, y á su marido hasta retratado en vida, con su biografía y todo, en *La Ilustracion Española y Americana.*

II.

Así que medio convencí á mi mujer de que de aquella carga de romances de ciego iban á salir mi gloria y mi riqueza, pues encerraban elementos de libros populares, por cuyos manuscritos anduviesen los editores á trompadas, y cuyas ediciones regocijáran al mundo entero, me encerré con ellos en mi escritorio, y me dediqué por espacio de algunos dias á su lectura y estudio.

Si el desengaño no fué minando mi vida durante esta operacion hasta el punto de caerme muerto al terminarla, fué porque yo no tengo tiempo para estar malo ni para morirme, pues le necesito para trabajar.

En aquellos veinte mil romances no vi siquiera una vez asomar el sentimiento, la emocion, la gracia, el donaire, la originalidad, la inventiva, la ocurrencia, la chispa natural y espontánea que yo habia encontrado en el pueblo siempre que éste no pensaba en *imprentar-*

se ni en ser *imprentado*. Todo aquello parecia, no obra del pueblo, sino obra de gente que tiene todo lo malo de la de chaqueta y saya rabona, y nada de lo bueno de la de gaban y falda arrastrando; es decir, la ignorancia y la grosería de los de abajo, y la falta de espontaneidad y sobra de pretensiones de los de arriba.

Frialdad, insulsez, ignorancia absoluta del arte y áun de la gramática, obscenidades y groserías con pretensiones de chistes, desconocimiento de la historia y las costumbres populares, involucracion de lo piadoso y lo impío, ausencia de todo sentimiento moral, ni asomo de sentimiento poético, en dos palabras, malevolencia y tontería es todo lo que encontré en aquellos veinte mil romances, que constituyen el alimento moral y estético más usual de nuestro buen pueblo español.

Así que me repuse un poco de mi desencanto, llamé al gallego, le hice cargar con los veinte mil romances de ciego, y me encaminé tras él á la era del Mico, y allí pegué fuego á aquel infame y estúpido centon de groserías morales y artísticas, no sin haber tenido que andar ántes á pescozones con el gallego y la gente del barrio, que querian salvar de las llamas lo que yo habia condenado á ellas, porque lo creian el prototipo de la belleza artística y moral.

Cuando mi mujer vió convertidas en pavesas nuestras esperanzas y nuestros cinco mil reales, iba á echarse á llorar, pero detuve las lágrimas en sus ojos diciéndole:

—No llores, ántes bien alégrate y da gracias á Dios por esta invencible repulsion que me inspira todo lo grosero y necio. Si hay plumas, si hay prensas, si hay es-

cenas que den pan blanco, y tierno, y sabroso por esos frutos de la ineptitud y la malevolencia, negros como el pecado, ¡soliman se vuelva tal pan al que lo coma! Por escaso, y duro, y negro que sea el de nuestra mesa, debemos preferirle y bendecirle. Tristes son los tiempos que alcanzamos los que vivimos del arte literario, pero no tanto que los que ejercen este arte con la dignidad y la conciencia que exige el culto de la belleza moral y estética no encuentren quien les comprenda y les alargue la mano para que no desmayen y caigan en el doloroso calvario de la vida literaria.

Mi mujer se resignó y consoló un poco con estas palabras, y sobre todo, con otros cuantos miles de reales que me adelantó el editor para ir tirando hasta que terminase otro libro.

He tratado de explicarme el porqué de la insulsez, la ignorancia, la grosería y la inmoralidad que, sin excepcion alguna, dominan en los romances de ciego, y me he asombrado una vez más de la falta de perspicacia de que á veces damos testimonio los que cultivamos las letras y nos tenemos por unos sábelo-todo, piénsalo-todo y averígualo-todo. ¿Cómo no pensé yo, tan presumido de filósofo y perspicuo que creo ver crecer la hierba, cómo no pensé yo ántes de dedicarme al exámen de los romances de ciego, que éstos tenian que ser tales cuales yo los encontré, es decir, obra de gentes que tienen todo lo malo y nada de lo bueno de las gentes de chaqueta y saya rabona y de las gentes de gaban y falda arrastrando?

Cuando por primera vez fuí á Madrid, ya era piedra

de escándalo en aquellas calles, por las suciedades que cantaba, un ciego de diez á doce años. Aquel ciego es el que aún se conoce en Madrid con el nombre de Perico, y por espacio de medio siglo ha mantenido su triste celebridad de desvergonzado, único título que tiene á la que goza. Pues bien, ¡el mismo Perico el ciego es autor de no escaso número de romances que encontré impresos y con el nombre y la nota de propiedad del autor, entre los veinte mil que leí en mi casa y quemé en la era del Mico!

Pues todavía Perico el ciego es, entre los autores de romances, un autor relativamente decente.

Habia en mi calle un memorialista de portal, cuyo retrato moral y físico se podia hacer de estas cuatro plumadas:

«Es hombre de treinta años y representa más de cincuenta; gasta gaban de forro que ha sido blanco, segun la muestra que enseña por los codos; botas, cuyo tacon se ha adelantado á la garganta del pié, y sombrero cuya copa se inclina á ver lo que pasa en el ala; se ignora si gasta camisa; se sospecha, por lo que aparece entre las botas y el gaban, que gasta pantalones; divide la mayor parte del dia en visitas á la aguardentería de la esquina, la taberna de al lado y las mozas del cuarto bajo de enfrente; tiene en un chiribitil un cartelito que, con muchos ringorrangos caligráficos, dice: «Se redaztan memoreales y cartas en proza y berzo y se cologan criadas juapas»; es el que aconsejó á los carniceros que pusiesen en la muestra *carnecería* y no *carnicería*, porque lo que venden es *carne* y no *carni*, y á los sastres y tende-

ros de curtidos, que digan «surtido *en* capas y surtido *en* cueros», en vez de decir surtido *de*, como siempre se ha dicho en castellano, aunque en frances se diga de otro modo; le dieron la plaza de maestro de escuela en su pueblo, porque era el único de allí que sabía leer, escribir y contar casi de corrido, y se la quitaron porque decia que no habia Dios, y jugaba á los naipes con los chicos, y les ganaba los cuartos con trampas; y finalmente, se trasladó á Madrid, y se aficionó á la literatura, y aprendió á cultivarla asistiendo á los Bufos de Arderíus.

El *poeta* cúyo es este retrato era uno de los que entónces, y ántes, y despues, abastecian de romances de ciego, á razon de seis reales el *número,* á los editores que en Madrid se dedicaban á publicarlos, y sus colegas estaban cortados por el mismo patron, á excepcion de Perico el ciego, que era mucho más decente en palabras y obras.

Si hay quien dice que estos romances son obra del pueblo, miente como un bellaco. El pueblo tiene su literatura en prosa, que son los cuentos, y en verso, que son los cantares, más decente, más sentida, más graciosa, más original, más espontánea, más característica; pero apénas tiene quien se dedique á recogerla, y estudiarla, y escoliarla, aunque ahora recuerdo que yo he dedicado á esta tarea lo ménos diez ó doce libros.

Los romances de ciego tienen que ser dechado de tontería y de algo peor, siendo obra de quien son. Para componerlos capaces de sustituirlos, se necesitan dotes que reunen pocos ó ninguno de nuestros poetas : se necesita

ser muy poeta y muy artista, sin que lo conozca el que lo es. Los ensayos que hasta aquí se han hecho han dado por resultado romances muy bellos, muy delicados, muy sentidos, muy literarios; pero estos romances carecian de atractivo para las gentes del pueblo, porque estas gentes no los entendian, y si no los entendian, no los sentian, y si no los sentian, no los compraban.

Yo he visto á una muchacha del pueblo oir impasible esta delicada copla, cantada bajo su ventana:

Quisiera morirme pronto
Y ángel del cielo volverme
Para ser el de tu guarda
Y estar á tu lado siempre.

Y he visto á la misma muchacha conmoverse y entusiasmarse oyendo esta otra, infinitamente ménos delicada de fondo, y sobre todo de forma:

¡Ay cuándo será aquel dia
Y aquella feliz mañana
Que nos lleven á los dos
El chocolate á la cama!

La idea tierna y delicada, pero un tanto metafísica, de la primera copla, era refractaria, ó poco ménos, á su entendimiento, y por consecuencia, á su corazon, al paso que era perceptible y clara la de la segunda, que ofrecia á sus ojos la imágen de la felicidad doméstica el dia que siguiese á aquél en que se hubiese unido con el elegido de su corazon; porque yo creo que esa copla está inspirada en el siguiente sueño de felicidad:

Una casita limpia, alegre y recien amueblada, con ayuda de la amorosa solicitud maternal; nosotros instalados en ella el dia anterior, al salir del templo, unidos para siempre con la bendicion del sacerdote y las lágrimas de amor y regocijo de nuestros padres; la luz y el sol del nuevo dia nos han sorprendido juntos y dormidos por primera vez; los cuidados de la familia no nos desvelan ni preocupan aún; ya que hemos soñado dormidos, continuemos despiertos este dulce sueño por algunos instantes más, y entre tanto, ya que tenemos quien nos sirva, aumentemos el encanto de estos instantes imitando siquiera una vez el sibaritismo de los ricos!

Esta era la imágen de la felicidad que desplegaba aquella copla á los ojos de aquella muchacha. ¿Qué extraño era que esta imágen la conmoviese y enamorase?

Hay que reconocer que es dificilísimo, si no imposible, acabar con ciertos elementos de depravacion popular, en un páís como el nuestro, donde, por ejemplo, vemos el sentido moral tan torcido, no ya sólo en lo que se llama el pueblo, sino hasta en las clases más instruidas, que estas mismas clases, sin excluir al bello sexo, fomentan el brutal espectáculo taurino y le asocian al santo ejercicio de la caridad, continuando la obra de aquel D. Juan de Robres, á quien su biógrafo Iglesias hizo famoso.

SI YO FUERA MAESTRO DE ESCUELA.....

SI YO FUERA MAESTRO DE ESCUELA.....

I.

Si yo fuera maestro de escuela, ¡qué de cosas habia de hacer y enseñar á los chicos, y áun á los grandes!

Por de contado viviria siempre penetrado de lo noble, de lo alto, de lo trascendente, de lo sacerdotal de mi magisterio, y en esta penetracion superlativa encontraria fuerza, abnegacion é inspiraciones para el cumplimiento de mis deberes.

—¡Qué bella, me diria, qué dulce, qué fecunda, qué santa es la mision del maestro de escuela! ¡Hacer hombres, no de grosero barro, como Dios los hizo, sino de ángeles! ¿Quién en la sociedad humana tiene mision como la mia?

Sólo la mision de la madre tiene algo de esta mision, pero nada más que algo, porque el ángel en manos de la madre es como materia líquida en que lo que se graba se desvanece apénas grabado, y en las del maestro de instruccion primaria es materia ya lo bastante sólida para que persevere hasta el más delicado perfil que en ella se grabe. Yo soy, despues de Dios, aquel á quien es

dado formar una sociedad á medida de la voluntad propia, sublimemente buena ó sublimemente mala, ó término medio entre estas dos sublimidades.

¡Ah! ¡Vivir estrechamente unido en el amor á unos mismos inocentes y hermosos seres con todas las madres, y contribuir de consuno con ellas á elevar y acercar á Dios, por medio de la inteligencia, á esos seres mismos! ¡Qué felicidad la mia, y qué augusto, hermoso y santo mi ministerio!

Así me diria yo, si fuese maestro de escuela, y con esta hermosa y alta idea de mi profesion, ¡qué de cosas no habia de hacer y enseñar á los chicos y áun á los grandes!

II.

Si yo fuese maestro de escuela, la Naturaleza sería mi primer ayudante, y estoy seguro de que, con ayuda de ella, habia de hacer prodigios de enseñanza. Hasta los árboles y las flores del jardin que rodease mi escuela, y los pájaros que cantasen en los primeros, y las mariposas que volasen de una en otra en las segundas, y los deliciosos efluvios de árboles y flores que penetrasen en primavera y estío por las rasgadas ventanas de mi escuela, alegrada y embellecida por una legion de ángeles de cabello rizado y rubio y ojos azules como la flor del litos-

perma, y mejillas de azucena y rosa, habian de ser para mí y mis discípulos fuente inagotable de enseñanzas, de consuelos y de alegrías.

En las dulces alboradas y en los misteriosos crepúsculos del estío, rodeado de mis hermosos é inteligentes discípulos, treparia al collado que señorease el dilatado horizonte, y lleno de luminosa y santa inspiracion ante las maravillas de la Naturaleza, haria descender al corazon y la inteligencia de mis discípulos la aptitud para sentir y comprender aquellas maravillas.

Y educada por mí, y formada intelectualmente por mí la generacion que sucediese á aquélla que me hubiese confiado la gran obra de redimir de la ignorancia y la bajeza de corazon é inteligencia hereditarias á sus hijos, ¡de qué porvenir tan hermoso, y noble, y fecundo en bien no me sería deudor el pueblo donde yo ejerciese mi profesion! ¡Y con qué entrañable afan y purísimo deleite no procuraria aquel pueblo pagar la gran deuda de gratitud que para conmigo hubiese contraido!

Profundo dolor, que á veces raya en indignacion, se apodera de mí cuando me cuentan los que andan por los pueblos rurales que han visto á los maestros de escuela desempeñar su gloriosa y fácil mision, como desempeñan la infame y difícil suya los forzados de los presidios; y considero que, por consecuencia de esta dejadez y de esta ignorancia de la naturaleza de su mision, ni áun cuenta ni puede contar el maestro con el respeto de sus discípulos.

¡Ah! Si yo fuese maestro de escuela, grandes cosas habia de enseñar á chicos y grandes sólo con vivir siem-



pre penetradísimo de lo elevado, de lo noble, de lo trascendente, de lo sacerdotal de mi magisterio.

Intenciones me dan, cada vez más irresistibles, de ver si obtengo un título de maestro de escuela en cambio de la poca ciencia que he acreditado durante treinta años, escribiendo treinta libros que no me han dado gloria tan positiva como la que en un año me daria el magisterio de la primera enseñanza, ejercido como es forzoso que le ejerza todo el que de él tiene la altísima idea que yo tengo.

III.

¡Si yo fuese maestro de escuela!..... Desde que empecé á entrar en tentaciones de ver si obtengo un título de tal, he acopiado datos preciosos acerca de tan augusto ministerio, y debo meditar apoyándome en ellos.

Si yo fuese maestro de escuela, empezaria á desempeñar mi hermosa y dulce mision aplicando mi ciencia y mi virtud á mi propio hogar, ó sea á mi personalidad y la de mi mujer y mis hijos, pensando que los deberes de todo ciudadano empiezan en su propio hogar.

Formaria mi presupuesto de ingresos y gastos, y experimentaria un gran dolor al encontrarme con que los primeros eran inferiores á los segundos; pero este encuentro no me desalentaria, al contrario, me infundiria mayor fe para desempeñar mi mision, pensando que ésta

ni siquiera careceria de la santidad del sacrificio que, como yo, aceptarian gustosos mi mujer y mis hijos identificados con mis sentimientos é ideas en todo, sin exceptuar lo concerniente á mi profesion. Pensaríamos que todo se reduciria á comer pan moreno en vez de pan blanco, y á vestir tela burda en lugar de tela fina.

Pasaria luégo á visitar por primera vez la escuela, con la emocion y el respeto del sacerdote que visita el templo donde va á ejercer su santo ministerio, y el dolor y la indignacion pugnarian por apoderarse de mí al encontrar un establo falto de toda decencia, de toda comodidad, de toda salubridad y de toda alegría, en lugar del santuario de la ciencia que yo me habia imaginado; pero echando la culpa de ello, no al pueblo, no á las autoridades, no á los vecinos, sino á los que me habian precedido allí en el magisterio, que no habian tenido dignidad para rechazar tal ignominia, ni talento para hacer comprender á las autoridades, al pueblo en general, y á los vecinos en particular, el decoro que el magisterio de primera enseñanza requiere; indicaria á la autoridad municipal la necesidad de proceder inmediatamente á dar á la escuela la decencia, la comodidad, la salubridad, la alegría que en ella faltaban, y mi dolor y mi indignacion subirian de punto al oir al señor Alcalde esta contestacion:

«Señor maestro, por ahora es imposible pensar en eso, porque todavía no se ha podido acabar de pagar lo que el año pasado se gastó en las novilladas, etc., etc., y hay que ir pensando en las de este año. Ande V., que los chicos de aquí para destripar terrones han de

servir, y no conviene enseñarlos á malas mañas. Tan buenos como ellos éramos sus padres, y unos aprendimos escuela en el pórtico de la iglesia, donde no sé cómo quedamos uno vivo para contarlo, y otros no la aprendieron en ninguna parte.»

En vano trataria de convencer al señor Alcalde y á los demas *señores* de justicia de que su contestacion era una barbaridad, y entónces me resignaria á empezar en aquel establo el ejercicio de mi hermosa profesion, diciendo con profunda seguridad de no equivocarme: «Todo es efecto de que mis predecesores eran indignos de pertenecer al magisterio. Yo educaré á la par á los niños y á los grandes, y no tardaré en recoger el fruto de esta doble educacion, viendo, con ayuda de unos y otros, realizado el bello ideal que me ha traido al magisterio.»

IV.

Consolado y resignado con esta reflexion y esta esperanza, me recogeria aquella noche en mi hogar, preparándome con la meditacion y el descanso á empezar la mañana siguiente mis fecundas y nobles tareas; pero gritos desaforados de ¡vivan los novillos! turbarian mi sueño, y en vano trataria de adivinar lo que significaban aquellos gritos lanzados por personas mayores y menores, como si se dirigiesen á mí.

Y al prepararme la mañana siguiente para encami-

narme á la escuela, se me presentaria el alguacil diciéndome que iba á escoltarme para que nadie se metiese conmigo, pues el pueblo estaba indignado, con motivo de haber corrido la voz de que yo pedia que se gastase en mejorar la escuela lo que se habia de gastar en las novilladas, etc., etc.

Instalaríame al fin en la escuela, y esperaria á que los niños fueran concurriendo á ella, pero esperaria poco ménos que en vano, que sólo unos cuantos niños descaraduelos, inquietos, con más trazas de ir por curiosidad que por deseo de aprender, irian á oir mis lecciones, y al preguntarles si sabian por qué no iban los demas, me contestarian, como chungándose conmigo:

—Han hecho novillos, porque sabiendo que á V. no le gustan, han dicho que al que no quiere caldo, la taza llena.

Al salir de la escuela los chicos, se entretendrian en tirar piedras á las golondrinas que anidasen en las ventanas de la iglesia y los aleros de los tejados, y en clavar alfileres en forma de flechas á las caballerías que pasasen por la carretera, y en atar cacharros viejos ó manojos de paja encendida á la cola de los perros, y en pegar fuego á los matorrales de las afueras del pueblo, y en derribar á pedradas la fruta verde y las ramas de los frutales, y en magullar la corteza de los árboles golpeando sin piedad el tronco, y en buscar nidos para sacar los ojos á los pajaritos con una espina.

Y como en la escuela y fuera de ella les afearia yo tales entretenimientos, amenazándoles con el castigo si reincidian en ellos, los padres de los niños, y áun los *señores* de justicia, exclamarian:



—¡Miren en qué chochadas se entretiene el maestro! ¡Como si no hubiéramos sido todos chicos y traviesos, y como si no hubiera que dar á cada edad lo que le corresponde! ¡Si ese maestro no sabe nada! ¡Lástima que los vecinos del pueblo echemos el cuajo en el campo para llenarle la tripa, miéntras él está muy descansado y orondo resguardado del sol y la lluvia!

Luégo no sabria cómo componerme con los dos ó tres bandos en que estaria dividido el pueblo, como en casi todos los pueblos es uso y costumbre, áun prescindiendo de los bandos políticos. Los del bando de la Plaza me acusarian de partidario de los del bando de la Plazuela; y los del bando de la Plazuela, de los del bando de la Plaza. Y cuando llegasen los exámenes, como por más que me hubiese descrismado por hacer unos sabios y unos santos á todos mis discípulos, éstos resultarian hechos unos burros, no habria padre ni madre que no dijese:

—Que esté hecho un burro el hijo de Fulano ó Mengano, á pesar de lo que el maestro ha sudado para enseñarle, nada extraño es, porque el chico de suyo es burro, por heredarlo de sus padres; pero si lo está mi chico, que gracias á Dios viene de gente lista, es porque el maestro no le ha enseñado nada, por ser sus padres del bando que al maestro no le gusta. ¡Es lástima que nos matemos para que se regale un maestro como ése!

Y á todo esto, el maestro y la maestra y los maestrillos rabiariamos de hambre, y andariamos con un trapo delante y otro detras, porque ni nosotros, ni el Gobernador civil, ni la Junta provincial, ni la Direccion gene-

ral de Instruccion pública, ni el lucero del alba, habriamos logrado que el pueblo nos diese á cuenta siquiera una mensualidad de las doce ó más que nos deberia, porque el pueblo tendria un gran padrino para estas picardías y otras en el aspirante á mi voto en las próximas elecciones.

¡Si yo fuese maestro de escuela, áun sería más desdichado que siendo escritor, que es casi lo más desdichado que se puede ser en España!

EL VALLE DE AYALA.

EL VALLE DE AYALA.

El antiguo condado de Ayala es curiosísimo en antigüedades y tradiciones, y muy especialmente la parte de él que se extiende por debajo de la peña desde el campo de Saraube hasta cerca de Arceniega. El campo de Saraube es un collado que domina á Amurrio, y donde celebraba sus juntas generales el valle, como lo recuerda aún un cercado con mesa de piedra y asientos que áun se conserva allí, y por cierto no con el cuidado y veneracion con que los ayaleses debieran conservar este recuerdo.

El nombre de Ayala, puramente vascongado, ha dado ocasion á disparatar mucho á los reyes de armas ó genealogistas, que no sabiendo la lengua euskara, y sí sólo el castellano y un poco de latin, echaban mano de estas lenguas para explicar los nombres geográficos euskaros, que nada tienen que ver con ellas. Aquel nombre, como casi todos los vascongados, ó mejor dicho, ibéricos, pues la lengua vascongada ó euskara es la lengua que dominó en España hasta que las invasiones y dominaciones extranjeras, y particularmente la romana, la dejaron reducida á la comarca donde áun subsiste, nunca

dominada por extranjeros, aquel nombre, repito, significa *declive de la eminencia*, como compuesto de *ai*, declive, y *al*, *al-a*, cosa eminente y fuerte, como lo es la ramificacion pirenaico-cantábrica en cuya vertiente septentrional está el valle de Ayala. Sin embargo, un genealogista explicó este nombre del modo siguiente:

«Don Bela, que era un infante de la casa Real de Aragon, se malquistó con su familia porque no quiso casar con una princesa que no era de su gusto, y se fué á servir al rey de Castilla, D. Alonso VI, que le prometió heredarle con tierras así que se le ofreciese ocasion de ello.

»Un dia, D. Alonso y sus gentes, entre ellas D. Bela, pasaron á la banda izquierda del Ebro y llegaron á la gran peña ó cordillera pirenaico-cantábrica, y se asomaron á ella para contemplar el espacio que mediaba entre la peña y el mar, que era el que llevaba el nombre de Vizcaya. Al pié de la peña descubrieron una comarca como de cuatro leguas de longitud por dos de latitud, que estaba completamente despoblada, á pesar de ser toda ella muy amena y pintoresca y tener vallecitos muy apacibles.

»Preguntaron á D. Alonso de quién era aquella tierra, y por qué no estaba poblada, y el rey de Castilla les contestó:

»—Los vizcaínos pretenden que es suya, y yo pretendo que es mia; y unos y otros, por no regarla de sangre, nos abstenemos de poblar en ella.

»—Señor—exclamó entónces D. Bela,—me habeis prometido heredarme con tierras en que poblar, y ahora

teneis buena ocasion de cumplir vuestra promesa dándome la tierra desierta que tenemos á la vista. Los vizcaínos son amigos mios, porque los serví ántes de serviros á vos, y estoy seguro de que no llevarán á mal que pueble en esa tierra.

»Vacilaba D. Alonso en acceder á la peticion de don Bela, y muchos de los caballeros que estaban presentes exclamaron:

»—¡Hayala, señor, hayala!

»—Pues *hayala*, y este nombre lleve en memoria de esta porfía, contestó al fin el Rey de Castilla.

»Y en efecto, D. Bela pobló aquella tierra, dándole el nombre que el Rey queria se le diese.»

Por lo visto, entónces el verbo *haber* se escribia sin *h*, ó D. Alonso y su gente entendian poco de ortografía; y la lengua castellana, que, cuando sucedió esto, que fué en el siglo XI, no habia nacido áun, pues la que entónces se usaba en Castilla era un latin más que bárbaro, ¡ya ántes de nacer se prestaba al equívoco!

Dejémonos de patrañas de los genealogistas, y continuemos hablando en serio del valle de Ayala.

Como monumento artístico, histórico y arqueológico, es importantísima la torre de Quejana, casa señorial de los condes de Ayala, que los descendientes de éstos dejan desmoronar, como si fuesen las gentes más míseras y vulgares. Cuando se contempla abandono como aquél, es necesario convenir en que la grandeza española merece la decadencia y el desprestigio á que ha venido. Si á mí me ofrecieran un título de Castilla, y al ofrecérseme vinieran á mi memoria espectáculos como el que



ofrecen Quejana y otros mil solares ilustres, le agradeceria y no le aceptaria.

La cabeza del valle de Ayala es Respaldíza, ó más bien Respaldízar, como áun escriben su apellido los que descienden de allí y gustan de conservar la tradicion de la familia. La terminacion *zar* indica vejez, y sin duda por esto llaman los cantares antiguos Respaldiza la vieja á la que hoy se llama sólo Respaldiza. En su iglesia está el consistorio y archivo municipal del valle, que contiene documentos curiosos, dotados de un inventario hecho ó costeado en el siglo anterior por un buen ayales, apellidado Armona, que á la sazon era corregidor de Madrid. Este inventario va encabezado con un proemio histórico del valle de Ayala, en que se recopilan, con más ó ménos criterio, curiosidades dignas de conocerse.

La primera vez que yo visité el valle de Ayala experimenté allí afectos de muy opuesta índole, y fruto de ellos fueron unos versos que incluí en *El libro de las montañas*, á los que pertenecen éstos:

> El santo don Bela duerme
> En su sepulcro prismal
> De Respaldiza la vieja
> Más de siete siglos há;
> Y hace muy bien en dormir,
> Que así pena no le dan
> Las arcadas bizantinas
> Que hizo en su iglesia labrar
> Y avergonzadas se esconden
> De su santa ancianidad.

La iglesia de Respaldiza, que se dice fundada por don Bela, primer conde de Ayala, en 1076, tiene una porta-

da lateral bizantina, y muy bien conservada, pero cubierta con un cancel que nunca debió colocarse allí, y sí por la parte interior. Segun nos dijo el cura párroco, la portada principal que da al ocaso es tambien bizantina ó romànica y de más labor que la lateral; pero al condenar la puerta á que corresponde por innecesaria y expuesta á la influencia del viento del Norte, se revocó por completo la portada, de modo que ni exterior ni interiormente se descubre nada de ella.

El sepulcro de D. Bela, que es de piedra y tiene cubierta en forma de prisma, estuvo primitivamente en el pórtico lateral ó del Mediodía, y luégo se trasladó al presbiterio. Quise reconocerle interiormente, pero hube de dejarlo para mejor ocasion, por la dificultad de levantar la enorme piedra que le cubre y habérsela adherido á la pared, recibiéndola con cal para que sirva de asiento.

Este uso, á que en nuestro descreido tiempo se le ha destinado, está poco conforme con lo que la tradicion histórica cuenta de él.

Ademas del sepulcro del primer conde de Ayala, subsiste en la iglesia de Respaldiza otro de la misma forma, que es el del segundo conde, D. Bela Belazquez, hijo del primero. Y al escribir esta declinacion patronímica, me ocurre que el apellido Belasco no es más que un patronímico de Bela, en que, en vez de la terminacion *ez*, que es la negacion euskara, ó mejor dicho, en los apellidos patronímicos la equivalencia del *extra* latino, se usó la posposicion *co*, equivalente á la preposicion castellana *de*. En el pórtico de la iglesia de Arrigorriaga existe un

disco sepulcral, encontrado sobre una sepultura antigua, junto á la ermita de San Pedro de Finaga, en la misma república, y en su inscripcion latina se lee: *Belacus filius*. No pocos se han descalabazado por dar con la significacion del apellido *Belasco*, y todos han salido con que significa *muchos cuervos*. Este apellido, pues, se debe interpretar por hijo ó procedente de Bela (ó Vela, segun el gusto relativamente moderno que en todas partes encaja la V, que es de procedencia latina, y por tanto extraña á la lengua euskara) del mismo modo que el apellido Belazquez.

Segun las noticias del Corregidor Armona, los cuerpos de ambos señores se conservaban enteros, por lo que se les consideraba cuerpos santos. Cuando habia sequía grande, se descubria el cuerpo del primer conde, y se rezaban responsos, y llovia tres horas despues.

En 1540, un sacerdote quiso tocar el cuerpo de don Bela para quitarle una telaraña que tenía sobre los ojos, y cayó muerto; noticia que debia retraer á los actuales ayaleses de sentarse irrespetuosamente en el sepulcro del conde.

Era éste, como he dicho, de la casa Real de Aragon, por lo cual se le denomina infante, y á esta denominacion se añadia, no sé si con justicia ó sin ella, la de *Errico-arguiá*, ó sea luz del pueblo.

El valle de Ayala era muy solariego: entre sus casas principales se contaban la de Murga, la de Perea, la de Mariaca y la de Eguíluz (no Eguilúz, como firman en Madrid comerciantes que llevan este apellido) que pertenecen á la parcialidad *gamboina*. La torre, la iglesia y

las aceñas de Murga fueron edificadas por Juan Saez Chiquilin, que fué hombre grande, ó que valió mucho, como diria su pariente y casi contemporáneo el cronista de Muñatones, Lope García de Salazar, autor del *Libro de las buenas andanzas é fortunas*, cuyo magnífico códice pasó á la Academia de la Historia desde la casa de Salazar de Portugalete donde se habia conservado siglo tras siglo, por infidencia de cierto académico ó aspirante á serlo, á quien en el presente siglo le confiaron para que le leyese los señores de aquella ilustre casa.

Es curiosa, por lo arrogante, y hasta por lo bien versificada, la divisa que puso en su escudo Juan Saez Chiquilin, que fué ésta:

Del patrio suelo soy uno
Y de los cuatro el primero;
Y en hechos de caballero
No me aventaja ninguno.

Fanfarronada que debió valerle más de cuatro arremetidas de los Pereas, Eguíluz y Mariaca, que no eran mancos para esto, y á quienes hoy no se les da una higa de que se les coloquen delante todos los Chiquilines del mundo.

En el valle de Ayala hay tantas curiosidades, que podrian dar materia á un libro delicioso, si hubiera quien las recogiese, estudiase y escribiese con amor y aptitud suficientes para ello; pero como, por desgracia, en España los ricos no se dedican á escribir y publicar estos libros, y los pobres carecen de tiempo y dinero (cuando no

20

carecen de aptitud, como me sucede á mí) para esribir y publicar estos libros, y todavía no ha habido un ayalés, entre los muchos que han muerto en Madrid y otras partes dejando millones capaces de enriquecer á todo el gremio literario español, que haya dicho en su testamento: «Dejo veinte mil reales para que un escritor pobre y honrado é inteligente, y aficionado á mi valle nativo, escriba un libro recogiendo y recopilando todo lo curioso del susodicho valle»; cuando tras de nuestra generacion hayan venido otras dos ó tres, el libro será ya imposible, y hasta si llegáran hasta allá estos renglones, no faltaria quien dijese á tontas y á locas: «¿Pues por qué no le escribiste tú?», prevalido de que yo no he de estar allí para contestarle: «Pues no le escribo..... ¡por eso!»

DE LA VIDA Y LA MUERTE DE EGUILAZ.

DE LA VIDA Y LA MUERTE DE EGUILAZ [1].

Lo que voy á escribir no es más que el desahogo de un corazon lleno de dolor y tristeza. Hace muchos dias, vuelvo todas las mañanas á mi casa cada vez más desconsolado, despues de pasar la noche al lado de un enfermo amadísimo é ilustre, y hoy he vuelto con el dolor de los dolores y el desconsuelo de los desconsuelos, porque mi mano ha sentido la última pulsacion y mi aliento se ha confundido con el último aliento del amigo leal, del hermano de la mitad de mi vida, de Luis de Eguilaz.

Perdónenme los que estos renglones lean la confusion de ideas y lágrimas y áun desvaríos que encontrarán en ellas. Siempre he reconocido la conveniencia de que los que se dirigen al público por escrito ó de palabra no consientan al corazon que predomine sobre la cabeza, y á pesar de esto, nunca he conseguido que se sobreponga mi cabeza á mi corazon. ¡Cómo lo he de

(1) Este artículo se escribió el 22 de Julio de 1874, algunas horas despues de morir el ilustre poeta á quien se refiere, y se publicó con el retrato de éste, el 30 del mismo mes, en *La Ilustracion Española y Americana.*



conseguir en estos instantes en que parece haberse convertido todo mi sér en corazon para sentir y en ojos para llorar!

Quisiera recordar y narrar solamente; pero si consigo lo primero con tanta superabundancia que los recuerdos de la vida de Eguilaz se mezclan y confunden con casi todos los de la mia, esta misma superabundancia no me deja expresar con claridad y órden lo que pienso.

Todas nuestras esperanzas, todos nuestros sueños de gloria y todos nuestros dolores nos fueron comunes por espacio de veinte y cinco años. Tambien me parece habernos sido comun la muerte, porque me sentí morir cuando estrechando la mano de Luis con la mia y acercando mi rostro al de Luis, no sentí ya latir su artéria, ni sentí ya su respiracion, y entónces levanté los ojos al cielo pidiendo á Dios misericordia y amparo, si no para el que *iba*, siquiera para los que quedábamos; pues yo habia dicho con profunda conviccion en uno de mis más entrañables libros:

> Camino del camposanto
> Nos solemos encontrar
> Los que lloramos aún
> Y los que no lloran ya.

¿Cuál ha sido la vida de Eguilaz?

En el ángulo de la casa donde ha vivido y ha muerto el ilustre poeta, que es en la calle de San Agustin, entre las de Quevedo, Cervántes y Lope de Vega, hay una imágen del gran santo, que da nombre á la calle. Gene-

ralmente, y por esta circunstancia, el vulgo llama á aquel edificio «la casa del santo», y yo al oirlo y al pensar en la vida y la muerte de Eguilaz, pienso que el nombre de la casa está doblemente justificado.

Sí, la vida y la muerte de Eguilaz han sido, para los que las hemos contemplado desde cerca, la vida y la muerte de un santo y de un mártir. Si Eguilaz como poeta tuvo mucha semejanza con aquellos egregios poetas que vivieron y murieron á algunos pasos de donde él ha vivido y ha muerto, no la ha tenido menor como caballero y cristiano. En prueba de ello, reseñaré en brevísimo compendio su vida y su muerte.

Don Luis de Eguilaz y Eguilaz, que nació en 1830 en Sanlúcar de Barrameda, procedia de una noble familia, oriunda por todas sus líneas de las comarcas cantábricas, como lo demuestran los apellidos Eguilaz (alaves), Sodupe (vizcaíno) y Lapiedra (montañes) (1), y esta dilatada familia habia experimentado todo género de infortunios cuando Luis, casi niño, vino á Madrid con

(1) Poco despues de la muerte del poeta, y como en són de rectificacion de este artículo, salió un periódico de Jerez de la Frontera dándose aires de bien enterado con no recuerdo qué noticias acerca del nombre y apellido de Eguilaz. Lo que hay de cierto en esto es que cuando el poeta vino á Madrid se firmaba: «Dámaso Luis Martinez de Eguilaz y Eguilaz», y sus amigos le aconsejamos abreviára su nombre y apellido, al ménos en la vida literaria, y así lo hizo, firmando en lo sucesivo sencillamente, «Luis de Eguilaz.» El patronímico «Martinez» iba siempre antepuesto en su familia, así paterna como materna, al solariego de Eguilaz, como áun acontece en Álava donde es frecuentísimo conservar el patronímico que en Vizcaya y otras partes se ha omitido conservando sólo el solariego.

objeto de seguir una carrera literaria que le permitiese ser el amparo de su buenísima madre y sus hermanos.

Su madre era una señora de instruccion y buen gusto poco comunes, y habia alentado en Luis las aficiones literarias con tanta más confianza de que no contrariaba su vocacion, cuanto que el sabio y virtuoso don Juan Capitan, maestro de su hijo, la habia asegurado que en éste veia el gérmen de un gran poeta.

El amor á la familia llenaba el alma de Luis, y de este amor nacieron *Alarcon* y *Verdades Amargas*, dos de las treinta comedias que forman la gloriosa corona literaria de Eguilaz, escritas cuando este nombre no era más que el de uno de tantos estudiantes de leyes.

Sabía Luis que al dia siguiente de terminar esta carrera sólo podria enviar á su madre una buena noticia, y que al dia siguiente de representarse una comedia suya podria enviarle una buena letra de cambio. No se equivocaba en este cálculo económico, á pesar de que su apego al interes material era tan escaso, que sus amigos soliamos decirle cuando daba una peseta al pobre á quien nosotros dábamos un cuarto, que la daba porque no distinguia el cuarto de la peseta. *Verdades amargas* fué la primera de una larga serie de verdades dulces para su familia, que, acostumbrada á todas las holguras de la vida, habia llegado á todas las estrecheces, y para él, que encontraba su mayor dicha en el bien de propios y extraños.

Solia tener Luis muy á mano un libro que le enamoraba : la *Crónica de D. Pero Niño*, escrita por el alférez de este buen caballèro Gutierre Diaz de Gámez, y

en este libro habia leido: «Catad que cuando oramos hablamos con Dios, *é quando leemos habla él con nos.*

—¡Ah! decia Luis cuando recordaba estas últimas palabras—qué verdad tan grande y hermosa es ésta! Voz del buen sentido, voz de la sabiduría, voz de la belleza moral, voz de Dios debe ser todo lo que se escribe. ¡En qué error tan imperdonable incurren los que en boca de Dios ponen conceptos y palabras indignas de órgano tan puro y santo!

Y pensando así, jamas su pluma escribió una palabra que no fuera encaminada al bien ó no armonizase con la pureza que, así en la vida pública como en la vida privada, resplandeció siempre en aquella gran alma, que hace pocas horas voló apaciblemente al cielo!

Si no me arrepiento de haber dicho que la vida de Eguilaz fué la de un santo, quizá debiera arrepentirme de haber dicho tambien que fué la de un mártir.

En esta noble vida, si abundaron las tristezas, tambien abundaron las alegrías. Aparte de la gloria literararia del poeta, que fué mucha, pues los triunfos fueron tantos como las representaciones de sus obras, Eguilaz tenía un perenne manantial de dicha en la familia y la amistad. Hasta sus dolencias físicas, que desde la niñez eran frecuentes y crueles, hallaban casi completo alivio cuando el enfermo se veia rodeado de aquéllos que le queriamos mucho y de él éramos queridos.

Pocas horas ántes de su muerte me decia: «Siéntate y dame un poco de aquella medicina que tanto me ha aliviado todas las noches desde que me acuesto á la hora de acostarse las niñas.»



La medicina á que el pobre Luis aludia era la conversacion con que le distraiamos hacía muchos meses algunos de sus cariñosos amigos y su ya único hermano Pepe, reunidos al lado de su lecho durante las primeras horas de la noche. Rosita, su hermosa é inocente hija, me solia preguntar qué hora era, y yo le contestaba invariablemente que era «la de acostarse las niñas», y á esta contestacion aludia tambien Luis sonriendo al borde del sepulcro, con el recuerdo de su inocente hija y las familiaridades de la amistad.

Cuando se escribe llorando y con el corazon traspasado de dolor, como yo escribo ahora, es imposible hallar la calma y discrecion que se necesitan para no incurrir en inconveniencias al narrar hechos que se refieren á un muerto y á vivos que fueron queridos al muerto y lo son al escritor. Por eso reservo para un artículo, que escribiré tan pronto como recobre la serenidad de ánimo que ahora me falta, muchos rasgos de ingenio, generosidad y nobleza que abundan en la vida del insigne poeta y querido amigo por quien lloro. Estos rasgos bastarán por sí solos á dar á conocer á Eguilaz como hombre, y serán como un complemento de lo que le dan á conocer sus obras literarias como poeta (1).

(1) En la *Ilustracion* del mismo año realicé parte de esta promesa, con el título de *Recuerdos de un español ilustre*, cuyo escrito incluí poco despues en los *Cuentos del hogar* con el título de *Los Exorcizadores*. Tambien en *La Epoca* publiqué otro artículo sobre lo mismo, en que referí lo que voy á resumir en esta nota. Estando ya Eguilaz tan delicado de salud, que necesitaba acostar-



¿Cuál ha sido la muerte de Eguilaz?

Pudiera contestarse esta pregunta con decir que ha sido digna de la vida; pero como la autoridad de mi palabra no es tal que exima de pruebas á la simple afirmacion, y no hay nada trivial ni inútil tratándose de

---

se al anochecer, escribia yo un libro titulado *Madrid por fuera*, que no vió la luz pública hasta cinco años despues. Gustaba Luis de que le leyera lo que iba escribiendo. Una noche le leí un capítulo en que se censuraba á D. José Echegaray, por su famoso *discurso de la trenza*. Cuando concluí la lectura, me dijo Luis: «Lo único que debo yo decirte acerca de ese capítulo, es lo que vas á oir. Siendo Echegaray ministro de Fomento, estaba yo en la situacion más triste de mi vida. Hacía mucho tiempo que, por falta de salud, no podia escribir para el teatro; mis comedias apénas se representaban, porque desde la revolucion de 1868 los teatros se abastecian de patrioterías y zarzuelas bufas, y el hambre y la miseria llamaban á la puerta de mi casa. Vacó por entónces la plaza de Jefe del Archivo nacional, y pensé si yo tendria alguna probabilidad de obtenerla. Hablé de ello con un oficial del Ministerio de Fomento, única persona á quien conocia allí, y quedó en que se informaria del estado en que se hallaba la provision de la plaza en cuestion. El oficial, que era el Sr. Anduaga, en vez de andarse por las ramas, se fué al tronco, es decir, que habló al Ministro de mi situacion y mis deseos, y el Ministro, que no me conocia personalmente, le escuchó en silencio, y así que le oyó, le dijo por única contestacion: «Extienda V. el nombramiento, tráigamele V. »á la firma, llévesele al Sr. Eguilaz y dígale de mi parte que le estaré »siempre agradecido por haberme proporcionado la honra de ser»virle á él en algo y servir al Estado en mucho.» Esto—añadió Luis—es lo único que te puedo yo decir de ese capítulo.»—Lo que me has dicho—le contesté yo—es digno de tí, y ójala que sea digno de mí lo que voy á hacer.» Al decir esto, rasgué las cuartillas y las eché á la chimenea que ardia en una pieza inmediata. Luis me estrechó la mano en silencio, saltándosele las lágrimas, y repitió la accion cuando añadí: «Ni mi lengua ni mi pluma se pueden ya ejercitar nunca en ofensa del que así procedió contigo.»

dar á conocer cómo terminaron la carrera de la vida hombres que tan noble y gloriosamente la recorrieron, y si hay muchos que en punto á Eguilaz pueden aventajarme en decir, no así en saber lo que digo, creo muy oportuno y conveniente decir cómo se extinguió aquella hermosa y elevada inteligencia, que tanta luz habia derramado y prometia derramar en la escena española, cada vez más cubierta de sombras y cada vez más hollados y envilecidos los laureles y las flores con que la alfombraron los inmortales poetas del siglo XVII y los no ménos inmortales del segundo tercio del siglo XIX.

Hace más de veinte años que, en una nota biográfica inclusa en uno de mis humildes libros, decia yo que la tristeza habitual de Eguilaz, que algunos traducian malamente por falta de benevolencia y modestia, tenía por orígen sufrimientos morales y físicos del jóven y ya entónces laureado poeta. Aun entónces no habia experimentado el dolor de los dolores, que fué aquel que sintió al perder á la hermosa y angelical elegida de su corazon (1).

Unidos á sus males antiguos otros nuevos dolores y los que le causaban las desventuras que sufre la patria en estos tiempos, la naturaleza de Eguilaz se habia quebrantado de tal modo, que la ancianidad se habia anticipado en él más de veinte años.

(1) Los restos mortales de esta jóven y virtuosa señora, trasladados al sepulcro que iba á recibir los del ilustre poeta, fueron hallados maravillosamente incorruptos, circunstancia que, como es de suponer, sirvió de algun consuelo á su digna madre y hermanos.



Tambien contribuia á ello la gran parte de vigor y vida que el poeta gastaba en cada una de sus obras. Su imaginacion no necesitaba esfuerzo alguno para producirlas, porque la idea brotaba de ella como espontáneo raudal de rica y hermosa luz; pero, en cambio, el corazon parecia salir envuelto en aquel raudal. Era tanto lo que sentia el poeta cuando cantaba, que parecia habérsele ido años de vida en cada canto. Ante el cadáver de un hombre que nunca tuvo más que generoso perdon para el que le habia ofendido, no quisiera yo acusar á nadie; pero en este momento soy historiador, y si la Historia es, como creo y la han definido los maestros más doctos, espejo de la verdad, no debo consentir que la verdad deje de reflejarse en un punto importante de ella.

Los periódicos anunciaron, hácia mediados de Abril último, que Eguilaz habia tenido el dolor de perder á su pobre hermana Luisa, que era la perpétua compañera y el inmediato consuelo de la anciana madre del poeta.

El mismo dia en que Luisa habia sido enterrada, fuí á ver á Luis que hacía dias no salia de casa, y le encontré llorando. Comprendí que sus lágrimas no eran sólo por la pérdida que habia sufrido el dia anterior, pues la noche precedente le habia yo dejado completamente resignado con aquella nueva tribulacion que Dios le enviaba; y como le preguntase la causa de sus lágrimas, me contestó con amargura é indignacion impropias de su alma indulgente y resignada:

—Acaban de darme una noticia que te asombrará como á mí me ha asombrado: andan buscándome por los



sitios públicos, como á un hombre sin casa ni hogar conocidos, para llevarme á la cárcel ó al destierro, porque, al parecer, se me supone autor de no sé qué infames sonetos anónimos. Yo creia que mi vida y mis obras, y mi cargo público (1), me eximian de tal suposicion y me daban derecho á que en todo caso, la autoridad me buscase en mi casa ó me llamase de otro modo á su presencia. Ya ves si tengo motivo para afligirme.

La autoridad superior le llamó al fin á su presencia, por medio de un «sírvase V.» escrito; y no permitiéndole su salud obedecer personalmente este mandato, delegó persona que le representase, y se consiguió que no volviese á ser molestado en este triste asunto.

Para que se comprenda cuán insensata era la sospecha de que Eguilaz hubiese mancillado su noble ingenio empleándole en la difamacion anónima, citaré un hecho.

Luis solia ir por las tardes al café de la Iberia, para distraer algun tanto su tristeza y malestar con la conversacion de amigos y conocidos suyos, afiliados en todos los partidos políticos, ó en ninguno, como él, que odiaba á las banderías políticas, y como yo amaba todo lo bueno y aborrecia todo lo malo de liberales y absolutistas. Como por casualidad oyese que un sujeto, á quien él no conocia, aconsejaba á un poeta amigo suyo, de fe-

(1) Ya he dicho que era Jefe del Archivo nacional, cargo que le confió el ministro de Fomento D. José Echegaray, por un rasgo de generosidad que contrastaba con la conducta, en el caso que aquí se refiere, del gobernador civil de Madrid cuyo nombre callo deliberadamente.



licísimo ingenio, que compusiese no sé que versos difamando á una señora, Luis se acercó á su amigo (1), así que el desconocido se retiró, y aunque le habia oido rechazar aquel mal consejo, le dijo :

—He creido hasta aquí que me honraba dándole á usted el nombre de amigo y estrechando su mano; pero tengo por tan infame y cobarde la difamacion, y más aún la difamacion anónima, y muchísimo más la de una mujer, sea quien sea, que si V. incurriera en tal infamia y cobardía, mi mano no se mancharia volviendo á estrechar la de V., ni mis labios volviendo á llamarle á V. amigo (2).

La contestacion á esta noble advertencia fué la que Luis deseaba.

Tan honda y funesta impresion hizo en Eguilaz la sospecha de que fuese autor de los versos infamatorios que la autoridad perseguia, sospecha que, para que en todo fuese absurda, se rechazaba hasta con el estilo peculiar, propio é inconfundible con ningun otro, que caracterizaba á los versos de Eguilaz, quien, por otra parte, nunca compuso un soneto, tan honda y funesta impresion hizo aquella sospecha en el poeta, que este desde aquel dia caminó rápidamente al sepulcro.

---

(1) Don Márcos Zapata que posteriormente ha alcanzado grandes triunfos escénicos con *El Anillo de hierro* y otras obras dramáticas.

(2) La difamacion por medio de sonetos anónimos fué muy frecuente en el reinado de Isabel II, siendo objeto de ella esta señora. Tengo motivos para creer que esto no ha sido obstáculo para que los difamadores ó el difamador hayan ejercitado su musa en cantar á D. Alfonso XII.



¡Qué larga y qué dolorosa, pero qué resignada y noble, y hasta á veces radiante de luz como lámpara próxima á extinguirse, fué la agonía que empezó el dia en que enterraron á la pobre Luisa, é hicieron llorar de vergüenza é indignacion al pobre Luis!

Don Diego de Parada, aquel leal amigo de toda su vida, aquel docto médico á quien inmortalizó incluyendo su nombre en el texto de *La Cruz del matrimonio*, y advirtiendo en una nota que, despues de Dios, á él debia la conservacion de la vida, lleno de desconsuelo nos anunció el 20 de Julio, que nada esperaba ya de la ciencia y su única esperanza estaba en Dios.

El dia 21, apénas se vió libre el extenuado enfermo de una horrible fiebre que habia durado cerca de veinte y cuatro horas, expresó legalmente su última voluntad, reducida á decir que encargaba la tutoría de su tierna hija á D. Diego Luque, su queridísimo amigo y compañero de toda su vida, y espontáneamente pidió que se llamase para que le prestase los auxilios de la religion al Sr. D. Tomás de Aquino Santin, respetable y virtuoso sacerdote, hermano político del Sr. Parada, y en cuya piedad y consejo solian encontrar alivio las tribulaciones de su espíritu.

Era ya tarde, estaba fatigadísimo por efecto de la pasada calentura, y mostraba irresistible inclinacion al sueño y el descanso. El médico creyó, y creimos todos, que no ofrecia peligro alguno su vida hasta que tornase la fiebre al declinar el dia siguiente, y se aplazaron para el dia 22 á primera hora los auxilios espirituales.

Despues de haber dormido apaciblemente por espacio

de dos horas, estaba despejadísimo y animoso al acercarse la media noche. Don Eduardo Bustillo, D. Pedro María Barrera, D. Antonio Arnao y D. Alonso Gullon, á quienes queria entrañablemente, y otros amigos no ménos queridos, acababan de marcharse, instados por nosotros, en vista de que no creiamos el peligro inminente. Tambien se habia retirado á descansar Pepe, que le asistia ordinariamente desde las seis de la mañana á las once de la noche, con amor y celo superiores á todo encarecimiento.

—¿Qué amigos han venido esta noche?—nos preguntó á Diego Luque y á mí.

Diego y yo nos miramos ántes de contestarle, nos comprendimos y mentimos, añadiendo á los nombres de los que no le habian olvidado en aquellas horas supremas los de otros que parecian haberle dado al olvido hacía tiempo, quizá porque ignoraban la gravedad de su estado.

—Háblame algo de teatros—dijo á Diego, que nada sabía sino que Luis se estaba muriendo y que en el mundo no habria consuelo para él despues que Luis muriese, y Diego tuvo bastante valor ó ingenio para recitarle toda una crónica teatral.

—Si has leido los periódicos, cuéntame algo—me dijo Luis así que Diego terminó.

Y yo que sólo sabía lo triste que sabía Diego, le recité una crónica política ennegrecida, contra mi voluntad, con la negrura que entónces enlutaba mi alma.

Poco despues empezó á recargarse nuestro pobre enfermo, atribuyéndolo él á debilidad y exacerbacion ner-

viosa, que creia se aliviase con un poco de caldo y algunas cucharadas de pocion antiespasmódica.

Sobrevínole un frio y copioso sudor que nos alarmó, y como se renovase la dificultad de respirar, le incorporamos un poco en la cama.

—*¡Esta es una crísis muy grave!*—nos dijo con voz natural y clara—y quedó silencioso y algo reposado despues de pronunciar estas sus últimas palabras, que indudablemente se referian á la crísis que se obraba en él.

Yo le pulsé y apoyé el rostro en su frente. Ni el pulso ni el calor parecian haber disminuido.

Hablábamosle y no respondia, lo que no nos extrañó mucho, porque su oido hacía dias era muy tardo, y mucho más durante la exacerbacion del mal.

Diego estaba á un lado de la cama y yo al otro, y el pintor escenógrafo D. Jorge Busato, único hombre que nos acompañaba, presenciaba esta escena, que llenaba de lágrimas sus ojos y de angustia su noble y sencillo corazon.

Comprendiendo que aquél no era uno de tantos ataques de carácter espasmódico como Luis habia sufrido, se fué á toda prisa á buscar la Santa Uncion, y Diego le aplicó á los labios una crucecita que estaba á la cabecera de la cama.

Los signos cadavéricos se iban acentuando, y la respiracion era cada vez más débil, hasta el punto de que no la percibiamos ya aunque el pulso no habia cesado por completo.

Cuando llegó la Santa Uncion, áun creiamos que aquello fuese un pasajero síncope, pues no habiamos

notado ningun estremecimiento ni descomposicion muscular, ni lo que el vulgo llama boqueadas, ni nada de lo que comunmente diferencia á la agonía del sueño más natural y apacible.

Júzguese de nuestro dolor cuando el sacerdote tocó la artéria y dijo :

—¡Ha fallecido!

Era la una y media.

Cuando el sacerdote se retiró despues de encomendar á Dios el alma del finado; Diego se echó á llorar sin consuelo.

—¡Diego, le dije, cerca de nosotros duerme la pobre Rosita ; no léjos de aquí adivina la pobre doña Luisa la muerte de su cuarto hijo! Ahora comienza para tí la segunda parte de la batalla, y debes mostrar en ella tanto valor como has mostrado en la primera, porque con esa confianza se ha entregado Luis apaciblemente al postrer sueño.

Diego calló, se enjugó los ojos, me estrechó la mano, y encerrándose en la alcoba mortuoria con la valerosa, fiel é inteligente nodriza de Rosita, que tambien se sobrepuso á su dolor, amortajaron á Luis.

Despues, el actor D. Antonio Zamora (que habia acudido desolado al saber casualmente aquella desgracia) y yo, nos fuimos á un gabinete, nos reclinamos en un sofá, y hasta que acabó de amanecer estuvimos allí llorando bajito, bajito para que Rosita no despertára!

Madrid, 22 de Julio de 1874.



LOS MANRIQUE.

LOS MANRIQUE [1].

Una de las grandes aficiones de los señores reyes de armas eran las etimologías de sonsonete, con cuyo nombre designo aquellas que se fundan en una analogía de sonido entre dos ideas completamente distintas, pero pocas veces se rompieron ménos la cabeza en busca de esta analogía que al explicar la etimología del ilustre apellido de los Manrique, que en mi concepto y el de personas que saben más que yo, es de procedencia gótica.

Algunas veces no tejian de mala apariencia las etimologías de sonsonete, porque el oficio era socorrido y la obra se admitia sin exámen pericial; pero otras veces el tejido era tan burdo que no se concibe pudiera admitir la tela ni áun el parroquiano más lerdo. En este último caso se halla la del apellido en que hoy me ha tocado ocuparme.

Cuentan los reyes de armas, y si no recuerdo mal, uno de los que lo cuentan es mi paisano Anton de Bedia,

(1) Con el título de *Las patrañas genealógicas*, tengo medio escrito un libro, del cual forma parte esta *patraña*, que por cierto no es de las más desatinadas que urdian los genealogistas llamados reyes de armas.

que hácia las riveras cantábricas del Ebro vivia un caballero que habia jurado morir en estado honesto si no encontraba para casar una mujer tal como él la habia soñado. Como era noble, y rico, y galan, y guapo, las chicas más nobles, ricas, discretas y hermosas de las merindades de Castilla, y áun de peñas abajo, se le metian como quien dice por los ojos, pero él les daba calabazas á todas, porque ninguna realizaba en lo físico, y particularmente en la color del rostro, su caprichoso y peregrino ideal, que era una mezcla de rosa y azucena que todos los coloristas del mundo eran incapaces de combinar perfectamente.

Un dia de aquéllos que los cazadores llaman de fortuna, ó lo que es lo mismo, un dia que habia nevado si Dios tenía qué en la cordillera pirenaico-cantábrica, nuestro caprichoso caballerito se fué de caza por la susodicha cordillera. El caballerito, á quien, á falta de otro nombre, darémos el de D. Caprichudo, que le cuadra á maravilla, vió una avecica en un árbol; le disparó la escopeta ó lo que fuese, la derribó y corrió á cogerla. Al ir á echarle mano sobre la nieve, donde se agitaba con las ánsias de la muerte, dió D. Caprichudo un grito de admiracion y alegría, viendo la hermosura de color que resultaba de la mezcla de la sangre con la nieve, y pensó que si encontraba una mujer que tuviese en la cara color tan maravilloso como el que formaban al juntarse la nieve y la sangre de la avecica, se casaria con aquella mujer, sin más averiguacion y aunque, por lo demas, fuese más fea que el voto va Dios.

Echóse en seguida á buscar una mujer que correspon-

diese en un todo á su antojo, y la encontró sin necesidad de molestarse mucho en su busca, porque el diablo, que anda siempre á la que salta, se habia enterado de todo, y tomando la figura de mujer tal como la soñaba el caballerito, le salió á éste al paso, le contó no recuerdo qué peregrina historia que venía á ser miel sobre hojuelas; le hizo cuatro zalamerías que acabaron de enamorarle, y el galan casó inmediatamente con aquel montoncito de rosas y azucenas.

Don Caprichudo y su señora se querian como unos tontos, y tenian ya dos chicos que eran lo que habia que ver de hermosos y listos; pero D. Caprichudo, que era muy buen cristiano, no las tenía todas consigo porque la señora parecia judía segun la aversion que tenía á la iglesia y el gesto que ponia cada vez que su marido le decia: «Pero, mujer, tú no eres una madre como Dios manda, porque á esos chicos les enseñas picardías en vez de enseñarles la doctrina cristiana.»

Una de las criadas le fué un dia al señor con el chisme de que la señora cuando iba á misa no tomaba agua bendita y se tapaba la cara con las manos al tiempo de alzar el señor cura la hostia y el cáliz; y como llovia sobre mojado, el señor se guardó de echar en saco roto aquel aviso.

Llegado el domingo, la señora fué á misa con un chico de cada mano, no por su gusto, pues siempre se hacía la sorda cuando tocaban á misa, y sólo iba á oirla por no oir el sermon que su marido amenazaba echarle encareciendo las excelencias del santo é incruento sacrificio.

Así que la señora y los chicos partieron, el señor llamó á dos criados de su confianza y les dijo:

—Vais á ir á la iglesia; os vais á arrodillar durante la misa uno á cada lado de la señora como que es por casualidad; vais á estar con mucho ojo cuando toquen á alzar, y si veis que la señora levanta las manos para taparse la cara, se las sujetais hasta que el señor cura haya alzado la hostia y el cáliz.

Los mozos, que eran listos y bien mandados, fueron á la iglesia, y se arrodillaron como su amo les habia mandado, uno á cada lado de la señora, haciéndose los disimulados.

En efecto, cuando el cura fué á alzar la hostia, la señora quiso levantar las manos para taparse la cara, como si viera al diablo, y entónces los mozos, que la observaban con el rabillo del ojo, se las sujetaron, convirtiendo las suyas poco ménos que en tenazas; pero, no se sabe cómo, la señora, dando un terrible grito, logró desprender ambas manos de las de los criados, asió de la suya á cada uno de los chicos que tenía al lado, é infestando la iglesia de un humo que olia á demonios, se remontó hácia la bóveda y desapareció por una ventana con uno de los chicos, pues el otro no cupo porque era el más grandecito, y cayó al suelo, de donde le levantaron sin sentido y con la mano que le habia asido su madre toda achicharrada.

Aquel chico vivió, creció y fué un caballero cumplido en todo; sólo que quedó para siempre manco de la mano achicharrada, por lo cual se le conoció con el nombre de *Manrique*, que se trasmitió como cognómen ó apellido

á sus sucesores. Y aquí tienen ustedes explicado, con una fuerza de ingenio que tumba patas arriba, el orígen del ilustre apellido de los Manrique.

Los genealogistas é historiadores serios dan á los de este linaje orígen tan ilustre que los hacen proceder de reyes y de señores tan insignes como los de Lara; pero los señores reyes de armas los hacen descender, como hemos visto, por la línea materna, nada ménos que del diablo en persona.

¡Eran el diablo para estas investigaciones muchos de los señores reyes de armas, y entre ellos mi paisano Anton de Bedia!

IBEROS Y LATINOS.

IBEROS Y LATINOS.

I.

No voy á ocuparme en una investigacion erudita, razonada y extensa de la parte proporcional que corresponde á cada una de las razas fundidas en la que actualmente puebla nuestra Península. Ademas de ser un trabajo superior á mis conocimientos, no conduciria al fin que me propongo, reducido á compendiar, en corto espacio, la teoría más admitida y racional sobre la etnología y la lingüística españolas. El asunto es de suyo tan curioso é importante, que debieran conocerle todos nuestros compatriotas, aunque sólo fuese por medio de nociones elementales, que son las que yo voy á dar.

Llámase raza latina al conjunto de los habitantes de la Península ibérica, y esta denominacion me parece poco apropiada, ya se funde en el orígen de los habitantes, ya en el de la lengua que éstos hablan, porque ambos orígenes ofrecen un complexismo que excluye la calificacion absoluta; y aunque el elemento latino predominase, así en la raza como en la lengua, no sería razon suficiente para que no se haya buscado denomina-

cion más adecuada. Aparte de los elementos, heterogéneos sí, pero extraños á los procedentes del Lacio, que entrañan la raza y la lengua dominantes en España, hay en nuestra Península determinada porcion de territorio, y determinado número de habitantes, que son completamente extraños al elemento latino, pues ni éste dominó nunca en aquel territorio, ni aquellos habitantes tienen sangre latina, ni la lengua que hablan tiene conexion con la que se supone haber servido de base á la que con mucha propiedad se llama castellana y no debe llamarse española, puesto que no es la única lengua que en España se habla.

Llamaban los griegos auctoctones á los que pretendian ser originarios del país que habitaban, y los latinos daban el nombre de aborígenes á los antiguos habitantes de un país. De los auctoctones de España no se halla rastro digno de atencion en la Historia, ni áun remontándose al Génesis para buscarlos; pero no así de los aborígenes, que no cabe relegarlos á los tiempos prehistóricos, como es preciso relegar á sus antecesores, si es que los tuvieron.

¿De dónde procedieron los aborígenes ibéricos, que al verificarse la invasion latina ocupaban la casi totalidad de la Península, cuya posesion ninguna nacion extranjera les habia disputado sériamente? Al hacer esta pregunta tengo en cuenta que los celtas, más bien llegados en són de demanda de hospitalidad que en són de conquista, y como huéspedes pacíficos y no como soberbios y turbulentos invasores, se habian establecido en el relativamente corto territorio que los iberos les habian cedi-

do al efecto. El mismo nombre de Iberia que los iberos habian dado á la Península indica la procedencia de los primeros habitantes de España, cuya existencia conmemora la Historia. Hay quien opina que en nuestra Península el verdadero pueblo auctocton es aquel que encontraron los latinos, por cuanto este pueblo vino del Oriente en los primitivos tiempos de la historia del hombre, y fué el primero que pobló esta region, á la que dió el nombre de España, que en su lengua asiática, que áun persevera en un rincon de la Península, significa labio, borde, extremo, límite, como lo era del mundo entónces y muchos siglos despues conocido, conservando al mismo tiempo la memoria de su patria originaria con la imposicion del nombre de un rio y una region de la misma, á un rio y á una region de la que habia de ser patria de sus hijos. Saben, pues, la etnología y la lingüística modernas que el pueblo, ya auctocton ó ya aborígen, que los latinos encontraron en nuestra Península, procedia de aquella Iberia asiática que tènía por límites septentrionales los montes Cáucasos y la Sarmacia europea, y por límites meridionales la Armenia mayor, cuya nomenclatura geográfica se reprodujo, y áun persevera en la Cantabria oriental. La lengua de aquel pueblo, subsistente aún á la sombra del Pirineo, ofreciendo, como dice un escritor frances (1), eterno asunto de estudio á todos los filólogos (ménos á los españoles, añado yo, que desdeñan profundamente este estudio, y áun se creerian

(1) *Histoire de la literature contemporainne en Espagne*, por Gustave Hubbard.—París, 1876.



profundamente rebajados y sin opcion á sentarse en las Academias, si no procediesen así); la lengua de aquel pueblo conserva rastros é indicios irrecusables de tal orígen, pues, como observa uno de sus cultivadores más doctos y desdeñados (1), el nombre de Asia significa en la lengua euskara ó ibérica *principio*, como lo fué del género humano aquella region, y el de Asiria, *principio de poblacion*, como tambien lo fué de la poblacion humana la region que designa.

Uno de nuestros escritores contemporáneos más juiciosos é instruidos (2), se lamenta de que nuestros historiadores, copiándose unos á otros, sin criterio propio, hayan concedido á los aborígenes de España ménos importancia que la que atribuyen á ciertas colonias de cartagineses, griegos y fenicios que se establecieron en las costas del Mediterráneo, y apénas puede comprender cómo se da por base de su poblacion á un gran pueblo algunas tribus extranjeras y famélicas que vinieron á comerciar en sus costas meridionales, sin que ocurra atribuir á ese mismo pueblo una existencia y una civilizacion acaso anterior en veinte siglos á esas colonias de aventureros que buscaron refugio y subsistencia en los extremos meridionales de la Península ibérica.

Yo creo que, en efecto, es criterio lamentable el que echa en cara á nuestros historiadores el escritor á que

(1) *El Mundo primitivo*, por D. Juan Bautista de Erro. — Madrid, 1812.

(2) El Sr. Brusola, en un estudio histórico sobre Valencia, publicado en la Revista titulada *La Defensa de la Sociedad*.

me refiero, y, por tanto, es llegada la hora de que, al investigar los primeros y oscuros tiempos de nuestra historia, el historiador se valga de medios de que, por ignorancia ó irracional desden, no se valieron los españoles que le precedieron en la misma tarea. Estos medios son los que ofrece la lengua de nuestros aborígenes, conservada como providencialmente, viva y esencialmente pura hasta nuestros dias en un rincon de España.

Un extranjero, el sabio Guillermo de Humboldt, emprendió, al comenzar el presente siglo, la investigacion de nuestros aborígenes, empleando para ello, como medio principal, la lengua euskara, que préviamente estudió, sospechando que fuese la que predominaba en la Península ibérica al advenimiento de la dominacion romana. Desde entónces la lengua ibérica, como dice el señor Hubbard, es eterno asunto de estudio para todos los filólogos extranjeros, y sin embargo, nuestros filólogos, nuestros arqueólogos, nuestros historiadores, nuestros sabios, nuestras Academias continúan haciendo caso omiso de la existencia de esa lengua y de la existencia de esos estudios. ¡Como si España fuera el único pueblo al que ningun interes deban inspirar una ni otros! Esta indiferencia, esta calculada omision, este desden irracional é inconcebible no tiene más razon ni causa que una menguada rutina de corporacion y de escuela. Pudo ser disculpable hace un siglo, tiempo á que se remonta su orígen, pero no lo es desde que Humboldt echó en esta cuestion el gran peso de su autoridad, y mucho ménos hoy, en que otros cien no ménos doctos han añadido á la del sabio aleman el peso de la suya.

Esta indiferencia, esta calculada omision, este desden no pueden continuar, porque nuestras Academias, por sábias y respetables que sean, no pueden seguir resistiendo la corriente del estudio y la doctrina de los etnólogos y lingüistas extranjeros que condenan diariamente esa indiferencia con esos eternos estudios á que alude el novísimo historiador extranjero de nuestra literatura contemporánea. Muy pronto aparecerá un sabio español, quizá un académico de la Historia, que reconociendo como irracional é indigna de la ciencia moderna, y áun del patriotismo español, la tradicion académica que hace completo caso omiso hasta de la existencia de la lengua aborígen española, rompa valerosamente tan mezquina tradicion y tome asiento en esa sábia asamblea de filólogos que preside, áun despues de muerto, el doctísimo autor de las *Investigaciones sobre los antiguos habitantes de España*. Quizá ha asomado ya en el horizonte de la ciencia arqueo-filológica el docto español que realice noblemente esta esperanza mia, porque en un eruditísimo discurso de recepcion leido hace algunos meses ante la Real Academia de la Historia por uno de nuestros arqueólogos, aunque de los más jóvenes, de los más entendidos y estudiosos, encuentro palabras como éstas, que parecen un decidido conato de emancipacion escolástica, si bien ahogado y contenido por el respeto hasta á las injustas preocupaciones de la corporacion en que ingresa, y por el hábito de transigir con estas preocupaciones: «Frecuente es tambien el uso de las letras modernamente llamadas ibéricas..... No se han estudiado todavía las lápidas celtibéricas (entiéndase ibéricas)

de nuestro país; mas con las pocas que se han recogido, escritas éstas en su mayor parte en lengua ibérica mezclada con la romana, se puede observar el persistente curso de idioma y de caractéres indígenas hasta fines del tercer siglo» (1).

Este perseverante arqueólogo, si, como es de esperar, se decide á seguir la senda que le señaló Humboldt, necesitará empezar por donde éste empezó: por estudiar profundamente la lengua ibérica, con lo que, al paso que ensanche su ya vasto saber, fortalecerá inmensamente su fe en la utilidad del conocimiento de aquella

(1) Ya los epigrafistas españoles de hoy se avienen, aunque de mala gana, á llamar ibéricas á las inscripciones que sólo denominaban celtibéricas (cuando no las llamaban monacales) los epigrafistas de ayer, es decir, de la última mitad del siglo XVIII, en que comenzó la especie de cruzada académica anti-euskarista, que empezó á perder bríos cuando los filólogos modernos, influidos por los estudios y la autoridad de Guillermo de Humboldt, empezaron á salirle al encuentro. Yo creo, fundándome en la traduccion que los árabes hicieron de algunos nombres geográficos ibéricos al invadir la Península en el siglo VIII, que en esta época áun se conservaba la lengua aborígen en algunas comarcas montañosas del interior de España. Si en las mismas localidades no hubieran encontrado quién les diera á conocer el significado de aquellos nombres, no hubieran podido hacer la traduccion. Por ejemplo: Guadalajara se llamaba *Arrica* ó *Arricoa*, que en la lengua ibérica equivale aproximadamente á la significacion del nombre que los mahometanos le dieron y áun conserva. Con posterioridad al año 1876, en que se escribieron esta nota y el artículo á que corresponde, ha sido admitido en la Academia Española de la Historia el Padre Fidel Fita, docto jesuita consagrado principalmente á los estudios lingüísticos, y en particular al de la euskara. Por tanto, se ha cumplido mi profecía y se ha roto la insensata tradicion escolástica anti-euskarista que por tanto tiempo ha dominado en aquella sábia Corporacion.



lengua. Su mismo discurso ofrece un ejemplo muy elocuente de cuán necesario es en España tal conocimiento para el estudio de la epigrafía prelatina (1). Entre las esculturas antiguas halladas en el Cerro de los Santos, y que son objeto de su estudio, se cuentan várias que representan sacerdotisas de un templo pagano, que llevan en las manos la ofrenda destinada á las divinidades á cuyo servicio estaban consagradas. Una de ellas aparece llevando un vaso en las manos, y en el pecho en caractéres ibéricos reconocidos como tales por el señor Rada, y cuya correspondencia con nuestro alfabeto latino no ofrece la menor duda, esta inscripcion :

INSI

que leida de derecha á izquierda, como comunmente hay que leer las inscripciones ibéricas, debe leerse :

ISNI.

El Sr. Rada, valiéndose de la lengua egipcia, que supone empleada en esta inscripcion, y leyendo en ella la palabra *onko*, traduce esta palabra, con ayuda del Diccionario de Champolion, por pan de la ofrenda. Y sin embargo, *isni* ó *esni* (pues la *i* y la *e* se confunden con frecuencia en el euskaro) así como pertenece por los caractéres al alfabeto ibérico, pertenece por el idioma á la

(1) Discurso leido ante la Real Academia de la Historia en su recepcion, por D. Juan de la Rada y Delgado.



lengua ibérica, euskara ó vascongada, en la que equivale á leche. La sacerdotisa, pues, que lleva un vaso en la mano y en el pecho la inscripcion ibérica *isni*, era la encargada de la ofrenda de leche y no la encargada de la ofrenda de pan, para cuyo ofrecimiento no es el utensilio más adecuado el que por excelencia llamamos vaso los modernos.

¡Figurémonos, por este ejemplo, cuán á mandíbula batiente no se reirán los epigrafistas de lo pervenir cuando sepan la lengua que ignoran los epigrafistas de lo presente y vean la formalidad y la ciencia con que estos últimos dieron por inscripciones, por ejemplo, caldeas, inscripciones que pertenecian á una lengua viva y vulgar en su patria!

Estoy seguro de que el sabio y nuevo académico á quien he citado ha de ser el primero que se admire de que él no empezase sus estudios lingüístico-arqueológicos por el de la lengua que estudió Guillermo de Humboldt, ántes de emprender el estudio de la arqueología española.

II.

La lengua y la raza que predominaban en la Península al invadir ésta los romanos eran las que habian venido de las estribaciones meridionales del Cáucaso y de las riberas del Eufrates, en tiempos tan antiguos,

que no sin fundamento pudo decir un descendiente de los antiguos iberos á un Montmorency que se alababa de que su linaje databa de mil años: «El mio no data.» Que aquella misma lengua se dividia en diferentes dialectos, como hoy se divide en la reducida region donde subsiste, no cabe duda: si no lo asegurára la razon natural y áun el testimonio de algun escritor coetáneo á la de los primeros tiempos de la dominacion latina, lo asegurarian algunos monumentos gráficos ibéricos, descubiertos modernamente en diferentes puntos de la Península. Las colonias extranjeras establecidas en las costas del Mediterráneo debian tener circunscrita su respectiva lengua al rádio que ocupaban, y áun allí debia compartir el dominio con la indígena, como parecen demostrarlo la mezcla de caractéres é idiomas que ha observado el estudiosísimo Sr. Rada en las inscripciones del herácleo ó templo del Cerro de los Santos. En cuanto á la lengua celta, de tal modo la habia absorbido la ibérica, que no formaba más que un dialecto de esta última, y así se explican las confusiones y dudas que han querido obviar nuestros epigrafistas dando el nombre de celtibéricas á las inscripciones que sólo de ibéricas debieron calificarse.

Las colonias extranjeras que los latinos encontraron en nuestras costas meridionales les sirvieron de punto de apoyo para la dominacion de la Península. Estableciéronse en el seno de aquellas colonias, y, trasformándolas en latinas, fueron invadiendo, primero las riberas de los rios meridionales más caudalosos, como el Guadalquivir y el Guadiana, y sucesivamente fueron avan-

zando hácia el Este y el Oeste y, sobre todo, hácia el Septentrion. Este avance no se verificó con la rapidez con que algunos siglos despues habia de verificarse el de los mahometanos, que en vez de encontrar, como encontraron los latinos, un pueblo indígena en quien el amor á la patria se habia vigorizado con la posesion del territorio y la cohesion de raza, de idioma y de costumbres no interrumpidas en un período cuyo principio se perdia en la noche de los tiempos, encontraron un pueblo dividido, debilitado, desnaturalizado por las invasiones de latinos, alanos, vándalos, suevos y godos.

Los indígenas, amantes de su nacionalidad y de su lengua, opusiéronles larga y tenaz resistencia; pero como constituian un pueblo pacífico y sencillo, más acostumbrado á las faenas agrarias y á la vida pastoral que á los ejercicios guerreros, constante y única ocupacion de los romanos, éstos fueron avanzando y subyugando al pueblo indígena, que sólo en las montañas y valles del Septentrion pudo oponer á los invasores tan poderoso dique, que no lograron quebrantarle, como más tarde no lo lograron los godos ni los sarracenos, lo que explica la conservacion hasta nuestros dias de la raza, la lengua y las costumbres ibéricas aquende y allende las estribaciones del Pirineo bañado por el océano Cantábrico.

Al comenzar el siglo v de la Era cristiana, cuando la dominacion pacífica de los latinos contaba ya cuatro, sobrevino la invasion de los bárbaros del Norte. Familiarizados ya, y fundidos como en una sola raza iberos y romanos, que ya tenian una lengua, una literatura y

áun una fe comun, opusiéronse á los invasores; pero causas cuya explicacion haria excesivamente largo este humilde estudio, habian debilitado de tal modo el poder de Roma, que la resistencia fué inútil. Los godos, que pertenecian al número de los invasores, eran los más civilizados : habian sostenido largas relaciones con el imperio romano, ya como amigos, ya como adversarios, y conocian la lengua latina que adoptaron al encontrarla en España más ó ménos perfecta. Estas circunstancias valieron á los godos las simpatías de los españoles, que los ayudaron á rechazar á los demas bárbaros, y conseguido esto, se sometieron á su imperio.

Durante la dominacion romana la lengua latina habia sustituido á la ibérica en toda nuestra Península, excepto las provincias de allende el Ebro, donde perseveraban puras la raza, la lengua y las costumbres aborígenes de España, como sucedió cuando á la dominacion gótica siguió la mohometana. Á la sombra de la lengua literaria y culta que era la latina, tan pura como en la misma Roma se hablaba y escribia, se habia ido formando otra lengua vulgar que, teniendo por base la latina y la ibérica, abundaba en voces griegas, fenicias y cartaginesas, cuyo caudal vinieron á aumentar luégo las arábigas, y esta lengua vulgar era la destinada á constituir al fin la lengua castellana.

En el siglo VI, Leovigildo y Recaredo contribuyen poderosamente á identificar y unificar los elementos españoles con los góticos, casando el primero con una española, y el segundo escribiendo y publicando en latin el Fuero Juzgo y abandonando el arrianismo, que

era la religion oficial de los godos, para hacerse católico, á cuya religion habia permanecido fiel el pueblo español. Entónces desapareció por completo la lengua de los godos y predominó el latin como lengua nacional y litúrgica, aunque la lengua vulgar continuase siendo aquélla que se habia iniciado durante la dominacion romana, teniendo por principal base la latina y la ibérica.

Dos lenguas, que procedian, principalmente una, de la latina y la otra de la latina y la ibérica, se disputaron en el siglo XIII la prerogativa de constituir la lengua oficial y nacional española : estas lenguas fueron la de don Fernando el Santo y la de D. Jaime el Conquistador, ó lo que es lo mismo, el castellano y el lemosin. Don Fernando hizo traducir en la primera el Fuero Juzgo, y D. Jaime hizo escribir en la segunda los hechos de su reidado; pero la victoria fué para la castellana, que ya entónces tenía historia y merecimientos para ser la lengua oficial de un gran pueblo. Hácia la primera mitad del siglo XII, la lengua vulgar española habia reemplazado al latin en los claustros ; en aquel mismo siglo la habia empleado D. Alfonso VII para dar fueros á Oviedo y Avilés, y al comenzar el inmediato siglo los reyes de Castilla y Leon se valieron de ella para la celebracion de tratados de paz. Durante los siete siglos que España empleó en la reconquista de su territorio del poder musulman, cuya dominacion es sabido principió al comenzar el siglo VIII, y terminó al concluir el siglo XV, la lengua que debia llamarse castellana no cesó un punto en sus conquistas, que debian elevarla á lengua nacional.

¿Qué habia sido entre tanto de la lengua ibérica, de la lengua aborígen refugiada en nuestras montañas septentrionales, y salvada como milagrosamente de la proscripcion á que condenaban los romanos, como primera providencia, la lengua indígena de los países que subyugaban? Allí permanecia aún viva, pura, elocuente, dulce y expresiva, como ninguna otra lengua del mundo, segun testimonio de Humboldt, que las conocia todas; allí permanecia aún mucho despues, calificada por el insigne historiador Juan de Mariana, de «mala lengua de los vizcaínos»; de «bárbara», por el gran Camoens; de «guirigay», por los diaristas del siglo XVIII, y de «mosaico moderno, compuesto de desechos de todas las lenguas», por el académico Traggiá, patrocinado por la docta Academia de la Historia al comenzar el siglo XIX; allí permanecia calificada así por la razon que tenian los salvajes del Negro Ponto para llamar bárbara á la lengua de Ovidio: ¡porque no la entendian!

Precisamente cuando la Academia de la Historia, dócil agente de la soberbia y el absolutismo de Godoy, que se irritaba de que la soberanía popular existiese de hecho y de derecho en un rincon de España, elucubraba el Diccionario de las provincias Vascongadas y Navarra, cuyo objeto no era otro que el de combatir en todos conceptos y sin escrupulizar en los medios, lo que irritaba á Godoy y sus aduladores; precisamente entónces el sabio aleman Guillermo de Humbdolt, despues de haber estudiado todas las lenguas de América y de Europa, se encerraba en los valles cantábricos años enteros, y estudiaba profunda y prácticamente la antiquísima

lengua que se hablaba en aquellos valles, para proclamar más tarde, á la faz del mundo científico, que aquella lengua era la más admirable de todas las que conocia, y que lengua y raza conservadas en aquellos valles procedian directamente de los aborígenes de España.

Miéntras la lengua ibérica permanecia inmutable en nuestras montañas septentrionales, y fuera de éstas sólo recordada para ser despreciada, ¿qué hacía la raza ibérica, conservada tambien allí? Á pesar de su pobreza y lo exiguo de su número, peleaba heroica y diariamente en las costas y fronteras del Norte y el Este de España con el anglo-sajon y el galo, por la independencia y la libertad de la patria; iniciaba á Colon en la existencia de un nuevo mundo; cooperaba con él y sus compañeros y sucesores al descubrimiento, conquista y civilizacion de nuevos y vastos continentes; descubria y conquistaba las islas Canarias; conquistaba el gran Archipiálago filipino; daba por primera vez la vuelta al mundo con sus naves; hacía prisionero en Pavía al Rey de Francia; enriquecia la industria con la pesca y elaboracion de la ballena en los mares de Groenlandia y los bancos de Terranova; se la encontraba donde quiera que brotase un nuevo manantial de progreso ó de gloria, y por último, ocupaba siempre el puesto de más peligro y más gloria en aquella titánica lucha de siete siglos, que terminó sustituyendo la enseña de Cristo á la enseña de Mahoma en las torres de Granada, y le ocupaba, señalándose con rasgos tan heroicos y nobles como los que la singularizan en las Navas de Tolosa, donde los iberos del Este, acaudillados por el Rey de Navarra, asaltan la

rica tienda del Miramamolin, quebrantando las formidables cadenas que la rodeaban, y los del Oeste, acaudillados por el bravo Señor de Vizcaya, inician en la vanguardia la más espléndida victoria alcanzada por las armas cristianas, y cuando el Rey de Castilla confia al caudillo vasco la distribucion del rico botin al ejército vencedor, rehusa lo que le toca, diciendo que se contenta con la parte de gloria que le quepa en el vencimiento! Esto, y mucho más que narra ú olvida la Historia, era lo que hacía la raza ibérica salvada en nuestras montañas septentrionales, miéntras en el resto de la Península se verificaban las grandes trasformaciones políticas, etnológicas y lingüísticas que sumariamente he ido señalando.

Cualquiera que sea el crédito que deba darse en sentido general á la teoría, poquísimo admitida, de que todas las lenguas modernas de la Europa meridional proceden de una lengua general, llamada romance, que se formó despues de la caida del imperio romano, y fué universal en la Europa latina, esta teoría es completa y evidentemente inaplicable á los orígenes de nuestra lengua castellana, cuya formacion no ofrece la menor duda.

Un escritor moderno dice que si fuera posible hacer un *aforo* de la sangre ibérica y extranjera que hoy tienen los habitantes de España, se encontraria que la extranjera no excede de un 20 por 100. Razones que en apoyo de esta opinion aduce y me falta espacio para reproducir, me mueven á conformarme con este cálculo.

Si, pues, ni la raza que hoy puebla la península ibé-

rica, ni la lengua que esta raza habla, tienen elementos constitutivos latinos que predominen sobre todos los iberos, no encuentro razon bastante para que en absoluto se califique de latinas á la raza y la lengua que predominan en España, y mucho ménos para que se confunda en esta comun calificacion á la raza y la lengua ibéricas, conservadas en toda su esencial pureza entre el Ebro y el océano Cantábrico y de los que, con posterioridad á lo que precede, ha dicho el sabio P. Fidel Fita en su discurso de recepcion en la Real Academia de la Historia:

«El vascuence ó el euskaro es un monumento palpitante, indestructible de la raza más bella de occidente, y él se levantará de su postracion actual para iluminar el gran período de las edades hispanas vecinas á la prehistórica.»

FIN.

ÍNDICE.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORANEOS.

OBRAS PUBLICADAS.

Guia ilustrada de Madrid, con más de 150 grabados intercalados en el texto y planos sueltos muy importantes, por el Excmo. Sr. D. Angel F. de los Rios; un tomo, 8.° prolongado, 6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

El Matrimonio. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca; dos tomos, 8.° mayor, 8 pesetas.

Album poético español, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Alarcon y otros; un tomo, 4.° mayor, 8 pesetas rústica y 12 lujosamente encuadernado.

Delicias del nuevo paraíso, por don José Selgas; 2.ª edicion; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Cosas del dia, continuacion de las *Delicias del nuevo paraíso*, por D. José Selgas; un tomo, 8.° mayor, 3 pesetas.

Escenas fantásticas, por D. José Selgas; un tomo, 8.° mayor, 3 pesetas.

El Mundo invisible, continuacion de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas; 4 pesetas.

Mari-Santa, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

Amores y amoríos (historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

Cuarenta siglos, historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes; este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

La Cuestion de Oriente, por D. Emilio Castelar; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Un libro para las pollas, novela, por doña Francisca Sarasate; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Letra menuda, prosa y versos de Don Manuel del Palacio; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

De Madrid á Madrid, dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lôme; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Adriana de Wolsey, original de Ventura Hidalgo; precedida de un prólogo del Sr. D. Victor Balaguer; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Un libro para las madres, por Doña María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Un libro para las damas (Estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª María del Pilar Sinués (3.ª edicion); un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

La Vida íntima.—En la culpa va el castigo, por D.ª María del Pilar Sinués (2.ª edicion); un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

Hija, esposa y madre, cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad, con un apéndice titulado *Hermana*, por doña María del Pilar Sinués; dos tomos, 8.° mayor frances, 8 pesetas.

La Abuela, por D.ª María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

El Sol de invierno, novela, por doña María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

La Senda de la Gloria, novela original de María del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Sueños y realidades, por D. Ramon de Navarrete; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Venturas y desventuras, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

Cuadros viejos, coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo xvii, por D. Julio Monreal; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Una docena de cuentos, por D. Narciso Campillo; un tomo, 8.° mayor, 4 ptas.

La Leyenda de Hixem II.—El Capitan Morgan, por D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Manual de la Moda Elegante.—Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demas labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas; 4 pesetas.

Cuentos, por D. José Fernandez Bremon; un tomo, 8.° mayor, 3 pesetas.

El Libro azul, novelitas y bocetos de costumbres, por D. Eduardo Bustillo; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Nuevos cuentos populares, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Malas costumbres. — Apuntes de mi tiempo, seguidos de algunos bocetos biográficos y poesías, por D. Eusebio Blasco; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

La Rusia contemporánea. — Bocetos históricos, por Emilio Castelar; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

De Flor en flor, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Obras completas de D. Ramon de Mesonero Romanos (*El Curioso Parlante*); ocho tomos, 8.° mayor frances, dos de ellos con grabados, precio de la coleccion, para los suscritores, 25 pesetas.



